

# La increíble historia de las Historias Increíbles

Pauselli, Emilio Pedro

La increíble historia de las Historias increíbles / Emilio Pedro Pauselli. - 1a ed -  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Emilio Pedro Pauselli, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-86-8264-8

1. Novelas Existenciales. 2. Filosofía. I. Título.

CDD A863

Edición: Nancy Boufflet

Diseño de tapa: Mariana Pelato

# 1

El siglo de las luces ya se había apagado hacía mucho tiempo. Si algún desprevenido creía ver aún sus resplandores era porque los confundía con los disparos de los cañones o con las explosiones de las bombas que caían en distintas partes del planeta. La nueva época del conocimiento y la razón había sucumbido a la avaricia de la nueva nobleza, no ya la de la sangre sino la del dinero.

La cena estaba servida en la lujosa casa de la avenida Santa Fe. Buenos Aires, que siempre estuvo ubicada en un rincón alejado del mundo, desmentía esa posición cuando de noticias se trataba. Así que la conversación recorría todos los tópicos que preocupaban en la época y, quizás, algunos más.

En la ciudad se amaba la ópera, se iba a la zarzuela y se bailaba el tango. En las calles se reprimía salvajemente a los obreros que reclamaban por mejores condiciones de trabajo. Las mujeres deberían esperar todavía para que se les permitiera sufragar y más aún para tener una cuenta bancaria sin permiso de su marido.

Pero en la cena la pregunta era: ¿cómo llegamos a esto? La libertad era una condición engañosa, la fraternidad un acontecimiento improbable, la igualdad una fantasía inexistente.

Sin embargo, había que reconocer que el conocimiento había avanzado con pasos de gigante en los últimos cien años. La industria, la medicina, la aviación, la energía eléctrica, la radio... la lista sería interminable y todos se declaraban parientes de aquellas luces iniciales. Era muy difícil separar a los hijos de los entenados.

¿Pero qué habían significado todos esos avances para la vida de la humanidad? Eso no estaba para nada claro. Quizás armas más mortíferas, hasta se hablaba de que existiría una bomba llamada

atómica que, fisionando átomos, produciría una devastación desconocida hasta ese momento. ¿Era eso el progreso?

Y el mapa del mundo era una caricatura penosa: todo él dividido entre un puñado de potencias y, cuando no quedó más planeta para repartir, entonces a la guerra entre ellas. Y la famosa “ciencia” a su servicio.

Algunos opinaban que “la culpa no es del chancho”, sino de aquellos que utilizaban el conocimiento para abusar o destruir a otros seres humanos. Otros tenían dudas al respecto: la imagen de una ciencia insensible a los resultados de sus investigaciones les generaba preocupaciones más profundas.

Demostrar que el mosquito no nacía del barro, visto a la distancia, había sido relativamente fácil. Pero para encontrar los caminos que llevaran a una organización racional de la vida humana hacía falta algo más que destruir la teoría de la generación espontánea. En esa dirección no se había dado aún un solo paso.

¿Y si todo se tratara de un gran equívoco? ¿Si el conocimiento que proporciona la ciencia iluminara sólo el uno por ciento de la realidad mientras que el noventa y nueve por ciento restante quedara aún en las sombras? ¿Si los periciclos que realizaban los planetas cuando la tierra era aún el centro del universo tuvieran alguna sabiduría escondida que no supimos conservar?

Y aquí, nuevamente, las opiniones se dividían. Había quienes pensaban que la eliminación de lo sagrado era la responsable de esos resultados manifiestamente crueles a los que había llevado el proyecto de las luces. Claro que lo sagrado no era sólo aquello relacionado con la religión: en esa mesa de sábado por la noche eran pocos los que defenderían las creencias religiosas como una forma de conocimiento. Pero, por ejemplo, si se considerara que la vida humana es sagrada, eso

hubiera constituido un límite cierto a muchas de las situaciones que ahora los afligían.

Pero otros eran más desconfiados: sospechaban que algo había salido mal en la propia comprensión de lo que es el conocimiento. O, dicho de otro modo, que el ser humano liberado de las supersticiones descubrió una manera de conocer y la adoptó como la única y, de ahí en adelante, se dedicó a descalificar todas aquellas otras formas de saber que no respondían a ese primer y limitado descubrimiento.

Era una buena hipótesis: una precaria y unilateral forma de comprender la realidad había transformado a la ciencia en sirviente de los nuevos reyes del mundo, quienes lucían el dinero, la tierra y las fábricas en sus blasones. Y con el agravante de que las teorías que propugnaban el cambio social radical creían que su valor consistía, justamente, en ser científicas.

Tanto los esfuerzos destinados a sostener el mundo como aquellos que se hacían para cambiarlo terminaban resultando, así, inmensamente frustrantes; como un intento de lucir los zapatos nuevos sin sacarlos de la caja.

Valía la pena explorar ese camino. Los allí sentados no tenían tanta vida por delante para recorrerlo, pero podrían hacer algún aporte para que generaciones venideras se interesaran en investigarlo. La cena llegaba a su fin. No hizo falta un pacto de sangre: el acuerdo para crear aquel fondo quedó sellado con champán.

## 2

Se parecía a uno de los tantos edificios antiguos de la avenida Santa Fe. Una impresionante puerta con dos hojas de hierro forjado y vidrio facilitaba el ingreso a la casa. Sobre la puerta, a tres metros de altura, un dintel de medio punto, también confeccionado en hierro, completaba el conjunto artístico.

Tras pasar esas puertas lo depositaban a uno en una película antigua. Un damero negro y blanco en el piso se ofrecía en diagonal al visitante, extendiéndose hacia todos lados, contenido, apenas, por unos listones también negros que hacían de marco casi invisible a ese inmenso tablero. Dos escaleras de mármol blanco, una a la derecha y otra a la izquierda, lo abrazaban y subían dando una curva, como alas desplegadas, hasta la planta alta, cerrándose en un amplio balcón. Llegados a ese punto, una boca rectangular amenazaba con engullir a todo el que se atreviera a transitarla.

Frente al visitante, entre las dos escaleras y debajo del balcón, se presentaba una puerta de madera de cuatro hojas, visiblemente más moderna que el resto del conjunto. Las dos hojas centrales estaban siempre abiertas, prometiendo el pasaje a un piso nuevo de cerámica y a nuevas puertas que se alineaban a sus costados.

Esa casa había sido cedida para ser utilizada con fines educativos. La planta baja albergaba, detrás de las puertas de madera, las oficinas administrativas y dependencias al servicio de los profesores.

En cambio, las escaleras llevaban a la planta alta; el refugio diario de los estudiantes. Allí se hallaban las aulas distribuidas en dos pisos. La segunda planta no era visible desde la entrada y se accedía a ella través de escaleras ubicadas al fondo del edificio. Esas mismas escaleras también descendían hasta la planta baja y seguían hasta el subsuelo, donde estaba instalada la biblioteca.

Las escaleras del fondo tenían un desgaste muy superior a las del frente, solo conservaban su contrahuella de mármol mientras que el escalón había sido reemplazado ya hacía tiempo. Algunos aventuraban que, probablemente, serían las usadas por el personal de servicio o aun por los habitantes de la casa en los días normales, mientras que las escaleras de la entrada sólo se transitarían en ocasiones especiales, como visitas o fiestas.

Después de algunos años de cumplir con su nuevo destino el edificio sufrió una remodelación interior importante que incluyó baños y la colocación de dos ascensores, éstos últimos para cumplir con los nuevos requisitos de habilitación.

Las instalaciones no habían sido pensadas para muchas personas. Lo que allí se estudiaba era de gran interés para los que lo impulsaban, pero no se daba bien con las principales creencias de la época, así que su convocatoria siempre fue reducida. Pocos profesores y pocos alumnos se adaptaban de maravillas a aquel centenario edificio.

Fue justamente en él donde, por estos días, ocurrió un nuevo acontecimiento: el Instituto de Investigación de Historias Increíbles tenía una nueva rectora. En verdad, tenía su primera rectora, ya que los ocho anteriores habían sido varones. Y, a decir verdad, casi todos sus alumnos también.

Pero el mundo cambia y resultó natural que también cambiara el Instituto. Si se lo piensa bien, la propia historia del Instituto merecería entrar en la galería de historias increíbles, pero eso no es tan sencillo de lograr. Nunca el psicoanálisis pudo interpretarse a sí mismo como un síntoma ni el materialismo histórico comprenderse como una verdad histórica. Una ciencia de objetos transforma al que los manipula en sacerdote de esa nueva religión y, todos lo saben, no hay peor religioso que aquel que ha perdido la fe.

Pero volviendo al hecho de que el Instituto estrenaba rectora, las expectativas respecto a la nueva gestión eran de las más variadas, desde los que creían que la llegada de una mujer al cargo iba a subvertir todas las actividades del Instituto, hasta los que consideraban que, para afianzar su autoridad, imitaría en todo lo posible a sus antecesores varones.

El discurso que dio con ocasión de su asunción justificó con creces su designación. “La igualdad en la diferencia no quiere decir nada si no se especifica en qué aspectos de la naturaleza de la cosa se expresa la igualdad y con cuáles se identifica la diferencia. Naturaleza, diferencia e identidad, como escribiera Platón en el libro V de la República...”, y hasta Platón terminó siendo feminista a la hora de educar a las guardianas.

Las alumnas, ya numerosas en esta época, sentían cierto orgullo de contar con una rectora, aunque en los cálculos prácticos no todas pensaban igual. Algunas se alegraban interpretando que ahora sus méritos intelectuales se destacarían por encima de su simpatía. Otras, con más noticia y experiencia en la vida, sabían que una mujer evaluando a otra mujer era mucho más exigente que un varón. Éste tenía grabado, en algún lugar de su genética cultural, que su papel consistía en proteger a la mujer, mientras que aquélla, llegada hace poco en términos históricos al lugar de evaluadora, frente a otra mujer parecía ser mucho más rigurosa, como si quisiera decir: “a ver si tenés los ovarios suficientes para llegar hasta donde llegué yo”.

Las más realistas pensaban que sólo se trataba de diversificar las estrategias de acuerdo con cada situación: mujeres brillantes cuando correspondiera o damisela en apuros si pintaba el caso.

Para los varones no era tema de reflexión. Naturalmente todos habían tenido madre y maestra, así que una autoridad femenina les resultaba

algo más o menos conocido. Los más calculadores ya estaban pensando cómo lustrar bien la manzana de sus presentaciones.

Pero el proceso de designación de la nueva rectora fue realmente tortuoso, entre otras cosas porque el consejo que debía pronunciarse al respecto estaba compuesto por diez varones y dos mujeres. De hecho, fue la primera vez en la historia del Instituto en que el rector fue elegido por votación.

En todas las ocasiones anteriores siempre se llegaba a un acuerdo antes del momento de la designación. Conversaciones previas, influencias, sugerencias, méritos, todo componía una extraña madeja de la que, por algún mecanismo no tan evidente, surgía el nombre único que sería postulado para el cargo.

Aunque pensar que ese consenso era casual sería faltar un poco a la verdad: cada momento tenía sus urgencias. En los inicios del Instituto los propuestos, en general, eran aquellos que tenían mayores posibilidades de obtener fondos para sostener las actividades académicas. De a poco fueron teniendo más peso los antecedentes intelectuales de los candidateables, sin que eso evitara que, alguna vez, se hubiera elegido a alguien para garantizar la unidad del equipo de dirección, aunque no tuviera vínculos privilegiados con los donantes ni fuera la persona con mayores méritos académicos.

Los consejos anteriores nunca se vieron ante la posibilidad de elegir a una mujer, sencillamente porque todos sus integrantes eran varones y, para ser designado rector, era requisito indispensable ser consejero.

La incorporación de dos mujeres al consejo fue el resultado del “espíritu de la época”, el *Zeitgeist*, dirían los alemanes. Múltiples acontecimientos habían incidido en el tema. Por un lado, la matrícula femenina de los asistentes al Instituto venía aumentando año tras año. En menor medida, también había empezado a crecer la presencia de

mujeres en el cuerpo profesoral. Y, lo más importante de todo, el Instituto no quería dar motivos para ser tildado de anticuado por la poca participación de mujeres en su dirección. Si bien dos de doce no era mucho, era mejor que cero.

Si alguien pensó que esas dos presencias traerían problemas a futuro, no lo dijo. Al contrario, su incorporación no sólo fue presentada sino que realmente se vivió como un cambio positivo en las tradiciones. El consejo que reemplazó a dos de los tres miembros que se retiraban por mujeres sintió que se había ganado un lugar destacado en la historia de la institución.

Es probable que, en ese momento, nadie hubiera pensado que, pocos años después, una de esas dos mujeres dirigiría los destinos del Instituto. Una cosa era “adornar” el consejo con mujeres, otra muy distinta que pasaran a tener poder real.

Y ser rectora era tener una parte del poder. Pero no nos adelantemos, que para llegar hasta allí pasaron cosas también increíbles.

### 3

Cuando el anterior rector recibió la propuesta de elegir a una de las dos consejeras como nueva rectora se dio cuenta de que tenía un problema. Los tres consejeros que impulsaban su candidatura no desconocían que ya se encontraba muy avanzado el consenso para proponer a otra persona y, esta nueva postulación, obligaba a iniciar negociaciones para llegar a un acuerdo.

No se podía negar que la candidata contaba con méritos suficientes para aspirar a ese cargo. Es más, quizás si se tratara sólo de méritos académicos, ella tuviera alguna ventaja, pero, en este tipo de decisión, influían también otras capacidades de los candidatos.

Así que la encrucijada era clara: llegar a un acuerdo entre los consejeros teniendo en cuenta sus diversas lealtades o, realmente, pensar en lo mejor para el futuro del Instituto eligiendo a la persona que más prestigio podía otorgarle al cargo. Y si nadie resignaba su posición, no quedaba más remedio que tratarlo en el consejo y, en última instancia, votar.

Los contactos privados entre los miembros del consejo se intensificaron en los días previos. Cada cual expuso sus argumentos y sus preferencias, pero a lo único que llevó ese febril intercambio fue a la convicción de que no había acuerdo posible.

Finalmente llegó el día de la elección. La sala del consejo contaba con una mesa y doce sillas –como los apóstoles, decían en broma los estudiantes. Se accedía por dos puertas, una que daba al pasillo y otra al despacho del rector. Todo eso ocurría en la planta baja, con poco registro de los alumnos y aún del resto del personal.

Los tres promotores de la candidatura de la mujer fueron claros en su fundamentación: hablaron de sus méritos académicos y esto rodeó a su

postulación de una fuerza especial. No se estaba debatiendo si un varón o una mujer, lo que se proponía es que asumiera la dirección la persona más capacitada para hacerlo.

Del otro lado tampoco se hizo una cuestión de género, aunque algunos dudaban de que eso fuera totalmente sincero. Se insistió, también con buenos argumentos, en que para dirigir el Instituto no sólo contaba la trayectoria como investigador, sino un sinfín de habilidades de gestión que se encontraban especialmente concentradas en el candidato por ellos propuesto.

A medida que transcurría la reunión y hablaban los distintos consejeros fue quedando claro que el Instituto contaría con una nueva rectora. Los argumentos en su favor fueron reconocidos y aceptados explícitamente por otros tres miembros del consejo: eso ya reunía a la mitad de lo decisores.

Por su parte, la otra consejera insistió en que lo relevante no era el género de los candidatos sino el aporte que podrían realizar en el futuro y que, en este sentido, no había que temer contar con una rectora por primera vez en la historia de la institución.

Si se sumaban los votos de los tres proponentes más los de los tres adherentes explícitos más el de la candidata y más el de la otra consejera, se obtenía una cómoda mayoría de ocho a cuatro. Ese era el momento del consenso, pero, por alguna razón, éste no se produjo.

La mayoría no pudo ocultar su sorpresa ante el pedido de algunos consejeros de que se votara en secreto. La verdad es que el estatuto del Consejo no indicaba cómo debía realizarse un evento de ese tipo y, como nunca se había votado para elegir un nuevo rector, no había antecedentes que permitieran argumentar en un sentido o en otro.

En una mesa contigua se dispusieron doce hojas y un sobre de papel manila tamaño oficio. Cada uno de los consejeros debía levantarse, ir

hasta esa mesa, escribir su voto en una hoja, doblarla y ponerla en el sobre. Al levantarse el último consejero debía quedar una sola hoja: ese sería el control de que todo se había hecho como era debido.

El último en votar fue el rector. Se levantó, escribió su preferencia en la hoja restante, la puso dentro del sobre y se volvió a sentar llevándolo en la mano. Comenzó a sacar papel por papel y a desplegarlo frente a sí, mientras leía en voz alta el nombre de la persona votada.

Cuando se llevaban revisados diez de los doce votos el resultado estaba seis a cuatro a favor de la candidata, todo se encaminaba hacia el resultado previsto. Pero, haciendo honor al nombre de Instituto de Investigación de Historias Increíbles, los últimos dos votos empataron el resultado.

El silencio se puso nervioso. Miradas con signos de pregunta y algunos tics desconocidos afloraron en el rostro de distintos miembros del consejo. Todos permanecieron sentados.

Había que descontar que los tres promotores de la candidatura habían votado a favor. Si sumamos a ellos el voto de la candidata ya serían cuatro votos, más el de la otra mujer, cinco.

¿Cabía la posibilidad de que dos de los tres consejeros que apoyaron la propuesta públicamente luego cambiaran su voto? Bueno, no era imposible, quizás algo de eso sabía la supuesta minoría al pedir votación secreta. ¿Pero dos de tres se habían dado vuelta? Era poco creíble. Hablaría de una hipocresía que costaba hacer coincidir con la conducta habitual de esas personas.

Pero ahí estaba el resultado, el seis a seis inapelable. El rector, hombre sabio, comprendió inmediatamente la gravedad de la situación. Antes de que los presentes pudieran ponerse a examinar cada voto, escrito de puño y letra, volvió a meterlos nuevamente en el sobre.

Hizo llamar al conserje y le dijo:

–¿Me haría el favor de ir hasta la cocina y traer una olla grande?

–Sí, señor director –contestó, sin dar la menor señal de curiosidad. Era parte de su profesión: nunca preguntar, ni siquiera con los ojos, menos aún con un gesto, por qué se le ordenaban cosas disparatadas.

Las dos personas propuestas parecían las más serenas de todos. La otra mujer expresaba con rubor la angustia de esa confrontación que, aunque no se hubiera dicho, enfrentaba a un varón con una mujer. Los promotores de la candidatura femenina eran los más inquietos de todos y parecía comprensible: de alguna manera habían sido sorprendidos en su buena fe. Las conductas públicas no coincidieron con las acciones privadas y eso desanima la actuación proactiva en cualquier grupo.

Los promotores de la candidatura masculina esbozaban algunas sonrisas. Su propuesta había logrado un empate que, minutos antes, parecía imposible.

El conserje regresó rápido. La cocina quedaba en la misma planta baja que la sala del consejo.

–¿Dónde pongo la olla, señor director?

–Aquí, en el piso –le respondió, haciendo una seña para que la coloque justo a su lado–. Quítele la tapa por favor.

Los once consejeros restantes observaban la escena sin poder agregar más nada a su asombro. Alguno reprimía una sonrisa imaginando que ahora, a falta de galera, el rector sacaría un conejo de la olla. Otro no pudo dejar de imaginar una escena donde el rector, haciéndose pequeño, se metiera dentro y el conserje volviera a poner la tapa. Otro imaginó que pondría a los dos candidatos dentro de la olla, los revolvería, y sacaría al nuevo rector, mitad hombre y mitad mujer. No

en vano, todos ellos, eran profesores y consejeros del Instituto de Investigación de Historias Increíbles.

Pero, por supuesto, nada de eso ocurrió. El rector buscó en sus bolsillos el encendedor que usaba para fumar su pipa, fue sacando voto por voto del sobre de papel manila y los fue prendiendo fuego, uno a uno, hasta que los doce papeles quedaron reducidos a cenizas en el fondo de la olla.

–Señores –dijo luego–, hemos inaugurado el futuro del Instituto.

Y cuánta razón tenía.

–Ha ocurrido algo –agregó– que cada uno juzgará de muy distinta manera, tan es así que podría dar lugar a un cisma insalvable en este consejo. Ahora ese evento ya es cenizas: por más que se remuevan no volverá a salir fuego de ellas. Espero que esta decisión, excéntrica, lo comprendo, haya servido para impedir que se genere una cadena de rencores entre los que tenemos que dirigir este Instituto.

El discurso les pareció a todos pleno de sentido, aunque no todos estaban seguros de que haber eliminado la posibilidad de saber cómo había votado cada uno impediría futuras discordias.

Ahora había llegado el momento más importante, ya que la designación de la nueva autoridad no se podía postergar. Los estatutos eran claros en este aspecto: cualquier situación que en el consejo no se pudiera resolver por mayoría, la decidía el rector.

Las sensaciones de los consejeros, en ese momento, eran de las más variadas. El rector estaba claramente alineado con la propuesta del candidato, pero también era cierto que si lo designaba como nuevo rector quedaría una sensación de “pelea robada”, como ocurre en el boxeo cuando uno de los contendientes se mostró superior –en este

caso la candidata– y termina perdiendo por puntos en fallo dividido. Nadie quería estar en sus zapatos en ese momento.

–Señores –dijo finalmente–, haciendo uso de las facultades que me son otorgadas en este caso, quiero felicitar a la nueva rectora del Instituto.

La fórmula breve y directa surtió su efecto. Como si hubiera sido elegida por unanimidad, todos se levantaron a felicitarla con sonrisas no fingidas. Los que la habían propuesto sentían que habían prestado un servicio a la institución, los que impulsaron la otra propuesta dieron vuelta la página, aceptando la nueva situación.

El rector saliente fue muy reconocido por la velocidad con que tomó la decisión, evitando así todo tipo de disputas. Él explicó que le fue sencillo: se atuvo a lo que se había expresado en la reunión, de donde surgía una clara mayoría a favor de la candidata. Lo que cada uno tuvo en cuenta en su fuero interno al momento de votar él no lo sabía ni le interesaba saberlo. Entendía que, posiblemente, el peso de la tradición o las lealtades que en todo grupo existen habían motivado que se votara de esa manera, pero él no era juez de nadie y sólo debía decidir de acuerdo con lo que había escuchado.

Un mal sueño había terminado y, ya despiertos, cada uno se aprestaba a seguir adelante con sus responsabilidades. Clases, exámenes, próxima asunción de la nueva autoridad. Y, sobre todo, seguir demostrando la imprescindible necesidad que el mundo tiene de las historias increíbles.

## 4

Cuando confrontó a sus profesores con la tesis de que lo increíble no era ni verdadero ni falso, las caras se alargaron y cierto descontento recorrió el jurado que evaluaba su tesis.

Si una estudiante mediocre aparece con una excentricidad, ello produce más hilaridad que desconcierto. En el peor de los casos, con algo de paternalismo, se le darán algunos consejos para que vuelva al buen camino. Pero cuando la que saca los pies del plato es una estudiante brillante, todos participan de un sentimiento de fracaso colectivo: años de estudio no han servido para formar un buen criterio en esa persona y, al no poder atribuirlo a su falta de capacidad, la culpa recae sobre la propia institución, representada, en ese caso, por el jurado en cuestión.

Las miradas se trasladaron de la licencianda a su director de tesis. Éste no podía disimular la frustración y su cara era un compendio de todas las penas. No había escatimado las sugerencias oportunas, intentó en diversas oportunidades que eligiera un tema más clásico, pero todo había sido en vano. Ella quería pensar y eso era un camino lleno de peligros.

Pero, si no había renunciado antes a dirigirla, no se iba a comportar indignamente ahora. No eran sólo sus encantos de mujer, que tantas veces había disfrutado, lo que lo habían hecho seguir como su director; se mentiría a sí mismo si no reconociera que las ideas de su dirigida le habían devuelto un halo de frescura y libertad intelectual como hacía muchos años no sentía. Así fue como tomó la palabra y transformó la cuestionable tesis de su dirigida en un acertijo para la mesa evaluadora.

—Cuando en la historia aparecieron nuevas ideas —comenzó— siempre tuvieron que enfrentarse con tres problemas. El primero, que nadie estaba habituado a considerar de esa manera la realidad. El segundo, que no existía un lenguaje acabado para hablar de lo nuevo y, al hacer

uso de las viejas palabras, el sentido general de la innovación quedaba poco claro. El tercero, que las instituciones donde se protegían los antiguos saberes veían la novedad como una amenaza.

A nadie pasó inadvertido que no estaba hablando propiamente de la tesis, sino que, en su lugar, estaba proponiendo un análisis sociológico de la producción del conocimiento. Como defensa era mala, pero como ataque resultaba certero.

–Por eso –continuó–, la fe que Descartes puso en los señores decanos y doctores de la Sagrada Facultad de Teología de París se hizo humo al ordenarse el auto de fe donde se quemaron sus *Meditaciones Metafísicas en las que se demuestra la existencia de Dios y la inmortalidad del alma*. Y tuvo suerte Descartes, ya que no lo amenazaron con las llamas como lo hicieron con Galileo, ni se dieron el gusto de efectivamente quemarlo como a Giordano Bruno.

»Nuestra licencianda ha elaborado una tesis original, con afirmaciones, reconozco, difíciles de aceptar de acuerdo a nuestra manera de comprender el mundo. Pero sus razonamientos son válidos y sus conclusiones, si bien no se pueden confirmar, como ocurre con casi todas las aseveraciones humanas, tampoco se pueden desmentir.

El truco estaba a la vista de todos, como cuando asistimos a una función de prestidigitación, pero, aun así, no podemos sustraernos a su magia. Nada había dicho a favor del trabajo de su dirigida, pero sí había definido lo que significaría no aprobarla y, claro está, en esa mesa nadie quería ser el cardenal Belarmino.

Ella lo amó en ese momento. Él defendía el honor de sus gigantes, impidiendo que la prosa de Sancho Panza los transformara en molinos de viento. Aunque el romance duró poco, ese amor fue eterno.

Por eso, cuando años más tarde llegó a ser rectora del Instituto de Investigación de Historias Increíbles, su primer pensamiento fue para

su director de tesis y dio por bien recompensados todos los sinsabores que tuvo que pasar como estudiante y aún como graduada.

Pretender agregar una nueva categoría de conocimiento distinta a las de verdadero, falso o probable, “era una quimera”, así le habían dicho en más de una oportunidad. Pasó años leyendo sobre razonamiento inductivo, razonamiento deductivo, razonamiento transductivo; sobre el híbrido popperiano que cierta ciencia despistada hizo suyo, y no logró sacar nada en limpio. Así que un día volvió a pensar en lo que le habían dicho una y otra vez, y se preguntó: ¿qué es una quimera? Y ahí, por primera vez, comenzó a comprender que, por definición, las mejores explicaciones siempre resultarían increíbles.

Porque la Quimera era, propiamente, un monstruo en parte león, en parte cabra y en parte dragón, que asolaba ganados y personas en el Asia Menor. ¿Cómo el nombre de ese engendro había llegado a ser sinónimo de sueño irrealizable? Se podría pensar que la imposibilidad de la existencia de un ser de esas características había favorecido ese traslado de significados, pero ese razonamiento estaba viciado desde su base porque, en realidad, la Quimera sí existió, al menos en la mente de los hombres que la crearon.

Pero, le dirá la gente juiciosa, no es lo mismo existir en la mente que existir en la realidad: son dos maneras muy distintas de existir. ¡Habló la vaca y dijo mu! Los que así dicen ni se pueden imaginar que las realidades son múltiples. Hay realidades mentales, realidades fácticas, realidades experimentales, realidades consecuenciales, realidades premonitorias, realidades históricas, realidades cronológicas, realidades kairológicas, en fin, que la *res cogitans* y la *res extensa* describen muy precariamente el mundo: ya es hora de intentar otros caminos.

La soledad intelectual acompañó gran parte de su recorrido académico; recién cuando se puso en contacto con el Instituto encontró almas que,

si no gemelas, por lo menos estaban dispuestas a desconfiar razonablemente de lo que repetimos y terminamos creyendo.

A pesar de los numerosos Belerofontes, la Quimera seguía viva. Los Pegasos, cansados de no poder alcanzarla, se dedicaron al marketing. Mientras tanto, en el edificio de la avenida Santa Fe, se seguía discutiendo en qué condiciones era posible que lanzara fuego por su boca.

## 5

La principal preocupación en el Instituto de Investigación de Historias Increíbles era, justamente, definir en qué consistían ese tipo de historias. Porque no hay que confundir las historias increíbles con aquellas que son definitivamente falsas. Cuando se comprueba la falta de veracidad de una historia ésta deja de ser increíble, y cuando se sabe que es verdadera, también.

Porque lo increíble es aquello que cuesta creer pero que, en ciertas circunstancias, podría haber sucedido o estar sucediendo. Y el Instituto se había creado, justamente, con el fin de vérselas con ese tipo de historias.

Un error muy común es pensar que lo que se hace en el Instituto es novela histórica: nada más alejado de la realidad. Los alumnos que no entienden eso tienen muchas dificultades para avanzar en sus estudios.

En primer lugar, la novela histórica se sitúa en unas coordenadas que, de alguna manera, ya están aceptadas. No hay dudas de la existencia de Adriano y sabemos muchas cosas comprobables de su época, por eso Marguerite Yourcenar puede escribir *Las memorias de Adriano*. O sabemos de las invasiones inglesas a Buenos Aires en el siglo XIX y Alejo Brignole, entonces, resulta escribiendo *El amante de rojo*.

En el instituto no se intenta reconstruir el perfil psicológico de un personaje o darle familiaridad a un hecho histórico. Eso es, propiamente, ficción, un invento, y las historias increíbles no son inventos, son el resultado de sesudas meditaciones sobre la forma en que se pudo desenvolver aquello que desconocemos.

Lo que motivó la creación del Instituto es, justamente, la conciencia de que son muy pocas las cosas que sabemos sobre el presente y sobre el pasado. Eso suena raro en esta época dominada por la ciencia. Todos

creemos saber mucho sobre todas las cosas o, al menos, confiamos en que hay otros que sí lo saben.

Pero no es así. Algunos acontecimientos impresionantes, como el descubrimiento de los antibióticos o el envío de artefactos y hombres al espacio, creó la falsa idea de que poseemos una inmensa sabiduría o que, en principio, si nos dan tiempo, la podríamos alcanzar.

Imaginen lo que habrá sentido ese habitante originario de América o de Australia cuando llegaron hombres con artefactos que escupían fuego y mataban sin acercarse a la víctima: no hacía falta mucha imaginación para considerarlos seres divinos.

Nosotros somos hoy esos americanos o esos australianos de antaño. La diferencia radica en que aquellos, en poco tiempo, comprendieron que era un fraude. Que sólo se trataba de hombres que venían a robar y utilizaban sus adelantos para dominarlos.

Nosotros todavía no llegamos a ese momento, aún creemos que la ciencia dice cómo será el futuro y que la historia nos cuenta cómo fue el pasado, y que el bosón de Higgs, inventado para renovar el financiamiento de un costosísimo acelerador de partículas, realmente existe y es el responsable de la gravedad, sobre la que, en verdad, no tenemos la menor idea.

¿Los científicos mienten? De ninguna manera. Hacen su trabajo honestamente, como el que recoge los residuos urbanos o arregla una instalación eléctrica. El problema no es el científico, es el lugar que le dimos a la ciencia. El científico dice: “En el acelerador de partículas ha quedado un residuo que no pudimos identificar: podría tratarse del bosón de Higgs”; y al otro día sale en los diarios: “Científicos han encontrado la partícula de Dios”. ¿Se entiende cómo funciona?

La ciencia se presenta como el conocimiento indudable y eso, por alguna razón, no se ve afectado por la velocidad con la que cambia de

opinión. Todos los que tienen alguna cercanía con lo que allí pasa saben que lo que hoy se considera verdadero pasa a ser falso mañana. No es, claro está, un saber inútil, pero la pretensión de poseer la verdad la hace fraudulenta.

Al contrario de la ciencia, las historias increíbles no intentan ser verdaderas ni estadísticamente probables, su única pretensión es trazar un camino por el que determinados hechos y personas puedan transitar de manera coherente. Lo importante de una historia increíble es que, en alguno de los universos imaginables, pueda haber sido posible.

Y a los que les resulte fuerte la declaración del carácter fraudulento de la ciencia no necesitan discutir con nosotros sino sólo observar la calidad de sus afirmaciones. Por ejemplo, analicen las predicciones de la ciencia de la economía y sus resultados reales en el mundo. Está claro que, o hay mala intención, cosa que no creemos de tantas eminencias y premios nobeles y etcéteras, o todo el andamiaje de su pretendido saber es una torre de naipes.

¿Qué es mejor? ¿Construir una historia increíble que explique cómo funciona la economía en el mundo o insistir en complicadas fórmulas creíbles que nunca funcionan?

Cuando nos damos cuenta de lo poco que sabemos, de que la materia de los relatos que nos enseñan desde la escuela son inventos incoherentes, en ese preciso momento llegamos a la comprensión de la necesidad de imaginar historias que nos hagan comprensible el mundo. En eso pensaban los iluminados que crearon el Instituto.

Ya no podemos volver a los mitos antiguos. Bueno, poder siempre se puede, pero en nuestra época esos relatos han perdido eficacia, excepción hecha del mito de Darwin que nos hace descender de los monos. ¿Por qué fue tan eficiente el mito de Darwin? Porque no tuvo la pretensión de que esos monos fueran dioses.

En esta época, en que casi lo único que desata pasiones es el dinero, no es posible reeditar viejos ni nuevos dioses. Por eso ya no creemos pertenecer al clan del cuervo, del panda o de la pitanga. No los consideramos divinos ni tampoco nuestros predecesores en el camino de la vida.

Pero, dicho sea de paso, otro mérito que no se le puede negar a Darwin es haber ubicado a un antecesor mitológico morfológicamente bastante parecido al ser humano. Quizás, hace cientos de miles o millones de años, hayamos compartido algún antecesor que nos heredó algunas formas comunes; no lo sabemos y todo indica que será muy difícil saberlo.

Por más sabia que parezca la lechuza o fuerte el yagüareté, o poderoso el cocodrilo, no es tan fácil imaginar cómo se haya humanizado hasta tomar nuestra forma actual. En cambio, el mono... le sacamos la cola, le ponemos unos anteojos y lo adiestramos para que vaya todos los días al mismo lugar, por ejemplo, al Instituto, y ya tenemos un ser humano.

Alguno o alguna puede protestar de buena fe, decir con informados argumentos que la antropología y la paleoantropología se dedican a estudiar esas cosas, y tendrá razón. Pero deberemos convenir en que una cosa es estudiar y otra muy distinta es saber. Algunos de los eslabones de la supuesta cadena evolutiva que nos trajo hasta aquí se han construido a partir de una muela encontrada vaya a saber dónde. Nadie podrá afirmar que ese es un conocimiento serio.

Pero no nos desviemos del tema. Lo que queremos decir es que las historias increíbles no son ciencia, no son mitos, no son probables ni verdaderas ni falsas, sólo son coherentes y, ante la falta de un saber mejor certificado, son una herramienta indispensable para comprender el mundo y, quizás, también para cambiarlo.

## 6

La otra mujer que integraba el consejo llegó al Instituto un año después que la rectora y de una manera totalmente inesperada.

Se sorprendió cuando recibió el mail. No podía creer que existiera un lugar que se llamara Instituto de Investigación de Historias Increíbles. Al principio creyó que era una broma, pero lo buscó en internet y, efectivamente, existía, con domicilio en avenida Santa Fe.

Mencionaban su libro sobre metodología de la investigación histórica y la invitaban a tener una entrevista con el rector. “Siempre se aprende algo nuevo”, pensó, así que contestó el correo y acordaron una fecha para el encuentro.

Al llegar, le impresionó la entrada espaciosa, rodeada por esas escaleras blancas que, como dos cuellos de cisne, se curvaban hasta unirse en la planta alta. El portero la acompañó hasta el despacho del rector, tocó la puerta y, luego de unos segundos, él mismo en persona abrió y le dio la bienvenida.

–¿Qué quiere tomar? –le preguntó, una vez los dos sentados.

–Si hay café... –contestó preguntando.

Él llamó por el teléfono interno a su asistente, le pidió tres cafés y que avisara al secretario académico que la doctora ya había llegado.

–Su libro nos resultó muy inspirador –dijo él–, lo leímos y comentamos entre varios colegas del Instituto.

–Me alegro mucho –dijo ella trasuntando sinceridad y entusiasmo.

Hechas las presentaciones con el secretario académico, la llegada del café indicó el fin de las generalidades.

–Usted se preguntará qué es lo que hacemos en este Instituto.

Ella sonrió confirmando las palabras del rector.

–Aquí pensamos sobre las cosas del mundo que no tienen explicación, o, al menos, que no tienen una explicación satisfactoria. Por ejemplo, ¿cómo el dinero pasó de ser un medio de cambio a una fuente independiente de riqueza? La ciencia económica no nos dice nada al respecto. Otro ejemplo, ¿por qué la especie humana no puede elegir su manera de adaptarse a su nicho ecológico y sólo cambia a partir de grandes calamidades naturales o históricas?

»No renegamos, para nada, del conocimiento; todo lo contrario. Pero advertimos que la manera en que la ciencia acaparó todo lo que puede ser considerado conocimiento termina siendo una gran escuela de ignorancia para el género humano.

Ella, a medida que transcurría el encuentro, comprendió dos cosas. La primera, que no estaba ante gente improvisada, todo lo contrario. Lo segundo, que el Instituto se trataba de algún tipo de laboratorio experimental sobre las ideas que produce la humanidad, con todos los riesgos que siempre un laboratorio implica.

El secretario académico fue orientando la reunión hacia terrenos más concretos. Su libro los había impresionado y fantaseaban con que ella pudiera organizar una materia, justamente, sobre metodología de investigación histórica, destinada a los alumnos de la casa.

Le ofrecían la posibilidad de asistir a cualquier clase de las que se dictaban allí, a fin de que pudiera evaluar la orientación del Instituto y decidir, en consonancia, si era de su interés colaborar.

–Resumiendo –completó el secretario académico–, nos gustaría que usted evaluara esa posibilidad.

Ella sintió que no todos los días se presentaban oportunidades tan fuera de lo habitual, así que aceptó pensarlo. Ya estaba empezando octubre. La sugerencia que le hicieron fue que explorara el tema para tomar una decisión de cara al año entrante.

La reunión, como ella calculaba, duró una hora, el tiempo justo para llegar a encontrarse con él en un café de la calle Laprida. Hacía unas semanas que no lo veía y, en verdad, lo extrañaba.

Lo conoció en casa de unos amigos, tiempo atrás, y se gustaron inmediatamente. Por suerte no estaba casado ni deprimido ni sin trabajo, y eso no era poca cosa en esa época. Su primer encuentro no pareció un primer encuentro, tan bien se adaptaron el uno al otro. Sus cuerpos se comportaron como si se conocieran de toda la vida. Ella se sintió transportada rápidamente a esa región donde agradecía ser mujer y él, al parecer, se sintió especialmente libre al momento de amarla.

Ya no eran jóvenes. No era un amor ni pasajero ni para toda la vida, sólo existía cada vez que ellos se encontraban. Si lo pensaba bien, no sabía tanto de él. Haciendo un recuento, recordaba que era profesor de filosofía, que estaba divorciado, que tenía tres hijos, que alquilaba un departamento en Palermo, cerca del Instituto, y que le gustaba la cocina hindú.

Cuando llegó al bar, él ya estaba sentado en una mesa al lado de la ventana. Ahí recordó que, también, era de los pocos hombres que llegan temprano a una cita.

Tendrían una impresión equivocada quienes interpretaran que las historias increíbles son la alternativa a la ciencia. De ninguna manera: ciencia e historias increíbles van por caminos distintos y nunca se encontrarán.

Le llevó siglos a la humanidad tener una idea aproximada sobre cómo era el lugar donde vivía. En algún rato hasta se había puesto de moda quemar en una hoguera a los que afirmaban que la tierra era redonda. Los viajes alrededor del globo dieron razón a unos y se la quitaron a otros. Ni que hablar desde que volamos al espacio y hemos podido ver nuestro planeta desde lejos.

Pero nada de eso impide que se popularice el movimiento de los terraplanistas. A la ciencia lo que se le opone es la observación y, cualquiera que pueda reconocer lo que ocurre a su alrededor, podrá ver que la tierra es plana.

¿Qué esto es una tontería? ¿Qué en verdad la ciencia experimental se basa en la observación? Uhm, qué ingenuidad. La famosa ciencia experimental lo que hace es reunir unas observaciones para fundamentar que las cosas no son como las observamos.

Ya lo dijo Wilde: “El verdadero misterio del mundo es lo visible, no lo invisible”. ¡Y cuánta razón tenía! Lo invisible no necesita ser explicado, solo inventado. Con lo que nos la tenemos que ver es, con perdón de la redundancia, con lo que vemos todos los días. Imaginen ustedes que hasta una persona inteligente, como fue Heidegger, terminó completamente enajenado preguntándose “¿Por qué hay ser y no más bien nada?”.

Haga un ejercicio sencillo: levántese temprano una mañana despejada, prepare el mate, el café, el té o lo que le guste tomar, y siéntese al aire

libre en su silla más cómoda. Mire hacia el este, llamado también, con propiedad, levante, y verá cuán prestamente comienza a aparecer una inmensa bola amarilla a la que, desde antiguo, llamamos sol. ¿Y esa bola se queda allí quieta? No señor, para nada señora. Por el contrario, se mueve y, poco a poco, va ascendiendo en el cielo.

Tenga a mano unos anteojos oscuros y un buen sombrero. No se olvide de contar con unas cervezas heladas y algún acompañamiento para pasar el rato. Verá cómo, luego de varias horas, deja de ascender y comienza a descender por el lado opuesto al que apareció.

Ahora, después de realizar esa experiencia, póngase una mano sobre el corazón y conteste sólo con la verdad: ¿la Tierra giró alrededor del Sol o el Sol giró alrededor de la Tierra?

“¡La Tierra gira alrededor del Sol!”, clamará el científico arrancándose los pelos al ver retroceder cientos de años el conocimiento humano. “¡El Sol giró alrededor de la Tierra!”, afirmará el observador atento que realizó nuestro ejercicio. Y, mientras tanto, lo único que hizo la Tierra, por razones que ambos desconocen, fue dar una vuelta sobre sí misma.

En el Instituto de Investigación de Historias Increíbles se instruía a los alumnos desde el primer año en estos temas. Se les enseñaba a diferenciar entre el observador bien intencionado y aquel que observaba con segundas intenciones, o sea, los científicos.

A lo que decían los primeros se las llamaba “opiniones de sentido común” mientras que a lo que afirmaban los segundos se las llamaba “opiniones científicas”. Las historias increíbles no eran opiniones de sentido común ni opiniones científicas, tampoco eran ficciones: eran un río por el que podían navegar los asuntos humanos, así nunca lo hubieran hecho o lo fueran a hacer en el futuro.

## 8

Vista desde afuera, su vida parecía estar encaminándose. Por fin una novia que le duraba más de dos meses y, según las últimas noticias, que se arriesgaría a vivir con él.

Eso que parecía ser el inicio de una nueva etapa de su vida tenía, por supuesto, una larga historia detrás. No se trataba de su primera convivencia, por el contrario, el sujeto, cuando le llegó la edad, se casó, tuvo hijos, alcanzó a comprarse una casa donde ahora vive su exmujer; lo que visto desde el presente parecía haber sido la época equilibrada de su vida.

Pero algo pasó, nadie supo bien qué, probablemente ni él mismo. A esa etapa de “familia Ingalls” le siguió otra difícil de calificar. No era la primera persona en el mundo que se separaba, claro, pero los efectos en él parecieron devastadores.

Ante la preocupación de sus amigos porque pasaban los años y no se volvía a enamorar, él explicaba que ese no era su problema; que, por el contrario, la dificultad residía en que se enamoraba demasiado seguido. A cada vuelta de esquina encontraba, o creía encontrar, a la mujer de su vida. Con esa sí, con esa al fin, ahora sí, macho.

Pero no, cuando no era una cosa era otra y la ilusión se desvanecía. Del amor quedaba la sombra y como, a decir verdad, se había tratado de un amor tan poco crecido, hasta su sombra era difícil de encontrar.

Otra de las maneras de tranquilizar a sus amigos era explicando que la relación de pareja era una de las tantas relaciones que se entablaban en la vida. Que él tenía una excelente relación con sus hijos, con sus amigos y sus amigas, con sus colegas.

–No tener una pareja estable no es –aclaraba– un fracaso en la vida, sino el resultado de organizar de otra manera las prioridades.

Todo era parcialmente cierto y, también, una cortina detrás de la que ocultaba una compleja relación no sólo con las mujeres, sino con la vida más en general. De ser un profesor prestigioso y solicitado pasó a contar cada vez con menos horas de cátedra. Fue creciendo en él una actitud hipercrítica sobre lo que llamaba “la ideología académica”.

–El mundo académico hoy –decía al que quisiera escucharlo– funciona como los monasterios en la edad media: reúne todo el saber de la época, pero para ocultarlo y hacer de él un uso caprichoso.

Así que, una mezcla entre sus pocas ganas de pertenecer a esos ámbitos y la molestia que sus opiniones generaban en las instituciones donde trabajaba, lo fue transformando de a poco en un elemento marginal a todo ese mundo. Había retenido algunas horas en una universidad privada en la que contaba con lealtades inalterables y, para completar sus ingresos, fue tomando horas en la enseñanza media. Lo que parecía ser una pérdida de estatus intelectual él lo tomó, por el contrario, como una oportunidad de comprender mejor el mundo donde crecían sus hijos.

Eso no se le podía negar: ninguno de sus infortunios había hecho mella en su espíritu de luchador. Quizás algo de eso habría visto esa mujer joven que se enamoró de él. La noticia de que vivirían juntos hizo suspirar aliviado a más de un buen amigo, de esos que cuando el otro está sin pareja se siente obligado a estar pendiente y que una vez que está con alguien se liberan de esa preocupación.

Pero a su círculo más íntimo lo embargaba la preocupación. Uno de sus amigos, cerveza y pizza de por medio, le dijo con sinceridad y ternura:

–Che, no me cierra lo que me contás de tu novia.

–¿Qué es lo que no te cierra? –pregunta él honestamente.

–¿Querés que te diga con mis palabras lo que te escucho decir?

–A ver, dale –le dice sin mucho entusiasmo al amigo, quizás sospechando que escuchará cosas que preferiría no oír.

–Mirá, te escucho decir que andás con una piba joven, que está rebuena, y que se va a vivir a tu casa; y que eso es lo mismo que ahora, porque casi todos los días vos te quedás en la casa de ella o ella en la tuya.

–Esa es la pura verdad.

–Y agregás que, con lo que se van a ahorrar de alquiler, en pocos meses podrán tomar unas vacaciones increíbles en el Caribe.

–Y es cierto. Ahora pagamos dos alquileres, cuando vivamos juntos vamos a pagar uno solo. ¿Sabés la guita que es eso? Todos los meses un alquiler a la bolsa, y otro, y otro.

–Como negocio buenísimo, pero ¿estás enamorado?

La respuesta no fue inmediata. ¿Estaba enamorado? ¿Se acordaba de lo que era estar enamorado? ¿Enamorado como en Hollywood o como en la vida real? La respuesta fue sincera:

–Bueno, vos sabés cómo es eso. Nos sentimos bien, nos entendemos. No es poco, me parece.

El amigo no lo dice, pero ve venir otro final desastroso.

–¿Y con la que vos sabés, nada? ¿Hace mucho que no la ves?

–¿Con quién?

–Dale, no te hagás el boludo. Vos sabés de quien te hablo. Pasan los años y seguís picoteando en ese jardín.

–No, no pasa nada. Eso es otra cosa, sólo el momento.

–Bueno, si vos lo decís.

El Imperio de Chacarita se va quedando sin parroquianos. El subterráneo B hace rato que cerró sus puertas y el frío de julio va aplastando todos los olores contra el pavimento. El 39 espera, largando un humo espeso por su caño de escape.

## 9

La nueva rectora tenía que designar al secretario académico. Era un tema delicado, ya que rector y secretario académico completaban el equipo de dirección del Instituto: hacía falta complementariedad y una buena inteligencia en común.

No había muchos indicios que permitieran anticipar la decisión que iría a tomar. Versiones, sí, circulaban en cantidad, pero ninguna podía exhibir mayor credibilidad que las restantes.

Algunos imaginaban que la ola feminista iba a llevar al cargo a la otra consejera y no faltaban los militantes de esta posición. Creían que un binomio mujer-mujer iba a acelerar para bien los cambios en un Instituto que, más allá de algunos pequeños ajustes, no dejaba de ser profundamente patriarcal.

Había también quienes conjeturaban que iba a ofrecer el cargo al anterior rector para, de esa manera, darle continuidad a la gestión de dirección, aunque los que arriesgaban esta opinión eran muy pocos.

Los más pragmáticos suponían que se inclinaría por alguno de los consejeros que la habían propuesto para rectora. De no haber sido por su insistencia y por el debate que llevaron adelante, ella no estaría ahora en ese cargo. Tal decisión sería incuestionable: a la lealtad casi siempre se la considera un valor superior.

Pero nada de eso le preocupaba a la rectora. Ella ya tenía claro qué decisión tomaría y no tenía dudas al respecto. Lo que ocupó su mente en los días posteriores a su designación fue el misterio del empate producido en la votación para la designación de rector, acontecimiento tan contrario a lo que se esperaba luego de la ronda de opiniones vertidas en la reunión del consejo.

Aunque los votos fueran cenizas, se tomó el trabajo de reconstruir en su cabeza, pacientemente, lo que había ocurrido. Finalmente lo comprendió. No fue un descubrimiento feliz, aunque no hubiera sabido decir por qué.

La resolución de ese acertijo fue la causa de que, antes de hacer pública su decisión, llamara a la otra consejera. La relación entre ellas, hasta ese momento, había sido estrictamente profesional. La rectora ya daba clases en el Instituto cuando contrataron a su colega, aunque tenían en común haber ingresado en el mismo momento al consejo.

–Como hay rumores de que te podría designar como secretaria académica –le dijo cuando se encontraron–, quería que supieras por mí que eso no va a suceder.

–Está bien. Te acompaño en la decisión que tomes –comentó sin particular entusiasmo su compañera de consejo.

–Y te agradezco que no hayas votado por mí –completó la rectora–. Eso me facilita tomar la decisión sin sentir que estoy faltando a tu lealtad.

La consejera abrió los labios para decir algo, pero, finalmente, no lo dijo. Podía negar, sí, pero algo le decía que no valía la pena. De hecho, la rectora estaba en lo cierto. Finalmente habló:

–Sinceramente, creí que él era mejor candidato para la rectoría. Conoce bien todos los vericuetos del manejo del Instituto. Pero contás con mi apoyo.

–Eso lo sé. Lo único que me llamó la atención es por qué no lo apoyaste públicamente cuando te tocó hablar.

–Mirá, sé que es difícil para una mujer llegar a donde llegaste vos, más en un Instituto como éste. Me sentí obligada a hablar a favor tuyo, algo así como una solidaridad de género.

La rectora la miró, comprensiva pero insatisfecha.

–¿Sabés? –le dijo– creo que no nos debemos ese tipo de solidaridades. Es como aceptar que somos inferiores y debemos defendernos entre nosotras.

–¿Y no nos debemos defender entre nosotras?

–No de esa manera, no en esos temas.

Se hizo un silencio. Ambas pensaban algo que no se terminaban de decir. La primera que habló fue la rectora:

–Creo que si queremos ser iguales a los hombres tenemos que sentirnos iguales. Vos me entendés, no es ser iguales, es darnos la posibilidad de opinar como nos parezca.

–No sé si los hombres siempre pueden opinar como les parece. Creo que, en algunas circunstancias, lo pueden hacer menos que nosotras.

–Sí, eso es cierto –reflexionó la rectora.

–Sí.

–Pero sigo pensando que, si a vos te pareció que él era mejor, deberías haberlo dicho.

–No sé –contestó la consejera–, no lo sé.

Las dos se quedaron meditando. Sí, no era fácil. Posiblemente algún miembro del consejo hubiera pensado para sus adentros: “ni siquiera su compañera la apoya”, disfrazando así su preferencia porque el instituto estuviera dirigido por un varón. Tampoco se podían medir las consecuencias ante la opinión general del Instituto si una mujer se hubiera expresado públicamente a favor del otro candidato.

–¿Cuándo lo supiste? –preguntó.

–Unos días después de la votación. Yo sabía que uno de los tres que me había apoyado ese día está saliendo con la hermana del otro candidato. No era imposible que, en secreto, votara a su favor. Los otros dos son personas muy consistentes, si me dieron su apoyo públicamente no tuve dudas que me habían votado. El rector, ya se sabía, votaba en contra. Así que eso daba un resultado de seis a cinco a mi favor: el empate sólo se podía alcanzar con tu voto.

–¿Y por qué no me dijiste nada?

–¿Qué te iba a decir? Ya me escuchaste, no creo en ese tipo de solidaridades, y ni siquiera somos amigas. Pero decime una cosa, ¿cómo hubieras votado si la votación hubiera sido pública?

–No lo sé.

De esas situaciones estaban llenas las historias increíbles: las personas piensan una cosa, dicen otra, en ciertas condiciones hacen lo que piensan, en otras hacen lo que dicen y en otras, una tercera que no habían contemplado antes. Por eso, entre otras cosas, terminan resultando increíbles: no hay contexto explicativo que las justifique.

Finalmente, faltando a las expectativas de quienes imaginaban que ese lugar iba a ser ocupado por la otra consejera o por algunos de sus promotores, puso en el cargo al consejero que había competido con ella por la rectoría.

En el consejo cayó muy bien la designación de su otrora oponente como secretario académico. Era un reconocimiento a su capacidad y despejaba dudas sobre una supuesta “revancha” de las mujeres.

–Es una decisión inteligente –dijo el rector saliente–. Entre los dos van a manejar muy bien el Instituto.

## 10

La rectora, después de la conversación con su compañera, se quedó con una rara sensación. Sentía que no le había dicho toda la verdad, o, mejor dicho, que no le había dicho todo, pero ¿por qué habría de decírselo?

Lo no dicho no se refería a lo que ella creía o valoraba, sino que tenía que ver con lo que ella sentía; con lo que ella sintió desde el mismo momento en que reconstruyó la votación. Y lo que sintió fue un profundo odio. Se sintió traicionada. Sintió que su compañera se había portado como una perra, apoyándola en público y votando en contra en secreto.

Le había llevado muchos días poner en orden sus creencias y sus sentimientos, y no estaba segura de haberlo logrado. Bah, estaba segura de no haberlo logrado.

Si se atenía a los hechos, no tenía nada para reprocharle. Recordaba bien sus palabras y, en verdad, ella ni siquiera la había apoyado en el consejo. Sólo se había limitado a decir que si el Instituto tuviera una rectora eso no iba a impedir que siguiera adelante.

En verdad, dijo que era posible y que no era malo, pero en ningún momento afirmó que le parecía adecuado que ella fuese la rectora. Así que ni la podía acusar de haber mentado. Pero, por alguna razón que debería revisar, sabiendo que dolería revisarlo, ella esperaba contar con su apoyo.

Sabía que era contradictorio. Que por un lado no creía ni solicitaba solidaridad de género, pero por otro lado ni se le había cruzado por la

cabeza que ella no la votara. ¿Por qué no lo pudo pensar? Esa era la pregunta.

“Porque las mujeres deben apoyarse”, le susurraba algo en su interior e, inmediatamente, arrojaba esa voz por la ventana por inadecuada y contraria a sus principios. Pero donde había estado esa voz ahora quedaba un vacío, el mismo vacío que se siente cuando alguien nos dice que los reyes magos no existen. Por más doloroso que nos resulte no nos cuesta comprender que no existen, pero lo que no podemos aceptar es que no deban existir.

La brutalidad de lo real se abre paso matando a todo lo real que se le cruza por delante. Adiós el agua y el pasto para los camellos, adiós a los regalos venidos del cielo, adiós a la niñez que alguien concibió como la suma de engaños estúpidos para que no tengamos los miedos que no tenemos y que sí tienen los adultos.

Y, contrariamente a lo que hubiera deseado, la idea de que las mujeres se tenían que apoyar entre sí había hecho nido en algún lugar muy sensible de su interior. Ella no creía que debiera ser así, pero la desasosegaba cuando, en alguna situación, no era así.

La preocupación de la rectora no estaba referida, en verdad, a sus procesos internos; con ellos se las vería de algún modo, en el peor de los casos con un terapeuta mediante. Lo que realmente la tenía mal era la sospecha de que esa situación iba a teñir distintas decisiones profesionales que debería tomar en los próximos meses.

Y esa sospecha la llevaba a una vigilancia continua sobre sí misma. ¿Qué parte de ella se haría presente cada vez? La decisión de designar a su oponente como secretario académico fue una tortura. Todo le indicaba que era una buena decisión para equilibrar la circulación del poder en el Instituto y nunca pensó que fuera adecuado nombrar para ese cargo a la consejera. Pero ¿qué parte de ella estaba tomando esa

decisión? O, mejor dicho, ¿de dónde salían las piezas de aquel rompecabezas que, una vez armado, parecía tan coherente?

¿Había considerado seriamente la opción de designar a la consejera en ese puesto? ¿Se había hecho realmente la pregunta? ¿O el resentimiento que sentía hacia ella no le había permitido ni considerar la posibilidad? Ella entendía que la odiaba sin motivo, pero comprendía muy bien que, muchas veces, no hacen falta motivos para odiar.

Tampoco le parecía correcto favorecerla indebidamente por la sospecha de que sus sentimientos la hicieran ser parcial. Comprendía que era una trampa. Si no favorecerla podía ser resultado de ese sentimiento, favorecerla como antídoto podía sí, efectivamente, derivar en actos de injusticia hacia otras personas. Y si fuera parcial en ese aspecto, los demás leerían esa situación como “solidaridad de género” y, de nuevo, a algunos le parecería bien y a otros mal.

Pero, impensadamente, dio con una solución práctica al problema. Por esos raros caminos por los cuales la mente lleva y trae cosas sin orden aparente, recordó lo que le decía uno de sus amantes de años atrás: “Las cosas de la vida se dividen en dos clases: las que podemos resolver y las que no podemos resolver. A su vez, las que no podemos resolver se dividen entre las que otros pueden resolver por nosotros y las que nadie puede resolver por nosotros. De éstas últimas es de las que hay que ocuparse”.

En esa taxonomía increíble, claramente, el problema de su relación con la consejera caía dentro de las cosas que no podía resolver, pero que alguien podría resolver por ella. Todas las decisiones que afectaran a su compañera de consejo las dejaría en manos de su secretario académico. No resolvía el conflicto entre sus sentimientos y sus creencias, pero se salía del problema. Así lo creyó, al menos, en ese momento.

Una luz tenue se derramaba, alrededor del mediodía, en el amplio vestíbulo del Instituto. Pasado ese momento, los altos edificios que lo rodeaban impedían una medida más generosa de claridad. Tanto es así que hubo que dotar de iluminación artificial a las dos carteleras que, a derecha e izquierda, vigilaban el ambiente.

En la cartelera de la derecha se podían leer los nombres y apellidos de los fundadores y de las actuales autoridades. La cartelera de la izquierda contenía un inquietante texto atribuido a un tal Michael Polanyi que decía: “En los días en que podía silenciarse una idea diciendo que era contraria a la religión, la teología se convirtió en la mayor fuente de falacias. Hoy, cuando todo pensamiento humano puede desacreditarse calificándolo de no científico, el poder ejercido previamente por la teología ha pasado a la ciencia; así, la ciencia, ha llegado a ser la mayor fuente de errores”.

Las dos plantas altas tampoco contaban con iluminación natural. Sólo tenían ventanas las aulas que daban al frente del edificio y que, a pesar del vidrio doble con el que estaban armadas, se utilizaban sólo en casos excepcionales debido al incesante ruido del tránsito de la avenida Santa Fe. Así que toda la iluminación del Instituto era artificial. En general estaba provista por tubos fluorescentes, potentes, excelentes para el fin que debían cumplir. Es cierto que, luego de unas horas dentro del Instituto, los cuerpos parecían flotar llevados por esa corriente de blancura que todo lo inundaba.

Los alumnos habían calculado que tomar más de dos clases seguidas los exponía a cierta embriaguez luminosa. Ya los reflejos no estaban tan prontos, las ideas, sin languidecer, aminoraban notoriamente su marcha y todo parecía verse afectado por una repentina pérdida de la gravedad.

Alumbrado por esa luz, que le confería un aspecto espectral, un octogenario profesor había comunicado que se retiraba del ejercicio de la docencia. Ese sería el último año que dictaría clases y les avisaba con tiempo para que buscaran su reemplazo.

Estaba mentalmente lúcido y físicamente apto, con la ayuda adicional que había significado la instalación de los ascensores. La rectora le preguntó, posiblemente por cortesía, qué lo había llevado a tomar esa decisión. La respuesta fue breve y completa:

–Me cansé.

El tono con que lo dijo pareció el de un atleta que acaba de correr una carrera que duró décadas. Y un día, se cansó. Quizás, finalmente, se apagó esa voz interna que le decía “¡corre, Forest, corre!”, y después de ir de costa a costa una y otra vez, decidió detenerse.

En general se cree que cuando una persona tan activa y metódica interrumpe de un día para otro su actividad, eso repercutirá de manera negativa en su salud. En su velorio se escuchan frases tales como “el trabajo era su vida” y otras del mismo tenor. Pero, aunque nadie lo supiera en ese momento, el profesor iba a desmentir esas creencias. El Instituto tendría la oportunidad de hacerle un homenaje cuando cumpliera los noventa y lo hubiera podido repetir a los cien si las autoridades de ese momento no hubiesen estado tan entretenidas con otras cosas.

Pero en el presente, el caso es que había que reemplazarlo y eso siempre era una tarea difícil en el Instituto. En primer lugar, porque muy pocos intelectuales estaban formados con los enfoques que allí se enseñaban. Los títulos habilitantes no eran suficientes en este caso, se requería una mirada profunda sobre la vida y, sobre todo, estar convencido de que lo más importante estaba todavía por descubrirse.

Una mente educada en la supremacía del pensamiento científico sobre todo otro pensamiento era, claramente, inadecuada para enseñar en ese

lugar. Pero tampoco se podía recurrir a alguien que no tuviera una formación científica de primer orden en aquellos temas que abordaría. Había que saber sin creer, algo así como estar frente a un dios y negar su existencia.

Pero el otro tema que hacía este reemplazo tan delicado era que el profesor dictaba Historia de las Historias Increíbles. El caso es que, para identificar las mejores historias increíbles escritas en el pasado era necesario contar no solo con una erudición especial, sino con un particular punto de vista sobre determinados productos de la deriva intelectual de la humanidad.

Tampoco había un mercado al cual recurrir para seleccionar docentes para el Instituto. Un aviso en cualquier medio especializado hubiera devuelto decenas de hojas de vida que, de solo leerlas, hubieran sido descartadas. Y si tuvieran algún mérito, por ejemplo, haber sido expulsado de una universidad “seria”, probablemente el postulante tampoco lo pondría en su currículum. Los mismos pobres resultados se obtenían al recorrer las redes profesionales.

En verdad, los reemplazos obligados en el cuerpo profesoral habían provenido de dos fuentes: la recomendación de algún otro profesor o alguna publicación que transformara a su autor o autora en alguien deseable para ser invitado por el consejo.

El reemplazo también contenía una parte de duelo. No ver más caminando por los pasillos al profesor de Historia de las Historias Increíbles era como arrancar una parte del Instituto. En broma, los alumnos decían que el viejo estaba inventariado.

También incluía algo de erotismo. La expectativa de alguien nuevo circulando por las aulas, en un lugar donde los cuerpos eran tan identificables, no era una noticia menor. El futuro reemplazo, ya antes de llegar, encontraba su lugar en la fantasía de los cuerpos.

Las opiniones de los seres humanos, a decir verdad, no se reducen a opiniones de sentido común y opiniones científicas. Hay otro tipo de opiniones que son tan efectivas, y a veces más, que aquellas.

Por ejemplo, la ciencia lleva años estudiando el tema de las vacunas. En algunos casos ha hecho sapo, como con el VIH/Sida, pero en otros se ha lucido, como con la poliomielitis o el sarampión. Años de investigación y de vacunación para erradicar ciertas enfermedades.

Las opiniones de sentido común sobre este tema, por un momento, concuerdan con las opiniones científicas. Tienen una vaga idea de lo que hacen y dicen los científicos al respecto, la mayoría de las veces equivocada, pero su tenacidad para mirar el mundo sin segundas intenciones les hace ver que antes de la vacuna había miles de niños discapacitados por la polio y que ya nos los hay, que antes las personas morían de sarampión y que ahora sólo mueren a causa de esa enfermedad algunos que no se han vacunado.

Pero, siempre hay un “pero” ... aparece un movimiento antivacuna que difunde la idea de que las vacunas son malas para la salud. ¿Es una opinión científica? No. ¿Es una opinión de sentido común? Tampoco. A este tipo de opiniones, en el Instituto, se las llama “opiniones indemostrables”.

Que el Sol gira alrededor de la Tierra puede ser demostrado a partir de la observación y que la Tierra gira alrededor del Sol puede ser demostrado a través de una teoría por demás creíble, pero que las vacunas sean malas para la salud no parece poder ser confirmado de ninguna de las dos formas.

Hay una campaña política para elegir a un presidente. Uno de los candidatos es una persona de dudosa moralidad, sus ideales son racistas,

está de acuerdo con la persecución religiosa y la desigualdad de las mujeres. Los antecedentes, diríamos, no lo ayudan. Los científicos sociales, politólogos, historiadores, advierten sobre las dificultades que podría enfrentar la sociedad de elegir a ese postulante. Las opiniones de sentido común, de aquellos que se interesan sobre el tema, también se ponen en guardia: saben que detrás de esa prédica fundamentalista en general se esconden oscuros negocios, así, al menos, lo han observado repetidas veces.

Pero el candidato resulta, finalmente, electo. “*¡Mon Dieu!*”, ¿cómo ha pasado esto? Han predominado las “opiniones indemostrables”, las que han hecho ver, sin ningún fundamento, claro, que votar por otra opción traería la ruina al país y a nuestras vidas personales, que los que hablan mal del candidato impresentable son los mismos que nunca han sabido solucionar los problemas que nos aquejan, que, en fin, aunque todo muestre lo contrario, esa persona es la indicada para conducir los destinos de la patria.

En el Instituto se estudian también este tipo de opiniones. Es importante para los alumnos no confundirlas con la ficción, porque la ficción se presenta como tal. No hace falta que lleve el rótulo de “ciencia ficción”, toda literatura es ficción, como ya decíamos de la novela histórica. Las opiniones indemostrables no son ciencia, no son sentido común, pero tampoco son novela o teatro.

También puede dejar pendiente un examen el alumno que crea, equivocadamente, que las opiniones de sentido común también son indemostrables. No habrá comprendido lo esencial, que es que esas opiniones se basan en la observación bien intencionada. Las opiniones indemostrables no se basan en la observación y, muchas veces, ni siquiera son bienintencionadas.

La nueva rectora había escrito una página importante en su trayectoria como investigadora al determinar las condiciones de producción de

cada tipo de opiniones. “Mientras que las opiniones científicas –leemos en la solapa de su último libro– se producen en los institutos de investigación, universidades y centros especializados, de acuerdo a reglas definidas y controlables, y las opiniones de sentido común nacen del intercambio de ideas entre las personas que integran una comunidad y se transmiten de generación en generación, las opiniones indemostrables se producen en ausencia de los cuerpos, ya sea a través de las redes sociales, de la radio o de la televisión”.

Mientras que la opinión científica –podríamos agregar– se basa en el método riguroso y la opinión de sentido común en la observación bien intencionada, las opiniones indemostrables se basan en la impunidad de las personas y medios que las sustentan. “El medio es el mensaje”, repetirá McLuhan hasta el cansancio y quizás con cierta desesperación.

No saber diferenciar entre estos tres tipos de opiniones lleva al fracaso seguro a cualquier estudiante del Instituto, por más brillante que pueda ser en la comprensión de otras materias.

Las historias increíbles tampoco tienen que ver con las opiniones indemostrables, aunque sean, en algún aspecto o durante un período de tiempo, indemostrables. Se diferencian de aquellas en que son el resultado de una paciente elaboración que construye las condiciones de posibilidad en las que podrían darse o haberse dado esas historias.

Estaba preparando su examen. En el Instituto de Investigación de Historias Increíbles presentar un examen tenía sus particularidades y las personas que provenían de otras experiencias educativas, muchas veces, sufrían alguna frustración hasta que comprendían qué era lo que se esperaba de ellas.

En verdad, en el Instituto no era posible reprobado un examen, no existían algo así como “Notas”, no te podías sacar ni un diez ni un uno. Los resultados posibles eran dos: completo o pendiente.

La real dificultad estaba dada por la demanda de originalidad interpretativa que en cada examen se ponía en juego. No se trataba de repetir lo que otros habían escrito, ellos o sus comentaristas: no existía ese lugar de saber contra el que los dichos del alumno terminaban resultando verdaderos o falsos. Justamente, la filosofía que animaba al Instituto era que el saber existente era demasiado precario como para no intentar nuevas interpretaciones del mundo.

Mientras los dedos de su mano izquierda jugaban con sus rulos castaño claros, su otra mano iba garabateando distintas ideas que podría utilizar para su examen. Algunas le parecían más interesantes, otras menos y, ninguna de ellas, por ahora, le resultaba especialmente divertida. Ya había terminado su carrera y, a sus veintiocho años, estaba completando una maestría, así que de seriedad ya había tenido bastante. Su inscripción en el Instituto fue parte de un intento para modificar su relación con el conocimiento. Ya estaba bien de solemnidad, sabía lo que tenía que decir para ser aprobada, pero ya no buscaba aprobación, lo que buscaba era...

Posiblemente no hubiera sabido decirlo, pero podía sentirlo. Lo que se buscaba era a ella misma como ser pensante. De tantas autoridades que le dijeron cómo es el mundo y de la eficacia con que se castiga el

disenso, en cualquier orden, ella ya no sabía qué era lo que ella misma pensaba ni lo que ella creía; no podría haber dado cuenta de aquello que constituía su manera única de ver la vida.

–El saber admitido –decía a sus amigos y a sus amigas–, es como las frazadas: dependiendo de la cantidad que te ponen encima pasás de estar calentita a estar aplastada.

Pero eso no era lo que a ella le parecía peor, porque siempre cabía la posibilidad de revolverse un poco y sacar la pata afuera, aunque hiciera frío. Lo peor, en verdad, es que ya no te animás a intentarlo.

Porque nunca vas a saber física nuclear, poner un satélite en el espacio, fabricar una vacuna, cocinar exquisiteces, educar un hijo, gobernar justamente un país y ser una buena vendedora, todo a la vez. Y detrás del tótem de la especialidad, pensaba, se ocultaba la ignorancia sobre el todo: sobre el mundo, sobre la vida, sobre los dioses y sobre la felicidad.

Entre un reflector que te deja ciego y la llamita de un encendedor, ella buscaba su propia luz para iluminar, así sea, una pequeña parte de su mundo. Quizás desde allí podría enfocar el reflector de alguna manera en que resultara útil.

Por esos días había decidido ir a vivir con su novio; cuando ella se lo propuso él pareció feliz. Tenía claro que ese proyecto no incluía familia ni hijos, pero ella tampoco estaba segura de querer eso. Él estaba próximo a cumplir los cincuenta, con dos hijos ya adultos y una hija adolescente y, si bien ella ya no lo era, bien podría haber sido una hermana mayor de aquellos.

–Cosas de la vida –le decía ella a su amiga de la infancia y ocasional amante.

Pero quería rendir ese examen antes de mudarse, antes de tener que enfrentar el estrés de adecuarse a la vida de a dos. De hecho, iba a ser su primera convivencia con un hombre. Su preocupación no era el mediano ni el largo plazo sino cómo se iba a sentir en el día a día. Pertenecía a una generación ya avisada de que el amor no se representa bien con un corazón que palpita toda la vida por otro, sino que, más bien, es una llama azul que se va depositando en distintas personas, en cada momento, y nos permite arder con ellas.

Aunque ya no vivía con su madre, ésta no había estado feliz con la noticia. La apoyó, eso sí.

—Lo importante es que seas feliz —dijo, como era de esperar. Pero algún sueño se rompió en ese momento. No cayó en los lugares comunes de “podría ser tu padre” ni en la crisis existencial de “no voy a ser abuela”. Sólo sintió la crueldad del mundo que existe detrás de la frontera de lo habitual. Tampoco la hacía sentir bien pensar que esa relación, más pronto que tarde, llegaría a su final. O, mejor dicho, no se sentía bien de sentirse bien cuando pensaba en esa posibilidad.

Pero recordar a su madre fue de gran ayuda para la preparación de su examen. Ella siempre le decía, a mitad de camino entre el orgullo y el reclamo, que vivía todo a mil kilómetros por hora: hacía los deberes rápido, ponía la mesa rápido, ordenaba su cuarto rápido, se recibió rápido, hizo el posgrado rápido... Pero su madre no decía “rápido”, decía: “como escupida de músico”.

Ese fue el título que puso en la hoja en blanco donde comenzaría a preparar su examen: “Como escupida de músico”. Era una de las posibilidades que le brindaba el Instituto: pensar lo que sentía y decir lo que pensaba. Claro que, ahora, había que justificarlo.

Las dificultades que enfrentaba el Instituto a la hora de encontrar nuevos colaboradores era un tema de reflexión para la nueva rectora. Esa situación se había actualizado desde que el profesor de Historia de las Historias Increíbles había anunciado su retiro.

Los obstáculos a sortear para dar con un elemento adecuado era la mitad del problema, la mitad por todos conocida. Pero la pregunta que ella se formulaba era la siguiente: “Es cierto que para nosotros no es fácil encontrar, pero ¿por qué nadie nos busca?”.

¿Cuál era la imagen del instituto que, así sea por la originalidad de su enfoque, no resultaba interesante para algunos de los espíritus creativos que, con seguridad, deambulaban frustrados por el mundo? ¿Por qué nunca se recibía una hoja de vida, así sea de un recién egresado de alguna disciplina, que más allá de sus consideraciones sobre el Instituto estuviera, simplemente, buscando trabajo?

La remuneración de los docentes no estaba entre las más altas del mercado, pero se hallaba muy alejada de las más bajas. La razón, claramente, no era económica. Tampoco la estabilidad en el cargo: la mayoría del cuerpo profesoral llevaba años enseñando allí. Era cierto que ser docente en el Instituto tenía como exigencia complementaria la necesidad de desarrollar investigaciones propias, ya que no siempre la bibliografía disponible aportaba la solución a los problemas que se enfrentaban a la hora de hacer consistentes las historias increíbles, pero, con seguridad, existían quienes apreciaban esa necesidad ya que los sacaba de la rutina de repetir *in aeternum* aquello que algún día les habían enseñado.

Si no era el dinero ni la estabilidad ni las exigencias del trabajo, ¿a qué se debía que nunca nadie ofreciera sus servicios al Instituto? Hacía tiempo que sentía la respuesta, pero no lograba desenvolver ese

sentimiento; algo la prevenía de terminar de quitar el papel en el que venía envuelto, como si dentro, sin falta, hubiera de encontrar algo desagradable.

Una mañana, de esas en las que uno se siente en condiciones de realizar cualquier tipo de cosa en el mundo, hasta volar si fuera necesario, o atravesar montañas dando pasos de gigante, quitó finalmente la cinta. Y ahí apareció; lo que era un sentimiento encontró sus palabras: ¡trabajar en el Instituto no daba prestigio! Hasta, posiblemente, sería una de esas cosas que uno no pondría en su currículum.

De ahí en adelante las conclusiones se despeñaron sin orden. Ella era la rectora de un Instituto sin prestigio. Ser parte del Instituto no representaba un escalón en la carrera de nadie. En su vida social ella compartía que era profesora y ahora rectora en el lugar donde trabajaba, pero nunca tomaba el riesgo de explicar en qué consistía la actividad en ese lugar. Cuando daba clases como invitada en otras universidades nunca mencionaba las investigaciones que allí se realizaban. ¡Uf!

Y era muy probable que esa fuera la conducta de la mayoría de sus colegas. ¿Para qué tomarse el trabajo de explicar cosas que iban tan a contramano de las creencias generalizadas de la época? No era, con seguridad, temor a fundamentar los puntos de vista que se sostenían en el Instituto: eso lo hacían todos los días, cada vez que estaban frente a sus alumnos o en las reuniones de trabajo que mantenían. Tampoco se podía explicar por una economía del esfuerzo: todos ellos eran, y así lo requería la labor intelectual que desarrollaban allí, comprobadamente esforzados.

No, no era ninguna de esas razones. Lo que, posiblemente, todos ellos querían evitar era ser tratados como “raros”, como intelectuales poco preparados, como personas que no razonaban correctamente y en las que no se podía confiar. No querían regresar a la caverna con malas noticias, a contarle a los demás que afuera no existía el sol, que esos

reflejos que se veían en los espejos de agua eran, en verdad, sólo una enfermedad de los nervios.

Pero como era uno de esos días donde se había perdido la noción de las limitaciones del cuerpo y del alma, y todo parecía posible, tiró el envoltorio a la basura, aferró con las dos manos lo que venía adentro y dijo: “Esto no podrá conmigo”, y llamó inmediatamente a su asistente.

Lo primero fue el sonido de los tacos en el pasillo, al entreabrir la puerta se adelantó su perfume y, finalmente, llegó la asistente. La invitó a sentarse.

La rectora mantuvo en su función a la asistente que prestaba servicios con el rector saliente. Era una manera de no producir más cambios que los necesarios y, a su vez, creaba una vía por donde podría llegar información al anterior rector. Qué información, ese era otro tema; quizás no toda la información, pero casi toda, podríamos decir.

Muchos años atrás, en su época de estudiante, la rectora trabajaba en una empresa como administrativa contable. Muchas veces, dentro del desorden general que había en la compañía, se podían imputar aleatoriamente una cantidad de comprobantes que se ajustaban malamente al plan de cuentas, aunque, claro, en caso de revisión eso podía ser impugnado por sus superiores. Un jefe paternal le había dado un consejo que atesoró durante toda su vida: “Cuando tengas que hacer algo, hazlo como si todo el mundo te estuviera viendo: nunca supongas que nadie se va a enterar”.

Esto aplicaba a su relación con la asistente del anterior rector: todo lo que ocurría en la rectoría podía llegar a sus oídos sin causar ningún tipo de perturbación en la marcha normal del Instituto.

Claro que ese consejo inicial se vio enriquecido por el que le dio otro jefe no tan paternal, pero avisado de que, a veces, suceden cosas extrañas: “Cuando algo no se debe saber, no se lo cuentes a nadie”.

Entre estos dos márgenes había transcurrido casi siempre su vida, tanto en el trabajo como en el amor, y no le había ido tan mal.

Lógicamente, cuando se produjo el cambio de autoridades, una posibilidad cierta era que la cambiara de puesto, pero lo descartó. “Modificaciones, las menos posibles”, era una consigna no dicha, pero practicada.

La asistente, por su parte, también había pensado en esa posibilidad y, en verdad, no le molestaba la idea. Si bien ser asistente del rector estaba rodeado de cierto *glamour*, ella llevaba muchos años en el Instituto y se hubiera adaptado bien a cualquier tarea. La noticia de su continuidad en esa función le hizo sentir orgullo y, a la vez, cierto desasosiego. El transcurrir de los días no había traído novedades.

La nueva rectora la consultaba sobre diversas situaciones administrativas. Eso también le produjo sentimientos encontrados. Por un lado, lo vivía como un reconocimiento a su experiencia, por otro, pensaba que, una vez que se pusiera ducha en esos temas, la podría reemplazar. Pero, finalmente, eso no ocurrió y allí estaba, sentada frente a ella, esperando lo que tenía que encomendarle.

Pero en vez de recibir tareas, se encontró frente a una pregunta:

–¿Por qué se anotan los estudiantes en el Instituto?

–¿Cómo?

–Que por qué creés vos que nuestros alumnos eligen anotarse en este Instituto –repitió su pregunta la rectora.

–Bueno –comenzó lentamente a contestar–, imagino que les interesa lo que aquí se estudia... –Hizo una pausa que la rectora no interrumpió–. Lo que se estudia aquí no se enseña en ningún otro lado –terminó su respuesta ya con energía.

La asistente estuvo segura de haber dado una buena contestación.

La exclusividad era una buena hipótesis, pero ¿sería realmente así? No cabían dudas de que el enfoque que se le daba a los estudios en el Instituto era original, pero concluir que esa era la causa de la inscripción de alumnos requería de otras averiguaciones complementarias. Eso anotó la rectora en su cuaderno.

–¿Cómo empezaste a trabajar aquí? –continuó con sus preguntas a la asistente.

–Hace doce años, necesitaba trabajar y mi tío era consejero en el Instituto.

–¿Te gusta tu trabajo?

–Mucho. Digo, me gusta trabajar en el Instituto, aquí son todos muy amables y nos apoyamos entre todos.

–Vos conocés todas las tareas del Instituto, ¿no?

–Y, sí. Entré de administrativa, liquidaba sueldos y hacía la contabilidad. Después estuve con los alumnos, inscripciones, exámenes, certificados. También hice de administradora, compras, pagos, mantenimiento. Y en estos últimos años de secretaria del rector.

–¿Estás cómoda como mi asistente o te gustaría volver a alguno de tus trabajos anteriores?

–Estoy bien. Si usted está conforme, yo no tengo problemas.

–Me gusta mucho que conozcas todo lo que se hace en el Instituto. Te puedo pedir cosas que, aunque yo no sepa cómo hacerlas, vos sí sabés.

–Y si no sé, le pregunto a alguien que sepa –y rieron las dos porque, estaba claro, había buenas razones para reírse.

–¿Cuántas personas trabajan en el instituto, sin contar a los profesores?  
–preguntó la rectora.

–Ocho en total. Dos que hacen limpieza y atienden la cocina, una en cada turno. La administradora, el de alumnos, el administrativo, el conserje, la bibliotecaria y yo.

La rectora tomaba notas en su cuaderno. Programaría una reunión con la bibliotecaria y otra con la administradora apenas tuviera lugar en su agenda. Finalmente, preguntó:

–¿Llegó el secretario académico?

–Sí. ¿Quiere que lo llame?

–No, lo llamo yo. Gracias.

Era época de exámenes. En el Instituto todos los exámenes eran orales. Uno de sus fundadores había expandido de tal forma la afirmación de Spinoza sobre que la verdad es un relato, que no se consideraba otra forma válida para expresar las ideas, salvedad hecha, claro está, de los libros, que constituían relatos escritos.

La imagen de un profesor haciendo preguntas sobre temas predeterminados hubiera estado muy alejada de lo que allí se consideraba un examen. Ni que hablar de un múltiple *choice*, eso era mucho más identificable con un juego de azar que con una evaluación académica.

La diferencia era, probablemente, que allí el alumno no se presentaba a un examen: presentaba un examen. En el primer caso lo importante era el examen, en el segundo el alumno; en el primero la memoria, en el segundo la capacidad de razonamiento.

Al llegar el día, en el aula se acomodaban de buena manera profesores, alumnos y curiosos que, por distintos motivos, podían estar presentes en ese momento.

Lo que allí ocurría no era azaroso; no existía algo así como “Saque una bolilla” o “Hábleme sobre el capítulo seis”. El rindiente debía elegir con anticipación el tema sobre el que iba a disertar y anunciarlo. Esa información terminaba expuesta en la cartelera de “Próximos Exámenes”, a disposición de todo el que quisiera consultarla.

Nunca el examen era atendido por una sola persona, por más prestigio que ésta tuviera. Es más, la conformación de estos colectivos de evaluación incluía a profesores, profesoras y, en ocasiones, también eran invitados estudiantes avanzados.

La razón era muy comprensible: lo que un alumno exponía tenía, naturalmente, distinta resonancia en cada oyente. Podía muy bien ocurrir que lo que un evaluador no comprendiera acabadamente sí fuera registrado por la sensibilidad de otro evaluador. Por eso los resultados de los exámenes eran inapelables: si el rindiente no hubiera completado satisfactoriamente su examen, significaba que ninguno de sus evaluadores consideró fundamentado lo que expuso sobre el tema elegido.

Claro que la corrección, en el Instituto, no consistía en la correspondencia entre los dichos del alumno y lo que afirmara tal o cual autor en alguno de sus libros. Se consideraba correcta toda afirmación que se pudiera sostener en una cadena de argumentos consistentes.

También era habitual que algunas personas decidieran integrarse a un colectivo de evaluación para escuchar sobre un tema determinado o a alguien en especial que ya, en anteriores trabajos, hubiera presentado enfoques interesantes o polémicos.

Ese día la rectora estaba recorriendo distintas mesas de evaluación, con el objetivo de llegar a donde una alumna presentaría su examen sobre las distintas clases de opiniones. Su interés era comprensible: de ese tema trataban sus últimas investigaciones. También, a decir verdad, le había llamado la atención lo irreverente del título que la alumna había seleccionado para su presentación. El mismo rezaba “Como escupida de músico”.

La alumna, cuando la vio aparecer, comenzó a transpirar. No podía tener tanta mala suerte: justo la referente teórica en ese tema iba a estar sentada frente a ella, escuchándola. Seguro que cualquier cosa que dijera le parecería impreciso si lo comparaba con la claridad de sus propias tesis.

Primero pensó en descomponerse, a cualquiera le podía pasar. Pero rápidamente se dio cuenta de que la pérdida de imagen por no afrontar

la situación sería un costo mayor que el de dar un mal examen. Además, si le tocaba caer, lo haría ante la mejor; eso también era un mérito. Así que, allí fue.

Luego de los saludos del caso, ya que lo que se dicen presentaciones no eran necesarias, en el Instituto todos se conocían, la alumna se sintió obligada a explicar el título de su tema.

–Mi madre –comenzó– siempre utilizaba esa expresión cuando alguien realizaba algo con mucha rapidez. Yo me pregunté un sinnúmero de veces en qué condiciones los músicos debían escupir y por qué lo harían velozmente. No me imaginé a un pianista escupiendo, ¿para qué iba a necesitar escupir? Salvo que se escupiera las manos para seguir arremetiendo contra el teclado con más energía, pero me parecía raro y poco funcional: el piano no era un hacha ni el pianista un leñador. Tampoco imaginé escupiendo a alguien que tocara la batería y menos aún a un violinista: definitivamente no tenía ningún sentido.

»Hasta que, al crecer, me di cuenta de que mi madre se refería a los músicos que tocaban un instrumento de viento. Era muy posible que el esfuerzo permanente por soplar, la trompeta o el clarinete, por ejemplo, hiciera al músico segregar más saliva de la normal o le produjera algún tipo de pastosidad y malestar en la boca que bien podía llevarlo a escupir.

»Y llegado a este punto se me hizo transparente el sentido de esa expresión. Era comprensible que, si en el medio de una ejecución, por ejemplo, del *Concierto para clarinete y orquesta en la mayor* de Mozart, el músico necesitaba escupir, lo tendría que hacer a una gran velocidad para que no se interrumpa la continuidad de la melodía.

El grupo de evaluadores estaba realmente admirado con ese inicio de la presentación de la alumna. Estaba haciendo, con motivo de la explicación del título de su examen, una prolija utilización de los

supuestos básicos que se requieren para la correcta elaboración de las historias increíbles.

No argumentaba desde un estudio que explicara la fisiología del esfuerzo del soplado. Tampoco desde la observación de que los músicos que tocaban ese tipo de instrumentos, efectivamente, escupían de vez en cuando. Por el contrario, se concentraba en imaginar en qué condiciones la historia resumida en la expresión “como escupida de músico” podía tener sentido, por más increíble que parezca.

La atención lograda, que la alumna percibió correctamente, le dio nuevos ánimos para seguir con la presentación de su examen.

–Este es un caso donde podemos reconstruir los tres tipos de opiniones que estudiamos. La ciencia, efectivamente, puede calcular el esfuerzo que realiza nuestro clarinetista a partir de las características propias del instrumento. El clarinete funciona con una lengüeta simple, a diferencia del oboe, el fagot y el corno inglés, por ejemplo, que cuentan con dos, y el viento se desplaza a través de un cuerpo cuya geometría es cilíndrica. Cuenta con veinte agujeros que se cierran con los dedos o con llaves, la cantidad de las cuales varía según el fabricante.

»Calculada la resistencia que el instrumento ofrece al paso del aire, la opinión científica también puede determinar, así sea aproximadamente, el efecto que ese esfuerzo producirá en la boca del clarinetista, la acumulación y variación de la condición de la saliva, el estado resultante en su mucosidad nasofaríngea y, en relación con ello, la necesidad de escupir.

La atención de los evaluadores no había disminuido. Claro que el interés no estaba dado por el tema, nadie imaginaba que se pudiera construir una historia increíble sobre la ejecución del clarinete. Lo que impresionaba era la precisión con el que la alumna utilizaba el aparataje teórico aprendido.

–En un registro distinto –continuó– se expresará aquel que haya observado escupir al clarinetista. Este puede desconocer toda la serie de procesos que lo llevaron a escupir. Es más, puede tener una opinión equivocada sobre las causas del suceso, por ejemplo, creyendo que es de buen gusto y necesario para el lucimiento del ejecutante escupir de vez en cuando. Pero no es importante si el escupitajo provino de una necesidad fisiológica o de un mandato de la tradición, lo relevante es que el observador de buena fe afirmará que, efectivamente, aquel escupió con gracia y rapidez.

»También habrá observadores que nunca vieron escupir a un clarinetista. De hecho, no es habitual y las salas de concierto no están especialmente preparadas para eso. Pero quizás las personas como mi madre nunca estuvieron en una sala de concierto. Es más probable que hayan visto pasar una banda por la calle, o alguna ejecución realizada en un lugar público. Mientras el músico caminaba bajo los rayos del sol, soplando y resoplando su instrumento, posiblemente escupió con gran velocidad y disimulo para obtener algo de bienestar en su ejecución.

»Pero el que nunca vio una banda callejera, y quizás mi madre tampoco la vio, también comprenderá la situación, atribuyendo el dicho, sin dudar, a la confianza en que otros sí la vieron. Como verán, la base de esta opinión sigue siendo la observación bien intencionada.

»Y otras observaciones también pueden reforzar la confianza en el dicho. Por ejemplo, quizás alguien ha visto a un clarinetista cambiar la lengüeta del instrumento durante el concierto. Podrá interpretar que la cambia porque ésta se ha humedecido y ya no devuelve la calidad de sonido esperado. Utilizaría, sin saberlo, una hipótesis ad hoc que diría: el clarinetista que no escupe deberá cambiar la lengüeta.

»En última instancia, la opinión de sentido común que no logre enlazarse con ninguna observación sobre este hecho, podrá inferir que quizás, ahora, con los adelantos tecnológicos que han perfeccionado de

manera importante los instrumentos, el clarinetista ya no escupe, pero que escupió sin falta.

A esta altura, nadie imaginaba cómo se las iba a arreglar la rindiente para incluir las opiniones indemostrables dentro del ejemplo que estaba desarrollando. La entrada al tema había sido brillante, ahora había que ver cómo resultaba la salida.

Como si hubiera adivinado sus pensamientos, la alumna continuó:

–Pero las opiniones no son el resultado solamente del estudio científico o de la observación bien intencionada. Por ejemplo, un dentista tiene poco trabajo y se le ocurre promocionarse, pero entiende que no se trata de competir con otros por el mismo trabajo, sino de generar más trabajo.

»Escucha el dicho de mi madre y piensa: “Los que ejecutan instrumentos de viento serían mucho mejores ejecutantes si no tuvieran colmillos, ya que eso les permitiría escupir con un mínimo esfuerzo, levantando apenas el labio, y utilizando una fracción de segundos en la operación”.

»Esa opinión indemostrable adquiere rápida difusión. La publicidad alienta a todos los que quieran soplar un instrumento a que se extraigan ambos colmillos, para poder escupir a diestra y siniestra sin ninguna dificultad. El marketing incorpora el relato de un famoso clarinetista del siglo XV que revolucionó la ejecución del instrumento luego que, en una pelea callejera, perdiera sus dos colmillos a cuenta de los certeros puñetazos de su adversario.

»Es tan seductora la historia, y en eso consiste la publicidad, que nadie repara en que en el siglo XV todavía no se había inventado el clarinete. Pero esos son detalles menores. La opinión circula y habrá quienes la retuiteen y la difundan a través de otras redes sociales. Muchos la mirarán de pasada y quedará firme en su mente la relación entre la falta de colmillos y la calidad artística de ciertos músicos. No faltará quien

comprenda, finalmente, la causa por la que Drácula no aparece en ninguna de sus versiones tocando el clarinete y lo explique con lujo de detalles a sus amigos.

En ese momento, en que la exposición ya estaba pasando de lo ingenioso a lo bizarro, la rectora la interrumpió para hacerle una pregunta.

–En su opinión, ¿cómo se relaciona su ejemplo con la elaboración de una historia increíble determinada?

Esta pregunta transformó la brillante exposición de la alumna en un divertimento, una ocurrencia feliz. Ahora se vería de qué madera estaba hecho su clarinete.

No respondió enseguida. Los evaluadores interpretaron que se estaba tomando unos instantes para reflexionar o, por mejor decir, para elegir la mejor respuesta. No estaban en lo cierto; la alumna tenía la respuesta, sólo estaba decidiendo la mejor estrategia para presentarla.

–Se podría pensar –comenzó con voz agradable y firme– en utilizar los tres tipos de opiniones para reconstruir una historia del clarinete y de la práctica de sus ejecutantes. Pero eso sería incursionar en un terreno más propio de la ciencia, en algunos aspectos, y del sentido común en otros. No nos dejaría material para construir una historia increíble, o éste sería muy escaso.

La alumna, mirando a la rectora directamente a los ojos, continuó:

–El terreno sobre el que podrían germinar estas observaciones, en cambio, es una investigación sobre cómo alcanza tanta eficacia el dicho de mi madre. Todos lo entendíamos aún antes de entenderlo. Recién de adultos nos pusimos a evaluar los posibles orígenes de la expresión, pero su capacidad comunicativa había quedado establecida mucho antes de ese proceso.

»Sería la historia increíble de la fuerza que alcanzan determinadas afirmaciones o refranes, cuya base excede tanto las opiniones que puede generar la ciencia, como las observaciones de buena fe y también las opiniones indemostrables. Porque aún estas últimas recién se pueden formular sobre la base del reconocimiento a lo que el dicho afirma.

No hubo repreguntas. La respuesta había hecho sentir a algunos de los profesores que eran pilotos de un auto obsoleto y que acababa de pasar a su lado un moderno fórmula uno. La rectora sonrió: el Instituto hacía lo suyo y, con esta clase de alumnos, ella lo podría llevar a nuevos niveles de excelencia.

La rectora atendía sus asuntos con normalidad. La designación de su secretario académico había sido, sin dudas, un acierto: la liberaba de un sinnúmero de tareas que él realizaba no sólo con solvencia sino también con placer.

En algunas situaciones sentía como que el Instituto tenía dos rectores y eso no la incomodaba, todo lo contrario. “Si el poder no se puede compartir”, pensaba para sí, “con seguridad enferma”. Y ella conocía a muchos que habían enfermado de poder. Ahora comprendía mejor que no era una maldad que venía junto con el poder, sino que éste era como un abono que estimulaba la aparición de malas hierbas cuyas semillas ya estaban presentes en el alma. Ella tendría a raya a esas hierbas y contar con un secretario académico leal y eficiente facilitaba mucho la tarea del jardinero.

Después de la ronda de exámenes había completado una agenda sobre aspectos que quería reenfocar en la actividad del Instituto. Le quedaba claro que algunas cuestiones metodológicas se sobreponían al sentido general que animaba el estudio de las historias increíbles. Como que se aprendía a hacer muy bien una cantidad de cosas, pero se terminaba perdiendo de vista para qué se hacían.

Algo así había experimentado ella misma en su época de alfabetizadora, cuando la formación de los llamados “educadores populares” se transformó en la transmisión de una serie de técnicas para incluir a personas humildes en procesos educativos, pero ya sin memoria de que el objetivo de todo eso era la liberación de aquellas de los distintos sistemas de explotación que las sujetaban.

Ella sabía que lo que pasaba en el Instituto era, en cierta medida, cíclico. Cuando la pulcritud técnica se aguzaba en exceso tendía a ocultar el motivo para el que esas técnicas eran necesarias. Viceversa,

cuando se exaltaba el sentido de las investigaciones para las que preparaba el Instituto, se producía cierta relajación en el cuidado del aparato metódico necesario para alcanzar ese fin.

Así que, más que la corrección de un error, lo que la rectora intentaría era encontrar un nuevo equilibrio, virtuoso, que permitiera a las condiciones de producción del saber y al saber mismo, navegar juntos en la misma barca.

Pero no era lo único que le había quedado de la ronda de exámenes. La admiración que había sentido por la alumna que presentó el examen titulado *Como escupida de músico* tomó la forma de una pequeña espina que rozaba distintas partes de su ser.

No era la primera vez que sentía alguna atracción por otra mujer, pero hacía muchos, muchos años que no le sucedía. De alguna manera sus novios, más estables o más pasajeros, la habían compensado en sus principales necesidades afectivas.

Si en algún momento tuvo el ideal de una familia y de tener hijos, no dio pasos consistentes en esa dirección. Si se analizaran en retrospectiva las decisiones que tomó en cada momento de su vida se podría concluir que, al menos, no había sido un objetivo prioritario. Claro que ser una mujer de cincuenta años sin marido ni exmarido, sin hijos y, por lo tanto, sin la posibilidad beatífica de algún día ser abuela, la ponía en una situación especial respecto a la mayoría de las mujeres de su generación. Pero ella estaba en esa situación especial y, posiblemente, la agradecía. Esta era su historia increíble.

Pero esa sensación, nacida mientras escuchaba a la alumna del clarinete, nueva en este momento de su vida, le trajo algo de desasosiego, reflexiones y una disimulada sonrisa.

Empezando por las reflexiones, que era lo que mejor se le daba, entendía que la admiración intelectual era una buena puerta de entrada

a otras admiraciones, al menos en su caso. Pero claro que no todas las personas a las que admiraba intelectualmente le producían esos efectos, ni parecidos.

También se daba cuenta de que la asimetría en la relación la llevaba a un lugar culturalmente conocido, el del flechazo maestro-discípulo, alguna vez transitado por ella como discípula.

Pero nada de eso tenía la intensidad del recuerdo de aquellos pechos subiendo y bajando rítmicamente con la respiración, agitándose con el temblor de sus hombros en los momentos de azoramiento, con firmeza cuando la seguridad de sus ideas le transformaba el cuerpo en el de una amazona dispuesta a saltar sobre su presa.

En esas andaba cuando ingresó a su despacho la consejera.

–Hola. ¿Estás ocupada? –le dijo a manera de disculpa.

–No, pasá, sentate –le respondió la rectora.

En verdad sí estaba ocupada o, mejor dicho, perdida en su mundo interior. Pero no estaba mal volver: su mundo interior seguiría allí, madurando, preparando trampas, en fin, haciendo de las suyas mientras atendía a la consejera.

–Tengo un candidato para profesor de Historia de las Historias Increíbles –le informó la consejera.

–¡Qué bien! –respondió sinceramente la rectora. Era un tema que, sin desvelarla, aparecía como de difícil solución. Es más, ella ya estaba pensando en estrategias alternativas, como dividir la materia en tres en caso de no encontrar a la persona indicada.

Una se llamaría Historia de la Cultura, otra Historia del Conocimiento y la tercera conservaría el nombre original, pero con muchos menos

contenidos. De esta manera, los requerimientos para los ocupantes de esos cargos disminuirían sensiblemente.

–¿Quién es? –se interesó.

–Es un amigo mío, de formación filósofo, pero con un pensamiento muy ecléctico que creo que te puede interesar.

–¿De dónde se conocen?

–Bueno, de la vida. Tenemos amigos en común.

–¿Es pareja tuya? –preguntó inopinadamente la rectora.

La pregunta era, a todas luces, políticamente incorrecta. Estaban hablando de un tema profesional y ella lo había trasladado a un tema personal. No sabía si el curso anterior de sus pensamientos la habían llevado en esa dirección, pero en cualquier caso era inadmisibile; se sentía acorralada por su propia torpeza. Ya estaba preparando su disculpa cuando la consejera, notoriamente avergonzada, respondió:

–Algo lateral, no fue mi pareja oficial en ningún momento.

La necesidad de disculparse desapareció de la mente de la rectora como por arte de magia. La confusión de su interlocutora la transformó de cazada en cazadora.

–¿Cuánto tiempo duró esa lateralidad? –inquirió ya sin ningún tipo de pudor.

–Cinco años.

–¡¿Cinco años?! Yo tuve relaciones oficiales que duraron menos que eso.

–Es complicado –aseguró la consejera.

La rectora tenía plena conciencia de que lo que hacía era totalmente incorrecto, pero ya sabía, por propia experiencia, que no todo lo que da placer es correcto.

La consejera se comportó como sintiéndose descubierta haciendo algo inconveniente, y eso era mucha ventaja para el rencor que, reprimido y controlado, seguía circulando en la sangre de la rectora.

La situación no se originaba, claro está, en que estuviera recomendando a un examante para un puesto para al que podía calificar o no por sus propios méritos. El desconcierto se generaba sólo porque la consejera se sentía incómoda por ese hecho.

La pregunta desubicada de la rectora impactó en ese campo minado y, luego, ya se trataba sólo de tirar piedras para que continuaran las explosiones.

Pero eso, no se le escapaba a la rectora, le proporcionaba un placer de baja calidad, originado más en el sufrimiento ajeno que en la búsqueda de compensaciones propias. Y quizás por eso, o por recordar la estrategia definida para su relación con la consejera, encontró la puerta de salida con bajo costo y hasta con cierta elegancia.

–No te preocupes por eso, es tu vida. Si el hombre vale, vale. Dale todos los datos al secretario académico, él se encargará del tema.

–Perfecto –respondió la consejera, con cierto alivio, y se retiró.

Desde su designación, el secretario académico y la rectora no habían tenido un encuentro de trabajo, así que, para ambos, era un estreno en sus nuevos roles. Ella le había anticipado que no tomara compromisos para la mañana, porque tenía muchos temas para conversar con él. Sobre cuáles eran esos temas, nada dijo.

Cuando la rectora llamó a su otrora competidor para proponerle ser secretario académico, éste no se mostró para nada sorprendido. No era imposible imaginar esa propuesta, tanto por lo que representaba como integración de la conducción del Instituto, como por los propios méritos del consejero.

En esa oportunidad la conversación no se limitó a la formalidad de ofrecerle el cargo, también adelantó las expectativas que ella tenía al respecto:

–No quiero que seas mi secretario académico, quiero que seas el secretario académico del Instituto. Que te sientas con la libertad de proponer, de planificar, de darle al Instituto lo que creas que es más valioso.

No se sabía bien si estaba hablando con la persona apropiada. El consejero era un profesional ordenado, con buena formación, prolijo en todo lo que tenía que ver con el trabajo, pero no había destacado en especial por sus dotes creativas.

Algo de eso sintió también él. No lo hubiera sorprendido que le pidiera reordenar el plan de estudios o revisar el calendario académico, pero la idea de proponer y de plantearse “objetivos propios” no estaba dentro de lo que pensaba escuchar.

No le produjo incomodidad sino algo de inseguridad. Era un juego nuevo, no totalmente desconocido, pero en el que no se había ejercitado especialmente durante sus años de consejero. Su demonio lo alertó: “piensa mal y acertarás”; ella podía estar intentando someterlo a exigencias donde él, antes o después, demostraría su incompetencia. Pero su ego vino en su auxilio: ella también podía estar viendo en él capacidades que otros no habían apreciado.

El futuro secretario académico tuvo que optar, entonces, entre pensar mal de otro o pensar bien de sí mismo. Tenía suficientes reservas de autoconfianza para decidirse por esto último, así que no sólo aceptó la designación, sino que lo hizo con entusiasmo.

La rectora, vale decirlo, era una entusiasmadora serial. Siempre encontraba la manera de describir las tareas de una forma heroica, aunque no lo fueran. Quizás esa capacidad provenía de que, efectivamente, ella así las consideraba.

Así que esta primera reunión de trabajo contenía todas esas expectativas. Se reunieron en el despacho del secretario académico; para llegar hasta allí la rectora sólo debía abrir una puerta. Su oficina contaba con tres: una que daba al pasillo y era la entrada habitual, otra lateral que comunicaba con la sala del consejo y, enfrente a ésta, una tercera que comunicaba con la oficina del secretario académico.

El secretario tomaba café; ella fue con su equipo de mate. Saludos. Ponerse cómodos.

–Te escucho –le dijo él, cediendo, lógicamente, la iniciativa no sólo a su superior sino a la que había solicitado la reunión.

–Quiero trabajar un tema y quiero que lo hagamos juntos. Título: Imagen del Instituto.

Él se acomodó en su silla. Muy a su pesar tuvo que reconocer que el hecho de que la rectora fuera una mujer traía cosas nuevas: él no hubiera pensado en eso ni en cien años. Claro que, relacionar el interés en el tema de la imagen del Instituto con el hecho de que la rectora fuera mujer, dejaba mucha tela para cortar. ¿Consideraba femenino ocuparse de la imagen? ¿El lugar de objeto en que la sociedad patriarcal colocaba a la mujer le permitía desarrollar una sensibilidad especial al respecto? ¿O el placer de ser mirada se hacía extensivo a la institución que ahora dirigía?

Pero nada de eso pensó el secretario académico; en verdad, él sólo quedó atento a lo que vendría a continuación.

–Empecé a pensar en esto por el retiro del profesor de Historia de las Historias Increíbles. Vos sabrás muy bien lo que cuesta encontrar formadores adecuados a lo que aquí se investiga.

–Así es.

–El caso es que me quedé sorprendida no de que sea difícil encontrar personas competentes, eso se explica por el enfoque original que damos a nuestros estudios. Lo que me llamó la atención es que nadie nos busque a nosotros.

–Eso es cierto –corroboró el secretario académico.

–Porque podríamos tener, por ejemplo –continuó la rectora–, diez hojas de vida de docentes y que no nos interesara ninguna. Pero el caso es que no tenemos ninguna.

–Buena observación.

–¿Qué opinás? ¿Por qué creés que eso es así?

Aquí llegó el momento de las opiniones propias. Claro que no es fácil tener opiniones sobre aquello en lo que nunca hemos pensado, pero el carácter de lo que pensamos es tan amplio y la velocidad con la que lo hacemos tan grande, que nunca podemos estar totalmente seguros de no tener algo que decir al respecto.

Que uno no haya pensado en el recorrido de la línea de autobuses número 60 no quiere decir que, consultado al respecto, no pueda tener opinión sobre su mayor o menor funcionalidad. Al menos, desde las necesidades propias de transportarse.

Y ante algo tan evidente como lo que mencionó la rectora, él tampoco sintió que no tuviera opinión por no haberlo pensado previamente. Al menos por no haberlo hecho explícitamente, porque ¿quién sabe cuántas cosas pensamos sin darnos cuenta? ¿No radicaría en ello las limitaciones inconfesables de las historias oficiales, tanto que no nos terminan informando de nada? ¿Si se pudiera estudiar aquello que las personas piensan sin saber que lo están pensando! Porque, hablando seriamente, ¿con qué contamos a la hora de tratar de explicar el mundo? Palabras, pinturas, construcciones, leyes, guerras, que malamente nos cuentan cómo otros imaginaban el mundo, pero del mundo, nada.

Pero el secretario académico tampoco pensó nada de eso en ese momento. Sólo se limitó a expresar lo que él opinaba sobre el incontrastable hecho de que no había personas que mostraran interés en trabajar en el Instituto.

—Yo creo que hay dos causas. Una es la visibilidad del Instituto. Tenemos un blog con poca información, muy distinto al de cualquier otro sitio educativo privado. Ni siquiera sé qué palabras claves permiten encontrarnos en internet.

—Eso es cierto.

–La otra razón es que es muy difícil de entender lo que hacemos aquí.

–¿Por qué? –dudó la rectora–. Nuestros alumnos nos entienden bien.

–Lo que yo digo es que es difícil tener aceptación en el medio educativo.

–De nuevo, ¿por qué?

El secretario académico la miró con incredulidad. Todos sabían que la enseñanza que allí se impartía estaba a una gran distancia de lo que se consideraba científico. Pero, con seguridad, la pregunta se refería a algo más, aunque de momento no alcanzaba a darse cuenta a qué.

–“Es difícil de entender” puede querer decir distintas cosas –continuó la rectora, dando así a su último porqué un carácter más bien retórico–. Puede significar que estamos tan adelantados a nuestro tiempo que pocas personas cuentan con las categorías mentales necesarias para comprender lo que aquí hacemos.

»Pero también puede querer decir que el estudio de las historias increíbles no tiene ningún sentido. No sólo que carece de rigor científico, caso que nos obligaría a decidir si eso es una condena o una alabanza, sino que carece de sentido más en general.

»Que lo que aquí estudiamos carece de entidad, no en el sentido de que sea más o menos importante, sino en un sentido más metafísico: que lo que aquí estudiamos resulte ser... inestudiable –finalizó.

El secretario académico quedó un tanto abrumado, pero con cierta sensación de placer. ¿Podría, efectivamente, desentumecer una parte de su mente y empezar a pensar en estas cosas que la rectora decía con tanta libertad? ¿Se podía dudar de Dios dentro de la iglesia?

No tuvo tiempo de seguir disfrutando de sus nuevas sensaciones, ya que ella le preguntó directamente:

—¿Te inclinarías por pensar que estamos adelantados a nuestra época o que lo que hacemos no tiene mucho sentido?

Fue tan fuerte el golpe de la pregunta que, en el interior del secretario académico, saltaron no se sabe qué piezas oxidadas. El encuentro había girado desde las obligaciones que tenían como autoridades hacia profundos problemas epistemológicos. Y como toda pieza herrumbrosa que se desprende, libera algunos mecanismos y traba otros; en este caso liberó algunas zonas del pensamiento del secretario académico y trabó el funcionamiento de su lengua.

—Te lo pregunto de otra manera —insistió la rectora quien, además de una gran entusiasmadora, era una gran preguntadora—, ¿te da placer en reuniones sociales, con amigos, con familia, hablar de las cosas que aquí investigamos?

Si la estructura mental del secretario académico tambaleaba, ella acababa de patearle el bastón. El intercambio abandonó las profundidades metafísicas para derramarse en la llanura existencial de la vida cotidiana.

—Voy a servirme un café. ¿Querés que te pida agua caliente?

—Dale.

Y se levantó.

La continuación del encuentro entre la rectora y el secretario académico fue ya de carácter práctico.

–No nos vamos a devanar los sesos con los pocos elementos que tenemos –dijo ella–. Vamos a reunir alguna información y luego retomamos el tema.

–Me parece bien –agregó él. En verdad, le hubiera parecido bien cualquier iniciativa que lo sacara del lugar donde había quedado empantanado. Aún sin conocer esa iniciativa, ya le parecía bien.

Ella seguía disfrutando de su mate, sin apuro, pero con constancia. No era de las personas que toman un mate detrás de otro hasta agotar el agua caliente. Tampoco de las que se ceba uno cada diez minutos, dejando que la cebadura enfríe toda la infusión. En resumen, no era una tomadora compulsiva ni desaprensiva, sencillamente disfrutaba del mate.

–Quiero pedirte un consejo –le dijo ella ya en otro tono. Él registró perfectamente el cambio. Antes la rectora quiso saber lo que él pensaba, ahora iban a hablar de algo que ella quería hacer.

El secretario académico sentía una mezcla de alegría y alivio. La nueva relación de trabajo podría ser rara pero no era aburrida y, sobre todo, le resultaba comprensible. Esto último se relacionaba con zonas importantes de su sensibilidad. Por un lado, lo halagaba comprender la manera en que se manejaba la rectora: la diferencia en cuanto a trayectoria académica de uno y otro no generaba asimetría en la relación intelectual entre ellos.

Por otro lado, en este primer contacto no había podido confirmar su creencia de que las mujeres eran incomprensibles para los varones y

viceversa. En su caso no se trataba de prejuicios sino de juicios: con un poco más de dedicación podría haber intentado construir una historia increíble que explicara la incomunicabilidad entre los géneros. Pero, hasta ahora, la rectora no le había dado elementos para confirmar su teoría y eso lo vivía con alivio.

Pero, nuevamente, estos mecanismos que lo llevaban de la comodidad a la aprensión, con boleto de regreso incluido, no fueron pensados conscientemente por el secretario académico. Era el flujo de sus impresiones lo que lo depositaba cada vez en una orilla distinta. Pero, de conjunto, la impresión de navegar ya le era placentera.

Ella continuó:

–Quiero encargar a alguien que haga un estudio de la imagen que tenemos como instituto para distintos públicos.

–¿Alguien externo?

–Efectivamente. Algún profesional del tema. En eso entra también tu preocupación por nuestra presencia en internet, pero, claro, va más allá. ¿Qué se sabe de nosotros? Y eso que se sabe, ¿qué impresión provoca?

–¿Y en qué públicos estás pensando? –preguntó atento el secretario académico.

–Bueno, quizás sea parte del estudio saber si hay un público que nos mira –respondió ella.

–Te entiendo.

La consulta de este tema con su colaborador tenía distintos niveles de necesidad. Quizás la rectora quisiera, sinceramente, contar con su opinión. Pero, aunque eso no fuera totalmente así, necesitaba de su acompañamiento si quería llevar adelante la iniciativa.

Primero había que convencer al consejo de la idea, el que podría simplemente ser refractario a la misma por comodidad. Pero eso no era la situación más complicada, ya que por comodidad también podrían decir que sí para no generar una rispidez con la nueva rectora. Lo más complicado era que el consejo lo viera como una amenaza, como el inicio de un cuestionamiento radical sobre lo que se hacía en el Instituto. Una cosa era comodidad, otra, conservadurismo.

Y si lograra hacer trascender la idea, quedaba todavía el paso imprescindible de incorporarlo al presupuesto de gastos. Eso era siempre un tema complejo, ya que la administradora podía ser considerada, con propiedad, como el miembro número trece del consejo, con más influencia aún que algunos de los consejeros titulares.

Así que un proyecto como el que la rectora quería llevar adelante, contratando externamente un estudio de imagen del Instituto, contaba con pocas posibilidades de concretarse si ella y el secretario académico no llegaban al consejo con una posición firme y unificada.

El consejo podía, simplemente, desestimar el proyecto. Y si no quisiera ponerse en ese papel antipático, podría aprobarlo y luego encargarse de que no obtuviera fondos al menos para ese año, y quizás tampoco para el siguiente.

–Yo creo –dijo el secretario académico– que más que pensar en una persona deberías pensar en una organización, una consultora especializada en el tema.

Esa afirmación fue una caricia para los oídos de la rectora. Ella compartía totalmente esa idea. Hablaba en principio de “contratar a alguien” para que no pareciera algo tan complicado o que iba a resultar tan caro.

–¿Y a vos qué te parece la idea?

–La verdad que está muy fuera de la línea que siempre se ha seguido en el Instituto, pero me parece buena la idea. Saber quién y cómo nos miran podría ser importante no sólo para detectar más fácilmente colaboradores. También podría tener incidencia en el desarrollo del Instituto en el futuro, en sus estrategias, en la afirmación y divulgación de sus ideas.

La rectora no había imaginado lograr esa adhesión de su interlocutor en tan poco tiempo. Creyó, más bien, que en esa reunión dejaría puesto el título para que él lo vaya rumiando y volvería sobre el particular con más enjundia en los próximos días. Pero, como le había leído decir a Sancho Panza, uno de sus personajes preferidos de la literatura en español, “cuando te den la vaquilla, corre con la soguilla”. Y ella tenía aún piernas ágiles y manos fuertes para sujetar esa soguilla.

El secretario académico, gran realista, agregó:

–Debemos prepararnos bien para llevar la idea al consejo. Vos y yo tenemos que anticiparla a nuestras personas de más confianza y asegurar así un buen clima para tratar el tema.

–Te sigo en eso –afirmó ella.

–Y sería muy bueno que ya tuviéramos una propuesta de quién haría ese estudio y cuánto costaría aproximadamente. ¿Tenés a alguien en vista?

–Conozco un par de consultoras serias, con buenos antecedentes. De una conozco al dueño y de la otra el gerente fue alumno mío en una diplomatura. Puedo anticiparles la idea y que nos hagan una propuesta. Y si vos conocés a alguien recomendable, consultale también.

Cuando fue a cebar un nuevo mate comprobó que el agua del termo se había acabado, así que agregó en tono de broma:

–Se acabó el agua, así que terminamos acá por hoy.

Los dos rieron. Él la acompañó hasta la puerta de su oficina.

La rectora no tenía motivos para estar insatisfecha del inicio de su gestión. Salvo el dolor de muelas que significaba pensar en el reemplazo del profesor de Historia de las Historias Increíbles, el resto de los asuntos marchaba con suma normalidad, aún mejor de lo que hubiera esperado para esas primeras semanas.

Luego de la ronda de exámenes comenzaba el dictado de la segunda parte el año. Ella daría un seminario sobre los conceptos de “verdadero” y “correcto” en el pensamiento de Althusser. Si bien si no se trataba de un autor central para los trabajos del Instituto, su pensamiento podía resultar un estímulo para explorar nuevas formas de conocimiento.

Mientras subía las escaleras rumbo al aula que tenía asignada vio que, varios escalones delante de ella, hacía lo mismo la alumna que había presentado el examen titulado *Como escupida de músico*.

Al llegar a la primera planta y encarar por el pasillo central, ya había desaparecido. Con toda claridad y consciencia sintió el deseo de encontrarla en su clase. Entró al aula entornando los ojos: no quería alegrarse ni decepcionarse de golpe, el momento requería su tiempo, el tiempo de la espera esperanzada.

Pero su deseo se vio frustrado. Caras conocidas, algunas jóvenes y otras no, estaban en el aula puntualmente. La rectora dio la bienvenida y comenzó su clase. Mientras explicaba el programa del seminario pensaba, en su mente paralela, que quizás mejor así: habría sido una fuente permanente de emociones si la del clarinete estuviera sentada allí.

De a ratos, claro, otra parte suya se reía de esas prevenciones. Quizás con el estímulo de esos ojos café mirándola hubiera dado el seminario más increíble que alguien haya dado sobre Althusser. Nunca lo sabría.

–¿Preguntas?

–Sí. ¿Qué lugar va a ocupar en el seminario el hecho de que Althusser haya asesinado a su esposa?

–Bueno, ustedes saben que ese asesinato se consideró un acto de locura, lo habría realizado estando enajenado. De hecho, no se lo juzgó y pasó el resto de su vida en un establecimiento psiquiátrico.

–¿Y usted cree eso? ¿Si la izquierda no hubiera sido gobierno en Francia en ese momento hubiera contado con esa protección?

La rectora recordó, aunque nunca lo había olvidado, que estaba en el Instituto de Investigación de Historias Increíbles. Los intereses de sus alumnos eran, claramente, mucho más amplios que los de los estudiantes de establecimientos normalizados.

–¿Sabe que le propongo? –respondió sin responder–. Prepare para su monografía la relación de la teoría de Althusser con su historia de vida.

–Eso está bien –dijo otro alumno–, pero no se trata sólo de la vida de él sino de las conductas de algunos de sus discípulos relevantes.

–¿En quién está pensando? –preguntó la profesora.

–Por ejemplo, en Nicos Poulantzas, que se arrojó del piso 22 de la Torre de Montparnasse abrazado a sus libros.

–Bueno, quizás contó con ayuda –acotó otro alumno.

–Así es –confirmó la rectora–, en esa época Gladio ayudaba a mucha gente a suicidarse.

Vio por el rostro de sus alumnos que los había llevado al terreno de lo desconocido; no le pareció mal como recurso para hacerlos desconfiar de lo evidente.

–Bueno –continuó–, pero asesinar a su esposa o que un alumno se suicide son cosas un poco distintas.

–Hablando de sus discípulos, yo pensaba en Pol Pot –agregó una alumna–, quien de regreso a Camboya organizó a los Kmer Rojos y produjo uno de los genocidios más grandes de la historia.

Aunque la rectora se vio sorprendida por ese giro que estaba tomando su clase inicial, había algo muy rescatable en todo eso: los alumnos que se habían anotado en el seminario habían investigado sobre Althusser. Así que ella no iba a desalentar esas inquietudes.

–Es un poco aventurado –dijo la profesora– relacionar todos esos acontecimientos por ustedes mencionados con el trabajo teórico de Althusser, pero ahí están los hechos. Ustedes verán qué hacer con ellos.

»Deberían agregar también las condiciones en las que transcurrió su infancia, en una familia de colonos franceses ultracatólicos en Argelia. Tengan en cuenta que él recién llega a Francia en la adolescencia, para iniciar sus estudios secundarios.

»Y no dejen de leer *El porvenir dura mucho tiempo*, se ha publicado hace poco y es una obra inédita escrita posiblemente durante sus últimos años de vida, ya estando internado. También consulten las cartas a Hélène Rytman, su esposa. Y no dejen de tener en cuenta que sufrió de depresión gran parte de su vida, en una época donde las únicas terapias disponibles eran la cura de sueño y el electroshock.

Vio con satisfacción que sus alumnos tomaban nota de toda la información que les estaba brindando. Sin apagar el interés demostrado, había dejado claro un principio fundamental en todo proceso de

enseñanza: la profesora sabía tanto como ellos, o, quizás, hasta un poquito más.

–Profesora –dijo otro alumno–, de la lectura de algunas biografías de Althusser no me queda claro si era parte de la corriente estructuralista francesa o no.

–¿Qué es para usted el estructuralismo?

–Una corriente filosófica que se inicia con los estudios antropológicos de Levi Straus.

–Supongamos. Y un poco antes con Aristóteles, quien descubrió o postuló la relación entre lo lógico y lo ontológico. Y con Averroes. Bueno, ¿qué le puedo decir? Este seminario no va a ser un seminario sobre estructuralismo. El propio Althusser negaba ser estructuralista.

–Creo que todos los estructuralistas niegan ser estructuralistas –bromeó con razón otra alumna.

–Y el único estructuralista de verdad nunca habló de estructuralismo –agregó otro participante.

–¿Quién es para usted el único estructuralista de verdad? –quiso saber la rectora.

–Saussure, por supuesto.

La profesora no lo corrigió.

–¿Saben? –retomó la profesora–. Los nombres que les ponemos a las corrientes y a las escuelas filosóficas son etiquetas que nosotros usamos para orientarnos dentro de la feria de los pensamientos, donde hay demasiados puestos y demasiados productos en oferta.

»Descartes hubiera negado ser un filósofo moderno, en el sentido que atribuimos hoy nosotros a la etiqueta “Filosofía Moderna”, más si descubría que lo poníamos en el mismo estante con Hobbes, con Hume y con Kant, por ejemplo.

»Pero es una etiqueta que utilizamos para hablar de ciertos filósofos europeos que escribieron durante cuatro siglos. Esto enfrenta, ya lo habrán notado ustedes, el problema de garantizar que entre todos esos pensadores aquello que nos parece común realmente lo sea y, a su vez, que constituya el núcleo central de su pensamiento.

»El segundo problema, que quizás no es tan evidente, es que esa etiqueta deja fuera qué es lo que se pensaba en el resto del mundo y qué relación tenía con lo que pensaban estas personas en Europa. Entonces, ya le agregamos una pequeña corrección a la etiqueta y le ponemos “Filosofía Moderna Europea”.

»Pero lo importante de la pregunta del compañero, aquello que nos permite reflexionar, es que justamente las clasificaciones son etiquetas y, como todos saben, las etiquetas se pueden cambiar.

La rectora veía que había logrado el interés de su auditorio. Era muy bueno que los alumnos tuvieran esas inquietudes, aunque éstas repitieran caminos un tanto trillados; su tarea, entendía ella, era hacer nacer otras preguntas más originales y productivas. Así que concluyó:

–Yo creo, justamente, que cambiar algunas etiquetas muy respetadas es una de las maneras para poder entender mejor el mundo. No importa tanto si el estructuralismo francés fue una filosofía o una metodología, si puede caminar sólo por el valle de la lingüística o si puede también colonizar otros territorios. Lo importante es que lo que agrupa esa etiqueta son los pensamientos de seres humanos increíbles, que vieron algo del mundo y nos lo quisieron compartir, y cuya relación con la etiqueta es totalmente secundaria.

No se apuró a dejar la clase. Acomodaba algo en su bolso, parada en la puerta del aula. Con el rabillo del ojo la vio venir, suelta, pelo flotando, hablando concentradamente con una compañera. Pasó por delante de ella como sin verla, pero un par de metros después se detuvo y dio la vuelta: ella también tenía rabillo. Volvió sobre sus pasos mirándola fijamente a los ojos. La rectora no supo si devolverle esa mirada tan directa o seguir revolviendo en su bolso, pero antes de decidirlo la alumna le habló.

–Profesora, qué bueno que la encuentro. ¿Tiene un minuto?

–Claro. Estoy yendo para la rectoría.

–Es breve –respondió la alumna declinando la casi invitación–. No sé si corresponde, pero tengo un conocido, profesor de filosofía, que le comenté de la vacante que deja el profesor de Historia de las Historias Increíbles y puede estar interesado. ¿Quiere que los ponga en contacto?

En ese instante, a la rectora su cargo le pareció una armadura, con corsé incluido. Nada más alejado de la proximidad que sentía con ese cuerpo joven, pero, en fin, que todos somos esclavos de las cosas que obtenemos. Pestañeó, aprovechó la excusa de ese diálogo para mirarla a los ojos descaradamente y, con una sensación triste pero con una voz amable, le respondió:

–Sí, claro. Estamos evaluando postulantes para ese cargo. Decile a tu amigo que se ponga en contacto con el secretario académico.

–Genial –respondió la alumna del clarinete, y siguió camino con su compañera que la esperaba un poco más adelante.

La consejera llamó a su casi amante. Se encontraron a tomar un café.

Él la vio llegar, desplazando el aire de Laprida y Santa Fe con sus caderas generosas. Sintió algo de nostalgia. A ella le costó encontrarlo entre las mesas ocupadas, finalmente lo vio y le sonrió. Él se incorporó y se dieron un beso en la mejilla.

Ella le habló del Instituto, de la vacante, del secretario académico. Él le habló de su vida, de su joven pareja, del libro que estaba escribiendo. Ella le habló de la nueva rectora, de la Historia de las Historias Increíbles, del edificio de la avenida Santa Fe. Él le habló de sus hijos ya mayores, del divorcio de su esposa, de sus próximos cincuenta años.

En el albergue transitorio de la calle Mansilla ya no hablaron de nada. Ella sintió que lo había extrañado demasiado. Él sintió que no era así su cara ni su piel. Ella pensó que él siempre sería el hombre de su vida. Él pensó que era un calentón y que tenía que aprender a tener la bragueta cerrada.

Se despidieron con un beso tierno, de viejos amigos. Él llevaba su perfume en la ropa y ella su currículum en el portafolios.

Después de su clase pasó por la oficina del secretario académico para dejar los antecedentes de su amigo. Éste no estaba y eso coincidía perfectamente con los deseos de la consejera que no eran otros que volver a su casa sin tardanza, cambiarse de ropa, quizás olerla antes de dejarla en el canasto para lavar.

Sabía que la situación era confusa, o quizás no lo sabía. Para ella los acontecimientos de la vida, de su vida, siempre transcurrían por carriles separados. Una cosa era que el Instituto necesitara un docente y que su amigo pudiera cumplir con los requisitos solicitados, y otra muy

distinta era el tipo de vínculo que ella tenía con él. Entre ambos acontecimientos, en su mente, no existía ninguna relación.

Eso impedía, por ejemplo, que pudiera formularse preguntas del tipo: ¿habré pensado en él por sus méritos intelectuales o porque necesitaba una excusa para pensar en él? ¿Creo que el Instituto se enriquecerá con su presencia o mi vida se enriquecerá teniéndolo nuevamente cerca en caso de que lo contraten?

Estas dos series de acontecimientos, por pertenecer a contextos distintos de sentido, no podían conectarse en ningún universo posible. Su incomunicabilidad resultaba, para ella, evidente.

Quizás también por eso era tan buena como profesora de Metodología de la Investigación Histórica. Nada se podía extrapolar indebidamente para sacar conclusiones descabelladas; sus alumnos tenían que pensar dos veces en la fundamentación del vínculo entre unos procesos y otros porque, cualquier inconsistencia, sería claramente marcada por la consejera.

Ella desconocía que las distintas series de la vida se comunicaban, coherente o incoherentemente, en la existencia de cada uno. Es más, si alguien se lo hubiera hecho notar, habría esgrimido buenas razones para demostrar que esa era una idea equivocada. Porque, ¿qué era la existencia de cada uno? ¿La referencia era al sujeto, a la persona, al individuo, al ser trascendental? Y si se la hubiera remitido a su propia experiencia personal, habría explicado que, justamente, la característica de ser un ser racional consiste en percibir la diferencia e incomunicabilidad entre las distintas series de la vida.

Tampoco la hubiera hecho dudar la referencia al funcionamiento del aparato psíquico de ese ser racional. Para ella, categorías como la de inconsciente o superyó, por ejemplo, eran palabras bellas para designar

la evidencia de que las personas, en ocasiones, quizás en muchas ocasiones, nos equivocamos.

La propia historia era un ejemplo en este sentido. Las cruzadas para recuperar Jerusalén eran un acontecimiento religioso impulsado por una nobleza cristiana y eran, a su vez, un acontecimiento económico para una Europa que, aún sin gran capacidad marítima, se hallaba encerrada en un límite y con la necesidad de encontrar un paso hacia oriente: el centro del mundo de esa época. Y era, a su vez, para una población pobre, la oportunidad de recibir algo de sus nobles y soñar con que el pillaje le proporcionara riquezas.

Pero pensar que esas tres series de acontecimientos se relacionaban lógicamente entre sí, era motivo suficiente para no poder completar un examen de su materia.

Es lo mismo que cuando los pobres votan a los partidos que representan a los ricos en las elecciones. La creencia de que esa será una buena opción para ellos pertenece a una serie de eventos, la realidad de que luego las políticas económicas de ese gobierno no les serán favorables a otra y, finalmente, la capacidad de sugestión sobre los electorados a una tercera. Mezclarlas todas lleva a interpretaciones disparatadas, como que lo pobres quieren ser gobernados por quienes los van a perjudicar, o que la sugestión hace felices a los pueblos, aunque no tengan para comer.

Claro que en la cabeza del cruzado o del votante esas series de eventos diferenciados pueden estar mezclados, pero eso se debe a la poca capacidad de discriminación de su aparato mental, no a una conexión real entre las lógicas que animan a cada uno de ellos.

En la vida personal ocurre igual. La consejera sabía que cada vez que se cruzara con él se sentiría atraída. Su recomendación para que trabajara en el Instituto no tenía ninguna relación con ese evento.

La reunión con el responsable de alumnos fue concreta. Empezó, como muchas de las reuniones que mantenía la rectora, con una pregunta:

–¿Qué sabemos de nuestros alumnos?

–Bueno, sabemos muchas cosas –le respondió aquel, de manera ingeniosa, aunque algo evasiva.

–¿Como cuáles? –insistió ella.

El hombre, aún joven, hacía ya seis años que trabajaba en el instituto. Había heredado un sistema ya organizado de registro de todo lo que tenía que ver con los alumnos y se dedicaba a mantenerlo actualizado con prolijidad.

La pregunta de la rectora le pareció muy general y, a la vez, un poco elemental. Lo que se le pedía habitualmente era información sobre la cantidad alumnos por materia, exámenes rendidos, títulos otorgados y cosas por el estilo. Las demandas que recibía eran del tipo “Dígame tal cosa”, nunca del tipo de “¿Qué me puede decir usted?”.

Superando esa extrañeza, dijo:

–Bueno, por empezar, sabemos cuándo ingresaron al Instituto, las materias que han anotado y aquellas que ya han completado. También tenemos registrados los títulos otorgados.

–¿Sabemos si para el alumno ésta es su primera carrera de nivel terciario o ya ha terminado otra con anterioridad?

–Tenemos ese dato al momento de su inscripción al Instituto.

–Entiendo –dijo la rectora, mientras anotaba algo en su cuaderno–. Pero eso no nos informa sobre si además de estudiar aquí lo hace en paralelo en otros sitios.

–No –confirmó el encargado de alumnos, a esta altura ya un tanto incómodo: con tanta información que acumulaba su departamento, justo le preguntaban sobre aquellas cosas de las que no tenían registro.

La rectora percibió la situación y abrió un paréntesis en la conversación con otra pregunta:

–¿Cuáles son, en tu opinión, las causas por las que los alumnos se inscriben en el Instituto?

–Seguro no es pensando en su futuro laboral –contestó, risueño, con rapidez.

–Seguro que no –agregó la rectora también con una sonrisa, aunque para sus adentros se preguntó: “¿El encargado de alumnos me está diciendo que lo que se estudia aquí no sirve para nada?”.

–Pero hay que reconocer –agregó él– que aquí se estudia con mucha libertad.

–¿En qué sentido?

–Bueno, los alumnos pueden organizar su propio recorrido académico, elegir qué materias y en qué orden cursarlas, las materias no se vencen, son muchas ventajas.

Claro que los beneficios que obtenía un estudiante del Instituto eran también de otro tipo, empezando por una formación heterodoxa que le permitiría desarrollar un enfoque crítico sobre distintos aspectos de la cultura humana. Y eso no se limitaba a la capacidad de evaluar la calidad de los productos del conocimiento o de remediar las insalvables

carencias de sus contenidos en la época actual: era una formación que les permitiría pensar el mundo o, lo que es casi lo mismo, construirlo y no tener que pedirlo prestado a otros.

Pero, de hecho, lo que decía el encargado de alumnos también era cierto. El “plan de estudios” no era en verdad un plan, era una oferta dentro de la cual cada alumno debía orientarse y decidir qué era lo más cercano a sus intereses. El Instituto tenía diversos niveles de certificación, como en el bingo: cartón lleno otorgaba el título de Investigador de Historias Increíbles. Algunas líneas tenían como premio Analista Metodológico en Historias Increíbles, o Experto en Documentación de Historias Increíbles. Las líneas no estaban predeterminadas, una nueva combinación de materias podía obtener premio si el consejo lo aprobaba.

Pero el Instituto era aún mejor que el bingo, también premiaba cada número. Se podía obtener el premio de Entendido en la Historia de las Historias Increíbles, o en Psicología de las Historias Increíbles, luego de haber cursado cada una de esas materias.

De hecho, algunas personas se anotaban en el Instituto llevadas por el interés de cursar una materia determinada, la mayoría de las veces por haber leído alguna publicación de la persona que la dictaba. Aunque también es cierto que casi no había casos de estudiantes que, finalmente, terminaran cursando sólo esa materia: el clima, podríamos decir, o la atmósfera intelectual que se respiraba en el Instituto, resultaba curativo para muchos espíritus que decidían continuar internados en la *montaña mágica*.

La rectora volvió a darle a la reunión un sentido práctico.

–¿Te parece posible actualizar la información que tenemos sobre nuestros estudiantes?

–Sí, claro –respondió el encargado de alumnos.

–Por ejemplo, carreras terminadas, otras carreras que estuvieran cursando actualmente y dónde, otra información que a vos te parezca relevante.

El encargado de alumnos pensó unos instantes y dijo:

–Podemos pedir esa información cada vez que un estudiante se anota en una materia o se inscribe para presentar un examen. Llevará un poco de tiempo recoger la información de todos, pero una vez en marcha, ese mecanismo puede mantenerla actualizada.

–¡Excelente! Creo que lo principal sería identificar sus estudios previos y los que estuviera realizando en este momento. También podríamos averiguar cuál es su ocupación, quizás eso nos diga si hay muchos docentes que estudian con nosotros o historiadores o lo que resulte.

–Bien, y todo eso lo ordenamos por género y por edad –agregó él, colaborando así sea con lo obvio. Claro que no podía saber que lo que acababa de decir no resultaba tan obvio para la rectora.

El silencio que siguió le dio a entender que había algún problema al respecto, aunque no se podía imaginar cuál pudiera ser. La primera en hablar fue la rectora:

–Y después de ordenarlos bien, los ponemos en fila. En esta fila los que hace menos de treinta años nacieron con pene y en esta otra las que hace más de cuarenta nacieron con vulva. Y así vamos organizando grupos homogéneos para venderles... ¿qué les vendemos?

El encargado de alumnos quedó mudo. No sabía si se trataba de una broma o si la rectora había perdido momentáneamente el juicio. Para broma, tardaba en reírse, y para brote se la veía demasiada tranquila.

–¿Vas a tomar en cuenta el género biológico o el autopercebido? –le preguntó la rectora.

–Como usted me diga –respondió él, con un tono que expresaba más temor que complacencia.

La rectora reaccionó. Se dio cuenta de que, más que sacarlo de su zona de confort, lo había despeñado desde la montaña de los lugares comunes que, en ocasiones, suele ser muy elevada.

–Me expresé mal –reconoció ella–. Me abruma un poco la creencia en que determinadas clasificaciones, que parecen muy evidentes, sirvan realmente para analizar el mundo, así se trate del pequeño mundo de nuestro Instituto.

El encargado de alumnos mantenía un prudente silencio, así que ella continuó:

–Mirá nomás el género: en la mayoría de los casos no presenta dudas desde el punto de vista biológico, pero eso no impide que alguien que nació con pene y testículos se sienta mujer, y viceversa. Y si pensamos en la edad, ¿cuántos jóvenes parecen viejos? Y siempre aparece algún viejo que tiene una cabeza más fresca que un joven.

–Eso tampoco se puede negar –afirmó él, aún cauteloso.

–Pero es la enfermedad de la época, el dato objetivo –dijo la rectora, resaltando la expresión “dato objetivo”–, y el sexo y la edad parecen ser bastante objetivos. Fijate que las únicas ciencias que tienen impacto en las conductas de la sociedad, como son el marketing y la comunicación, justamente deben su desarrollo a que han puesto en su lugar, un lugar muy modesto, por cierto, al dato objetivo. Hacen productos y mensajes para el joven de veinte que se comporta y piensa como de veinte y para el que se comporta y piensa como el de ochenta. Es la necesidad de vender la que nos llevó hasta la posverdad.

El encargado de alumnos ya se había perdido definitivamente. Varias veces había pensado en buscar un trabajo más normal, pero no era una

época fácil para hacerlo y, debía reconocer, en el Instituto el clima humano era inmejorable. Quizás sólo se trataba, cada tanto, de tener que escuchar a la loca que habían puesto como rectora; no parecía un precio tan alto.

—¿Prefiere que en la información no figure ni sexo ni edad? —se animó a preguntar.

—No lo sé, sólo pensaba en voz alta. —La rectora meditó unos instantes y agregó—: Sé que es una simplificación irreal: la trascendencia cultural de esos hechos biológicos no se puede ignorar. Vamos a hacer así: incluí esos datos pero que no sean los que ordenen información; no nos importará si quien estudió Derecho tienen menos o más de treinta o qué es lo que trae entre sus piernas.

La rectora rio y el encargado de alumnos, con reservas, la acompañó: ya no sabía cuándo reír y cuándo no con esa mujer.

La llamada lo sorprendió, pero fue una buena noticia. Había alguien interesado en el cargo de profesor de Historia de las Historias Increíbles.

No había tenido tiempo de leer los antecedentes que alguien había dejado en su escritorio, pero supo por él que se enteró de la vacante a través de una alumna del Instituto. Acordaron una entrevista para el día siguiente.

Al secretario académico le gustó la disponibilidad del postulante y a éste que lo recibieran enseguida. Era una buena señal de interés mutuo. Los antecedentes formativos eran interesantes, la experiencia docente la habitual para un profesor de filosofía de su edad.

Le mandó un mail a la rectora con la novedad y ésta le contestó inmediatamente que no quería estar en la entrevista. En caso de que su evaluación resultara positiva, luego lo verían juntos. Él entendió que le tocaba hacer el “trabajo sucio” de descartar a los que no calificaban para el puesto, pero percibió, a la vez, que era una muestra de confianza en su criterio.

La rectora se quedaba tranquila por no tener que hacer la primera evaluación del amigo de la consejera. Si el secretario académico lo consideraba potable, era una buena razón para entrevistarlo. Si, por el contrario, lo descartaba, no tendría que tomarse el trabajo de conocerlo ni de reprocharle nada a su propia conciencia. Ni se le cruzó por la mente que pudiera tratarse del recomendado de la alumna.

El candidato se presentó puntual a la entrevista, con un currículum prolijamente encarpetaado. Le llamó la atención que en el escritorio hubiera una carpeta exactamente igual a la que él llevaba. Cuando lo entregó, el secretario académico le dijo:

–Ya leí sus antecedentes.

El candidato disimuló su confusión. Él no los había enviado. ¿Podría haberlos llevado su novia sin consultarlo? Difícil. Por un instante imaginó lo que podría estar pasando y un temblor recorrió su cuerpo. Pero logró relajarse, probablemente sin que su entrevistador percibiera sus cambios internos.

–Me dijo que una alumna lo interesó en esta vacante.

–Así es –respondió, agregando el nombre de la alumna.

–Ah, sí, es una apreciada alumna de esta casa. ¿La tuvo de alumna anteriormente?

–Sí, fui el director de su tesis de licenciatura.

–Es una chica brillante –afirmó el secretario académico.

–Comparto su opinión. Por eso cuando me habló de esta posibilidad, respeté su consejo y me comuniqué con usted.

–¿Qué sabe del Instituto?

Al secretario académico le pareció una excelente oportunidad para iniciar el estudio de imagen que estaban planeando con la rectora. El candidato no daba muchas horas de clase así que, probablemente, su interés en la vacante se relacionara con la necesidad de ampliar sus ingresos. Pero quería saber si, además, tenía otros motivos para estar interesado.

–Sé por su alumna que dan una enseñanza no tradicional, pero de buen nivel. De hecho, algunos de los autores que valoran aquí han estado siempre entre mis autores preferidos.

–Qué bien –comentó el secretario académico.

–Me gustaría conocer el programa actual de la materia que queda vacante, para decidir si puedo ofrecerles algo en la misma línea. También eso ampliará mi conocimiento del Instituto.

Hablaron de muchos otros temas. Quedaba claro que no era un candidato para descartar. Preguntado sobre publicaciones propias, confirmó lo que se desprendía de su hoja de vida: algún *paper* y no mucho más. No quiso compartir que tenía un libro casi listo para publicar: hacía tantos años que estaba casi listo que, a ratos, se le suponía que tal libro existía sólo en su imaginación.

El secretario académico le dijo que le avisaría para mantener una reunión con la rectora. El programa actual de la materia se lo iba a enviar por mail, pero le aclaró que él debería proponer su propio programa. No estuvo dicho, pero quedaba claro que la evaluación del programa que presentara era un componente clave para decidir su contratación.

El candidato se fue medianamente interesado en dar clases en el Instituto. Cuando salió a la avenida Santa Fe suspiró. No fue un suspiro de alivio, más bien resultó un suspiro de resignación.

Tenía toda la sospecha, o más que sospecha, casi la certeza, de que la institución donde su amiga era consejera era la misma a la que asistía su novia como alumna. De ser así, ¿hubiera podido darse cuenta antes? Claro que sí; no era probable que existieran dos lugares con esa orientación en la misma ciudad de Buenos Aires, probablemente ni siquiera en la Argentina o en el mundo.

Confirmaba, así, su fama de despistado, aunque la contracara de esa fama era el buen hecho de que no ser excesivamente obsesivo ni controlador en sus relaciones amorosas.

Sus amigos ríen hasta el día de hoy recordando el momento en que él, en medio de una fiesta, le presentó su novia de ese momento a su exmarido. O la sorpresa no fingida cuando su madre le aclaró que su amiga, la que había ido a vivir a su casa un tiempo después de haberse separado de su padre y con la que dormían en la misma cama, era su pareja.

Definitivamente, quizás fuera necesario saber un poco más de sus mujeres. Pero, pasada la sorpresa inicial, tuvo que vérselas con una revelación más íntima. De ser así, que su amiga era consejera en la institución donde estudiaba su novia, era evidente que a él le atraían mujeres con un importante desarrollo de su pensamiento lateral. Le seducía cierto sentido del humor, la capacidad para no sorprenderse ante su carácter iconoclasta, la posibilidad de compartir pensamientos sacrílegos sin necesidad de hacerse la señal de la cruz.

Que ambas estuvieran en el Instituto no sería, entonces, una casualidad, y que él, en distintos momentos, se sintiera enamorado de las dos, tampoco. Hasta todo esto sería divertido si la semana anterior su novia no se hubiera mudado a vivir con él.

En fin, como a él le gustaba decir, amparado en su ateísmo, “Dios proveerá”.

Los proyectos de estudio de imagen que le alcanzaron a la rectora eran, cada uno a su manera, muy interesantes. Uno se apoyaba más en tecnología, encuestas telefónicas, seguimiento en internet, análisis de visitas a la página, comparación de la imagen del Instituto con la de otros establecimientos educativos a seleccionar.

La otra propuesta era más artesanal. Incluía muchas entrevistas personales, grupos focales y, en general, confiaba en los testimonios de distintos grupos relacionados o relacionables de manera diversa con el Instituto. Esta última, aunque un poco más cara, se acercaba más a lo que la rectora imaginaba. Del mismo parecer fue el secretario académico.

La diferencia de precio era un aspecto que podía influir mucho en la decisión del consejo. Para que la propuesta que les resultaba más interesante tuviera chances, era necesario obtener algún tipo de descuento. Explorarían esa posibilidad.

La rectora no desconocía que se estaba internando por caminos no transitados, ¿cómo reaccionarían los distintos estamentos que conformaban el Instituto?

Pero, si bien el estudio de imagen era estratégico, no dejaba de ser un tema de mediano plazo. Lo que los urgía era encontrar el reemplazo para el profesor que se retiraba. El secretario académico sacó de su portafolio el currículum del candidato.

–¿Ya viste a los dos? –preguntó la rectora.

–Tenemos un solo postulante por ahora.

–¡Ah! –se mostró sorprendida–. La consejera me dijo que tenía un amigo y una alumna también presentaría uno.

–Hasta ahora se presentó uno solo, el que recomendó la alumna. Te dejo sus antecedentes para que los veas. Es interesante.

–¿Te parece que debemos entrevistarlo? –preguntó ella.

–Sí, creo que sí. Además de que es interesante es el único que tenemos por ahora.

–Bueno. Invité también al rector anterior. Él tiene experiencia en esto –agregó la rectora.

Su estilo inclusivo de dirigir el Instituto se expresaba también en estos detalles. “El cambio en la continuidad”, podría ser un título para describir los primeros meses de su gestión. No era tanto una estrategia como una creencia; la creencia de que cuantas más personas participaran de la toma de decisiones, éstas serían de más calidad y redundarían en beneficio de la institución.

Y en el Instituto esta impronta caía bien. Era la misma filosofía que se aplicaba en los exámenes: cuantos más oídos y más percepciones se reunieran era más difícil tomar una decisión equivocada al evaluar a un alumno. En este caso, se trataba de un docente.

Claro que esta creencia también facilitaba una estrategia de gobernabilidad. Todos iban experimentando la posibilidad de estar incluidos en distintos temas, desde la asistente hasta el anterior rector.

Cuando se fue el secretario académico la rectora quedó pensativa. Finalmente, el exabrupto que tuvo con la consejera días pasados había tenido sus consecuencias: ella no había presentado a su amigo.

Claro que era un tanto apresurado relacionar ambas situaciones. Podría haber ocurrido que la razón para no presentar a su amigo no hubiera tenido nada que ver con esa conversación. Quizás él nunca estuvo al tanto de su postulación y, cuando su amiga se lo propuso, no mostró

interés. O, simplemente, podría haber ocurrido que hubiera desistido: por ejemplo, por haber tomado horas docentes en otra institución.

Pero la cola de la culpa seguía barriendo el piso donde caminaba su relación con la consejera. Su imaginación, desatada, echaba mano a toda clase de explicaciones para poder entender el hecho de que ésta no hubiera presentado a su candidato.

Por momentos, la rectora comprendía que no toda la responsabilidad era suya. Los sentimientos confusos que la consejera albergaba respecto a esa relación del pasado había contribuido a que el intercambio terminara siendo penoso, al final, para ambas. Pero rápidamente se contestaba que, a veces, cuando los sentimientos no están totalmente definidos, las circunstancias en que se desarrollan los acontecimientos los pueden volcar para un lado o para otro. Y las circunstancias no habían sido, justamente, las más cuidadas.

¿Cómo habría sido la relación de la consejera con su examante, se preguntaba la rectora, para dejar huellas aún en el presente? Pero enseguida se dio cuenta que navegaba en un mar de supuestos.

¿Por qué examante? ¿Cómo sabía ella que no era aún su amante? Eso, por un lado. Y por otro, ¿había sido su amante?, ¿cómo se definía la categoría de amante? No estaba segura de que la consejera le hubiera dado ese título, quizás sólo había dicho que habían tenido una relación con él sin haber sido pareja.

¿Toda relación que se tiene con una persona que no es reconocida socialmente como pareja corresponde incluirla en la categoría de amante? ¿Para ser amantes necesariamente se debe sentir amor? ¿Se alcanza la categoría de amante sólo si alguno de los dos tiene otra pareja? ¿La relación con otra persona, en caso de que ninguna de las dos esté en pareja, los transforma en pareja?

A esta altura, la rectora descubrió que las trampas de la monogamia eran muchas más que las que ella había descubierto en sus cincuenta años de vida. Si la relación entre un hombre y una mujer los hace pareja, y para llegar a la categoría de amante es necesario que alguno de los dos tenga otra pareja, ¡qué historia increíble se podría construir sobre ese tema! Su título sería; *La infidelidad creadora: requisitos para una sana relación entre los amantes*.

Así que, finalmente, ella llegó a la conclusión de que desconocía el carácter de la relación de la consejera con la persona que iba a presentar, tanto en su esencia, ¿qué era tener una relación con alguien que no es pareja?, como en su existencia: no tenía para nada claro que ese vínculo fuera algo del pasado.

Lo que sí comprendió fue que debía perfeccionar la estrategia para manejarse de manera correcta. A todas luces no alcanzaba con no tomar decisiones que implicaran a la consejera; debía, además, ser muy prolija en todos los aspectos de su interacción con ella.

Anotó en su agenda invisible: “No maltratarla antes de derivarla al secretario académico”.

Llegó la segunda clase del seminario “Los conceptos de ‘correcto’ y ‘verdadero’ en el pensamiento de Louis Althusser”.

–Buenos días –saludó, mientras contemplaba a su audiencia. Se habían anotado diecisiete estudiantes y, tanto en la primera clase como en ésta, contaba con asistencia completa–. ¿Han podido encontrar toda la bibliografía?

Las señales afirmativas demostraban que no había ninguna dificultad al respecto. Ella misma había constatado que algunos títulos más difíciles de conseguir estuvieran en la biblioteca del Instituto. También los alumnos eran entrenados en asistir a otras bibliotecas, aunque cada vez más la disponibilidad electrónica de los textos modificaba los hábitos de búsqueda.

En el Instituto no se leían capítulos sino libros.

Claro que una cosa era la norma y otra distinta el grado de cumplimiento de la norma. El no indicar capítulos de un libro en la bibliografía obedecía a una concepción básica: se consideraba que esa práctica impedía al alumno formarse su propia opinión y sesgaba la interpretación que él mismo podría hacer de los planteos del autor en cuestión.

Por ejemplo, no se le podía pedir que lea el capítulo XIII del *Leviathan*, porque eso era considerado como una imposición del profesor al libre entendimiento del alumno. Quizás para el docente ese era el capítulo central de la obra, quizás también lo fuera para la tradición interpretativa de Hobbes, pero, si esa práctica se alentaba, se canonizaba esa lectura y, lo que era más grave, se impedía definitivamente que pudieran aparecer lecturas alternativas.

Y, justamente, toda la formación que se daba en el Instituto estaba orientada a producir lecturas alternativas: no otra cosa eran las historias increíbles. Así que, si en el programa figuraba el *Leviathan*, se trataba de leer el *Leviathan*.

Claro que, después, existían tradiciones orales y no tan orales que hacían que esa norma se pudiera relativizar. Era posible enterarse que las preguntas sobre la obra se concentraban en algunos capítulos mientras que otros no eran tenidos en cuenta. También se podía acceder a comentarios de la obra o, en última instancia, ver qué capítulos eran los más reproducidos en internet.

Eso, claro está, implicaba dos tipos de riesgo. Uno intangible, que consistía en que el alumno lograra, probablemente, una menor originalidad en la interpretación de esa obra. La lectura de la obra completa también cumplía un papel propedéutico, por lo que la pérdida no se limitaba a ese texto, sino que impactaba negativamente en su originalidad para interpretar el mundo.

El otro riesgo, no tan importante pero más directo, era que, en situación de examen, la falta de lectura completa del libro pudiera llevarlo a algún error interpretativo de las partes sí leídas. En general, la impresión del cuerpo profesoral era que los alumnos del Instituto leían toda la bibliografía indicada y, en caso de no completarla, probablemente se debiera a alguna coyuntura de falta de tiempo y no tanto una resistencia ante el criterio propuesto.

También ayudaba, en este sentido, que las materias no tenían fecha de vencimiento. Cada cual podía tomar el tiempo que necesitara para terminar la preparación de su examen.

–Bueno, si no hay problemas con la bibliografía, empezamos –dijo la rectora profesora–. Vamos a trabajar sobre una frase de Althusser que nos acompañará durante todo el seminario, leo: “Como primera

aproximación, decimos: el atributo ‘verdadero’ implica esencialmente una relación con la teoría; el atributo ‘correcto’ una relación con la práctica”.

»Como verán, esta frase ya nos dará motivo para estar bien ocupados. Debemos despejar el significado, en este autor y contexto, de la palabra “atributo”, qué considera que es la “teoría” y cuál es su idea de “práctica”, y qué concepto de “verdadero” y de “correcto” relaciona con aquellas.

–Lo verdadero lo atribuye a la ciencia y lo correcto a la filosofía –dijo una alumna, con un tono indefinido entre la afirmación y la pregunta.

–Así es –confirmó la profesora.

–Profesora, ¿esta idea de Althusser de que la ciencia produce verdades no resulta un tanto positivista? –preguntó ahora sí otro alumno.

–¿Qué es positivismo para usted? –repreguntó a su vez la profesora.

El alumno se mostró un tanto sorprendido por una pregunta tan obvia, pero, como si leyera su mente, ella continuó:

–No es una pregunta retórica. Noto, de unos años a esta parte, que se han acuñado una serie de expresiones que, dependiendo del marco teórico en las que aparezcan, arrastran connotaciones positivas o negativas. “Positivismo” es una de ellas, como “conductismo”, “dialéctica”, inclusive “estructuralismo”. Y no sé si siempre hablamos de lo mismo al mencionarlos. Y no estar seguro de en qué sentido utilizamos esas expresiones no parece ser una buena manera de entendernos.

El alumno, algo repuesto, ensayó una contestación:

–Entiendo por positivismo una corriente filosófica que cree que el conocimiento es acumulativo, que las verdades llegan para quedarse, y que nuevos conocimientos sólo agregan nuevas verdades o perfeccionan las antiguas.

–Está bien –corroboró la rectora–, es algo que se puede decir del positivismo. No es una definición muy ortodoxa, pero está orientada.

»Les propongo la siguiente investigación a partir de la pregunta del compañero. ¿Cree Althusser que las verdades son absolutas o que tienen un carácter histórico? ¿El positivismo, en el contexto de su pensamiento, será una filosofía o una ideología?

»Creo que pensar estas preguntas les permitirá encontrar una respuesta más completa a la pregunta del compañero.

Terminó la clase. Esta vez también se tomó tiempo para ordenar las cosas en su bolso, pero nadie venía por el pasillo.

El secretario académico coordinó la entrevista con el candidato a profesor de Historia de las Historias Increíbles. Como había sugerido la rectora, también invitó al anterior rector. De llegar a una decisión positiva de los tres, prácticamente, quedaba descontada la aprobación por parte del consejo. A último momento, no se sabe si la parte buena de la rectora o la otra, tomó la decisión de invitar también a la consejera.

Su razonamiento, al menos el que pudo hacer conscientemente, discurre de la siguiente manera: la consejera había ofrecido un candidato al que, finalmente, nunca presentó. Si el postulante que iban a evaluar resultaba bueno, tal como el secretario académico creía, la consejera tenía la doble oportunidad de aceptarlo o de plantear que tenía un candidato mejor. En cualquiera de los dos casos, la situación con ella quedaba saldada.

Posiblemente, la invitación a la consejera trataba no de cancelar la culpa, que en todo caso transitaba por otros carriles, sino de minimizar las consecuencias negativas de aquello que le generaba culpa. Es como cuando se trata de enmendar un paso de baile dado en falso: se intenta hacerlo con gracia, esperando lograrlo.

Pero, como el resto de los asistentes no tenía ningún conocimiento de estos hechos y, menos aún, de los sentimientos que habían desatado, la presencia de la consejera en la reunión no mereció ninguna interpretación en especial.

Cuando la consejera recibió la invitación entendió que era un gesto de la rectora, pero ¿un gesto de qué? Los sentimientos ambiguos que seguían girando alrededor de la presentación de su amigo aún le dificultaban la visión. Pero, aún con visibilidad reducida, comprendió que tenía que aterrizar en la reunión. Estaba realmente convencida de

las capacidades de su amigo y si eso derivaba en su contratación el contacto profesional entre ellos sería lo habitual. ¡Qué mejor que recibirlo desde la propia reunión de evaluación! Era una manera de presentarse profesionalmente, como la consejera que era, y definir desde el principio la lógica de ese tipo de vínculo.

El candidato llegó puntual y los cinco se reunieron en la oficina del secretario académico. Éste lo presentó a todos, aunque, por la confianza con que se saludaron, quedó flotando la sensación de que él y la consejera ya se conocían.

La rectora no terminaba de estar totalmente cómoda. La idea era que la consejera conociera al otro postulante, pero, en verdad, le quedaba la sensación de que ese era, justamente, el propuesto por ella. Pero no tenía dudas de haber comprendido bien al secretario académico, quien no se iba a equivocar respecto al recomendante, en este caso, la alumna. Estaba claro que nada de lo que tuviera que ver con la consejera iba a ser fácil para ella, pero tampoco se iba a poner paranoica por ese motivo.

Si el candidato se sorprendió de encontrar allí a ¿su examante, o reciente amante?, no se notó. Para él era la confirmación de su casi certeza: la de que ella y su novia lo recomendaron para el mismo puesto. Pero salvo esa extrañeza, si es que así se la puede llamar, parecía bastante normal que estuviera presente una de las personas que lo recomendó y que, a su vez, pertenecía a la dirección de la institución.

La rectora hizo una breve introducción presentando al Instituto, destacando en especial aquello que lo hacía único: considerar que el conocimiento humano era muy precario y que debía ser completado a partir de investigaciones que no se atuvieran exclusivamente a lo comprobable.

Aquellas cosas que podemos conocer indubitadamente son, razonablemente, muy pocas, ya que para el resto debemos apelar a una serie de inventos como el lenguaje, los números y otros ingeniosos instrumentos que no forman parte de la realidad que se quiere estudiar, sino que sólo son recursos para tratar de entender algo de lo que nos rodea.

–Por eso, los fundadores del Instituto creyeron conveniente ponerle el nombre de Instituto de Investigación de Historias Increíbles, declarando de inicio que el saber que aquí se produciría no sería creíble para aquellos que consideraran que el único saber interesante era aquel que se podía demostrar al modo de la ciencia –completó la rectora su presentación–. Ahora, díganos, ¿por qué le interesa trabajar con nosotros?

El candidato se sintió cómodo con la presentación de la rectora, básicamente porque él podía sumar argumentos a los ya dados. Habló de su fascinación por el para él “mejor Nietzsche”, el de *Más allá del bien y del mal*. No dejó de reflexionar con Rickert ni de homenajear a Khorn, que era un compatriota, haciendo un paso por Bergson y un descanso en su amigo Dewey.

Sus comentarios parecieron muy atinados, ya que no sólo respondían a por qué quería trabajar en el Instituto, sino que, a su vez, exhibían una solvencia intelectual adecuada para comprender de lo que allí se hablaba.

El antiguo rector agregó unas precisiones muy adecuadas al momento y la consejera acompañó la reunión con sonrisas encantadoras. El secretario académico ordenó el futuro:

–Ya recibiste el programa actual de la materia –le dijo al candidato–, esperamos que nos hagas una propuesta de nuevo programa y lo compartiremos con el consejo para que tome una decisión.

En esta breve expresión quedaban claras varias cosas simultáneamente. La primera, el hecho de que el secretario académico tuteara al candidato creaba un clima de confianza, casi como si su contratación fuera un hecho. Pero el otro componente que se desprendía de sus palabras era que la propuesta de programa para la materia para la que se postulaba iba a constituir la pieza de evaluación que decidiría la suerte de su contratación.

Por tratarse de un candidato sin publicaciones propias importantes se podría haber pensado también en otros elementos de evaluación, pero la confección de un programa para Historia de las Historias Increíbles cubría con creces cualquier otro requisito imaginable. Así lo entendieron todos en la reunión, aunque la propia rectora se sorprendió de la independencia de criterio de su secretario académico.

Pensando en esa sensación luego se reiría de sí misma. ¿Quién sino ella le había aclarado que no quería que fuera “su” secretario académico sino el secretario académico del instituto, con ideas propias y todo ese rollo? Parecía que la lluvia de la confianza hacía germinar viejas semillas. Ya vería hasta donde llegaba la planta.

La reunión de consejo en la que se trató el tema del estudio de imagen del Instituto fue de las más entusiastas que recordaban aun los consejeros antiguos.

Es cierto que muchos ya conocían la idea a través de la rectora o del secretario académico, pero tratarla colectivamente fue un acontecimiento feliz. Se diría que todos estaban esperando una propuesta de ese tipo, aunque a nadie se le había ocurrido nunca, ni siquiera a la propia rectora antes de serlo.

Fue vivido como el inicio de una gesta, de algo orientado a sacar al Instituto de su ostracismo y, quizás también, de reivindicación de las vidas intelectuales que se consagraron a mantenerlo vivo.

El antiguo rector tuvo tiempo de felicitarse por haber definido la votación a favor de la rectora, aunque él, personalmente, hubiera apoyado para ese cargo al actual secretario académico. Comprendía perfectamente que de la cabeza de su amigo jamás habría surgido una idea de ese tipo.

La rectora sabía de la simpatía que la idea había generado. Lograron negociar el precio para la propuesta que más le interesaba y fue sólo esa la que se presentó en el consejo, informando, claro, que se había consultado también a otro oferente especializado.

De esa manera, también se lograba que el consejo realizara su papel aprobando la iniciativa y no se internara en engorrosos debates para seleccionar a un prestador. Ya se habían realizado las consultas con la administradora y la financiación del proyecto estaba asegurada: el Instituto contaba con una parte de los recursos y los restantes se obtendrían de ahorros que llevar a cabo este estudio ameritaba.

Todos tuvieron la inteligencia para no decir que esa investigación se debería haber llevado a cabo muchos años antes, evitando así el riesgo de ofender a antiguas autoridades, pero eso no quiere decir que la inmensa mayoría no lo pensara, incluido el anterior rector.

El secretario académico relató los distintos componentes que tendría el estudio de imagen y comprometió la colaboración de los consejeros. Fue más bien algo formal, ya que se advertían los deseos de todos de ser parte del proyecto.

Posiblemente no se trataba sólo del contenido o los objetivos del estudio, en algún lugar también resultaba excitante la posibilidad de conversar del Instituto con alguien que no fuera del Instituto. Ese acontecimiento era una rareza ya que ni el Instituto tenía vínculos con otras instituciones académicas y, en las relaciones que estudiantes y profesores sostenían en otras casas de estudio, casi nunca era tema de conversación lo que allí se hacía.

Era la oportunidad de ordenar los sentimientos que muchos de ellos tenían respecto a su trabajo. Para nadie, es necesario decirlo, su participación en el Instituto era sólo un trabajo. Por el contrario, también representaba una válvula de escape para sus ansias de libertad intelectual.

La originalidad de cada uno variaba, como varían el carácter y las capacidades de las personas, pero tenían algo en común: no se conformaban con repetir hasta el cansancio unas verdades que se volvían triviales y que, con el paso del tiempo, se reconocían la mayoría de ellas como falsas.

Pero una cosa era sentir ese placer vital, saberse espíritus independientes de las tonterías en las que creía su época, y otra muy distinta era superar el sentimiento de soledad que esa posición original

entrañaba. Ir a dar clases a otros lugares, cosa que todos ellos hacían, era casi un ejercicio de travestismo.

Los espíritus estaban tan alegres que la rectora se animó a utilizar una metáfora fuerte, pero adecuada a la época:

–El Instituto –dijo– tiene que animarse a salir del closet, tiene que animarse a mostrarse como es, porque en verdad es bello y es necesario.

Era un momento de euforia, quizás prematuro, pero el consejo se hallaba en estado de gracia. Todos sabían que se trataba de un momento, pero de un momento placentero, y nadie estaba dispuesto a perderselo.

–Imagino que todos ya tienen muy adelantada la lectura de la bibliografía –dijo la rectora cuando inició el tercer encuentro del seminario.

Como la pregunta no buscaba una respuesta, nadie respondió. En verdad, ni siquiera era una pregunta. En apariencia, con esa expresión estaba compartiendo aquello que ocupaba su imaginación. No afirmó “ustedes han leído” ni prescribió “ustedes deberían haber leído”, nada de eso, se refugió en un lugar más modesto de “yo imagino que ustedes han leído”, haciéndose así responsable de sus creencias.

Pero, como bien dice el refrán popular, las apariencias engañan. Lo que con esa expresión-pregunta quiso decir es que no se detendría a dar noticias de cosas que los participantes del seminario ya deberían estar enterados. Y todos la entendieron correctamente.

No era un recurso motivacional para mejorar la performance de los participantes, menos aún un castigo del tipo “si no leíste la bibliografía vas a navegar durante toda la clase sin entender pepa”. Tampoco obedecía a que su plan de clases no contemplara el tiempo para ello, aunque, de hecho, no lo contemplaba, o a algún tipo de pereza de la profesora. Se debía, simplemente, a cómo ella entendía su función al frente de un grupo reunido con objetivos de aprendizaje.

–Para aquellos que es la primera vez que trabajan conmigo, les cuento: yo no hago el trabajo que pueden hacer ustedes, no estoy para reemplazarlos sino para ayudarlos. No les vengo a contar lo que dicen los libros, por la sencilla razón de que los libros están ahí, cualquiera los puede leer.

–Cualquiera que sepa leer –agregó riendo un estudiante.

–Así es, como dijo el compañero. Y todos ustedes saben leer –completó la rectora manteniendo el tono gracioso–. Yo estoy aquí para orientarlos en qué leer y para ayudarles a comprenderlo, en la medida de mis conocimientos, que no son infinitos. Cada curso es también una oportunidad de aprendizaje para el profesor, cuento con su lectura para eso.

Esas aclaraciones, aparentemente funcionales, segregaban mandatos morales que, identificándolos o no, tenían fuerte impacto en sus destinatarios. Ellos tenían una obligación, leer era su parte del trato y no cumplirla resultaba no solo inconveniente, sino deshonesto.

Ella sabía que estaba poniendo en marcha lo que llamaba “el mecanismo virtuoso de la deserción”. Existían varias razones por las que un estudiante no debía permanecer en su curso; entre las más frecuentes se encontraban que el curso no abordara los temas esperados, que su dictado no resultara satisfactorio o que el cálculo de su disponibilidad de tiempo hubiera sido incorrecto y, en tal caso, debiera dejarlo para más adelante.

Y consideraba virtuosa ese tipo de deserción porque nadie debía estar en un curso que no fuera de su interés ni merecía permanecer si no le resultaba adecuada la experiencia y, definitivamente, no podía participar si no contaba con el tiempo para ello.

Hechas estas aclaraciones, que siempre reservaba para el segundo o el tercer encuentro, dio inicio propiamente a la clase.

–Leo –y abriendo el libro continuó–: “Basta una palabra nueva para abrir un nuevo interrogante, aquel precisamente que no había sido abierto anteriormente. La nueva palabra empuja a las antiguas y deja el vacío para que pueda llenarlo la pregunta nueva. La nueva pregunta provoca la duda sobre las antiguas respuestas y sobre las viejas

preguntas adormecidas bajo aquellas. Lo que se gana, pues, son nuevos enfoques sobre las cosas”.

Levantó la vista y miró lo que ocurría en el aula. Algunos, luego de tomar alguna nota de lo leído, recurrieron a sus propios apuntes. Otros ensayaban alguna organización de esas ideas en sus cuadernos. También había un par que dudaban entre mirar el techo o el pizarrón en blanco.

–¿De qué está hablando aquí Althusser? –ahora sí, preguntó.

–De la introducción de la palabra “constitución” en lugar de la palabra “aplicación” –respondió un señor con lentes de carey.

–Bien. –¡Qué memoria! Pensó la rectora ante la respuesta casi literal–. Allí Althusser está dando un ejemplo con motivo del concepto de interdisciplinariedad. Propone que más fructífero que pensar que una ciencia se “aplica” a otra es pensar que en esa intersección se “constituye” un nuevo campo de saber. Pero este ejemplo ¿es un ejemplo de qué?

El señor de los lentes de carey quedó callado. Una cosa era acordarse exactamente del texto, otra era comprenderlo.

–De la función de la filosofía –dijo un joven demasiado joven para ese grupo.

–Así es. Amplíelo un poco más –pidió la profesora.

–La filosofía lo que hace es establecer líneas de demarcación que abren nuevos universos para la investigación –completó el demasiado joven.

–¿Se trataría de la vieja filosofía como madre de todas las ciencias?

–No –intervino una alumna con el cabello pintado al que servía de marco los lados rapados de su cabeza–. Althusser abandona esa idea. Cree que filosofía y ciencia pertenecen a órdenes distintos y producen cosas distintas.

–¿Y qué produce la filosofía?

–Distinciones correctas –completó el de los lentes de carey, demostrando que, con un poco de tiempo, además de acordarse, entendía.

–Usted –se dirigió a uno al que el techo interrumpía su mirada filosófica hacia el infinito–, ¿por qué algunas distinciones son correctas?

–Porque son verdaderas –contestó con aplomo, como el que dice algo sabido por todos.

Algunas sonrisas recorrieron la clase. La profesora no pudo evitar acompañarlas.

–El compañero nos ha mostrado una buena forma de dejar un examen pendiente –y allí las sonrisas se hicieron risas–. ¿Quién quiere darle una mano para que eso no le pase?

La del pelo pintado no dio tiempo a otros a ofrecerse:

–Lo correcto tiene que ver con la filosofía y lo verdadero con la ciencia.

Claro que su compañero no podía entender la complejidad del problema con tan escueta explicación, pero sí tenía una buena pista entre manos: lo correcto y lo verdadero, en Althusser, eran cosas distintas.

Terminó la clase. Esta vez ordenar el portafolio en la puerta del aula tuvo su premio. La del clarinete pasó frente a ella y dejó, sin saberlo, una estela de deseo.

El mismo día que tuvo la reunión en el Instituto, el candidato a profesor llamó a su amiga, la consejera.

Estaba claro que había un buen motivo: preguntarle qué impresión había causado en la entrevista. Los dos coincidieron en que, para hablar de eso, lo más adecuado era tomar un café.

Del café de Laprida al albergue transitorio de la calle Mansilla sus pies los llevaron solos. Ella pensó que estar con él era como un día de sol. Él pensó que ella era una tremenda hembra. Ella lo besó largo rato en la boca. Él la besó largo rato en todas partes. Los dos se fueron repletos del sabor del otro.

El candidato llegó a su casa con un solo objetivo: preparar el programa para Historia de las Historias Increíbles. Se sorprendió al encontrar a su novia en ese horario, pero le alegró tener compañía.

–Vengo del Instituto –dijo, diciendo casi la verdad.

–¿Cómo te fue?

–Creo que bien, toda gente muy piola –afirmó él.

–¿Con quién estuviste?

–Bueno, con el secretario académico, que ya había estado la otra vez, estuvo la rectora, un consejero y una consejera.

–¿Te gustó la rectora? –quiso saber ella.

–Sí, me pareció una luz. Tiene al Instituto en su cabeza.

–Es una mujer impresionante. ¡Hay que abrirse paso entre todos esos hombres! Te acaricia con sus palabras y, a la vez, tiene convicciones de acero.

–Veo que te impresiona mucho esa mujer–agregó atinadamente él.

Ella dejó el tema de la rectora atrás, al menos en ese momento de la conversación.

–¿Quién era el consejero? –preguntó.

–Me dijeron el nombre, pero no me acuerdo. Era una persona mayor, bajito, pelada brillante, con pelo blanco en las sienes.

–Ah, el anterior rector.

–O sea, la plana mayor.

–Sí, y la consejera es la única mina del consejo, además de la rectora, claro.

–A la consejera la conocía.

–¿Trabajaste con ella?

–Sí, en la Universidad Cooperativa. Coincidimos un cuatrimestre. Ahí descubrimos que teníamos amigos en común.

La forma en que desgranaba la información no era parte de un plan, pero eso no quería decir que no tuviera una orientación. No le pareció necesario decirle a su novia que, en verdad, se conocieron por otros amigos y que la relación laboral con ella fue prácticamente inexistente.

De hecho, de no haberse conocido previamente, lo más probable es que ni siquiera se hubieran cruzado en la Universidad Cooperativa ya que sus horarios no coincidían en ningún caso.

Pero, dejándose llevar, fue construyendo una verdad con retazos de mentiras.

Se sentó a escribir el programa, pero no le resultaba fácil concentrarse. Comprendía que estaba en problemas. Su novia acababa de mudarse a vivir con él, dejando el departamento que alquilaba: un negocio afectivo y económico que estaba saliendo bien para los dos. Y, justo en ese momento, el reencuentro con su amiga, esa compulsión que lo llevaba a terminar siempre en la cama con ella.

Su novia era otra cosa. Con sus veintiocho años traía risas frescas a su vida. Entendía que la admiración intelectual que le tenía había ayudado, y bastante, para que se metiera en su cama. Pero no se trataba de ella, se trataba de él. ¿Qué sabía él de él?

Empezó a escribir: Fundamentación y Descripción, Objetivos, Contenidos, Material de Consulta. Ya con los títulos se sintió en carrera. Desde que su amiga le había hablado de la vacante se le habían ocurrido muchas ideas, se trataba ahora de pasarlas en limpio y ordenarlas.

Ella hizo café para los dos. Se lo llevó a su escritorio y él le agradeció con una sonrisa. Aprovechó que él estaba sentado para abrazarlo cruzando sus manos sobre su pecho y así, enlazada, le besó en el cuello.

–Si no vinieras del Instituto, diría que venís de un telo.

–¿Por qué? –pregunto él, con esa calma de los que confían en su buena suerte.

–Porque tenés olor a telo –rio ella.

Pero la risa se interrumpió de golpe. Desarmó su abrazo y corrió el cuello de su camisa, pero el beso tardaba en llegar. En su lugar, una voz ronca que él nunca había escuchado le dijo:

–¡Hijo de puta!, esto es una mordida.

–¿Esto qué? –preguntó él.

Pero ella ya no respondió. La furia había ocupado toda su garganta e impedía el paso de las palabras. Lo levantó de un brazo y lo llevó frente al espejo, como a un niño al que se le va a mostrar que tiene las orejas sucias.

Le abrió su camisa tan violentamente que saltaron el primer y el segundo botón. Él se miró. Lo que vio fue una tremenda mordida de la que no se dio cuenta ni cuando ocurrió ni cuando se bañó antes de salir del albergue.

Ni el intelectual ni el hombre experimentado vinieron en su ayuda. Ni siquiera se le ocurrió un argumento ridículo para explicar que eso no era una mordida. Sarpullido, irritación, alergia se levantaban en su mente y volvían a caer al instante. Un buen mecánico dental hubiera aprovechado la marca para tomar el molde.

–Me habrás mordido vos –dijo el piloto automático ante la inacción del que debía comandar la nave.

Pero no siempre las respuestas por default evitan que la nave se estrelle. Esta vez la voz ronca dejó lugar a una voz de flauta que dijo, con perdón de la repetición:

–¡Hijo de puta! ¡Yo no te mordí, hijo de puta! Hace días que no cogemos y esa mordida es de hoy...y yo no muerdo.

El piloto automático ya tenía preparada la próxima respuesta. “Claro”, iba a decir, “hace días que no cogemos, claro, son cosas que pasan cuando se pasan días sin coger”. Pero el navegante ya había recuperado el control de la nave. Ni él, que había hecho cosas de las que no se enorgullecía para estar con una mujer, caería tan bajo.

Con un suspiro, donde se sostenían malamente la vergüenza y la aceptación, dijo:

–Tenemos que hablar.

Pero ese matrimonio de culpa y odio que se acababa de formar acabó como podía acabar.

–¡Andá a hablar con la madre que te cagó! –y tampoco feliz con esa expresión, ella tomó su campera y se fue dando un portazo.

Dos consultores, un hombre y una mujer, comenzaron a dejarse ver por el Instituto. Hablaron en primer lugar con el secretario académico, con el encargado de alumnos y la asistente de la rectora. Tomaron nota de sus sugerencias y recién regresaron a la semana siguiente.

Entrevistaron uno a uno a todos los consejeros, profesores, empleados y alumnos. Llegaban temprano por la mañana y se retiraban pasada la media tarde.

Un clima de estar estrenando algo nuevo se había apoderado de todos. Las entrevistas, por supuesto, eran voluntarias, pero no hubo ninguna negativa a dar su opinión sobre el Instituto. Al contrario, si alguna controversia se suscitó fue a la inversa. Hubo algún profesor que quiso dejar en claro su situación:

–Aviso que a mí no me entrevistaron.

–Pero –respondía el secretario académico–, faltan todavía entrevistar varios profesores.

–Ah, yo creí que habían terminado –decía, ya en tono de disculpas, el que se había sentido víctima de alguna clase de discriminación.

Porque, en verdad, lo que se había desatado era el deseo de que la modesta o valiosa opinión de cada uno sea escuchada y tenida en cuenta.

–¿Cuándo podés tener la entrevista? –terminaba preguntando el secretario académico para dar por concluido el asunto. Exploraba la disponibilidad en la agenda en línea de los consultores y anotaba al desconfiado de turno–. Listo, te esperan el jueves a las dos de la tarde.

Para realizar las entrevistas se habían destinado las oficinas del secretario académico y de la rectora. Su actividad los llevaba a deambular bastante por el Instituto y, cuando necesitaban un lugar fijo, la sala del consejo se encontraba casi siempre desocupada.

El Instituto no era exageradamente formal respecto a las jerarquías, pero que a las entrevistas se hubieran destinado esas dos oficinas daba una señal clara del lugar de importancia que revestía el proceso en marcha.

A las tres semanas la rectora se sorprendió al recibir el llamado telefónico de uno de los socios de la consultora que estaba llevando adelante la investigación:

–Antes que nada –le dijo– queremos agradecerles que nos hayan elegido para hacer este trabajo.

Resultaba un agradecimiento bastante tardío, si es que se trataba de haberles dado el trabajo a ellos y no a la competencia. Pero enseguida continuó:

–No nos imaginamos que este estudio nos iba a sorprender tanto, nos iba a enseñar tanto y nos iba a permitir reflexionar sobre el sentido de nuestro propio trabajo.

Luego de escucharlo, la rectora imaginó que el trabajo que estaban haciendo para el Instituto resultaría mucho más interesante que definir la mejor tapa para un champú o descubrir si la campaña por el aire puro redituaría una mejor imagen corporativa que la defensa de una especie silvestre en extinción.

La voz en el teléfono continuó:

–Dentro de dos semanas quisiéramos volver a reunirnos con ustedes para compartir nuestra escucha de las entrevistas realizadas en el Instituto.

Acordaron la fecha. Allí se verían.

El seminario estaba sorprendiendo a sus participantes. Del cliché del Althusser marxista y estructuralista estaban pasando a otro Althusser que no alcanzaban a definir con precisión. Primera etapa, exitosa: no hay aprendizaje si antes no hay desaprendizaje, esa era la convicción de la rectora.

–Estuve viendo sus propuestas de monografía. En general los temas están bien, se los devuelvo con algunas observaciones para que tomen en cuenta, si sienten que les ayudan.

Se pasaron las hojas hasta que cada cual quedó con la suya. Del grupo inicial quedaban doce asistentes, eran bastantes si se tiene en cuenta la exigencia que implicaba el seminario. La rectora, en verdad, creía que con alguno menos también hubiera estado bien, pero, al fin y al cabo, tampoco se podía echar a nadie.

–Hoy vamos a introducir el tercero en discordia en el planteo de Althusser. Hasta ahora vimos su idea de ciencia, como actividad teórica que produce, entre comillas, verdades y, por otro lado, el papel de la filosofía, actividad práctica que produce demarcaciones correctas, en francés *justesse*, pero no en el sentido de justicia ligado a ciertas leyes o a una concepción naturalista del bien y del mal, nada de eso. Tampoco lo justo en sentido religioso o moral. *Justesse* es lo apropiado para abrir nuevos caminos al saber.

»En castellano, una expresión que mantiene el significado, sería “la palabra justa”. Cuando se dice que alguien tuvo la palabra justa no se está pensando en el sistema judicial, se está pensando en alguien que, sobre ese tema, encontró la palabra adecuada. La función de la filosofía sería decir las palabras adecuadas que desbrocen nuevos caminos a la acción humana, incluida a la acción teórica o actividad científica.

»Leemos –agregó mientras recorría con la mirada la clase–: “La filosofía tiene como función primordial trazar una línea de demarcación entre lo ideológico de las ideologías por una parte, y lo científico de las ciencias, por otra. Con la ideología, un tercer personaje entra en acción”.

»Pregunta, ¿qué es la ideología para Althusser?

En los grupos, los roles se van repartiendo de manera más o menos previsible, así que todos dejaron el espacio para que el señor con lentes de carey contestara. Luego, el resto haría los comentarios que consideraran pertinentes sobre la casi textual respuesta que aquel anticiparía. Pero, esta vez, el silencio se prolongó de manera inconveniente.

–La ideología es un reflejo deformado de la realidad –dijo finalmente un alumno que tenía un tatuaje en el dorso de la mano.

–Usted dice que sería como el mal arte para Platón, una mala imitación, una mimesis fracasada –afirmó preguntando la profesora.

–No –dijo el demasiado joven–. La ideología organiza las prácticas sociales, pero no siempre coincide con las relaciones reales de la sociedad.

–¿No siempre coincide o nunca coincide? –repreguntó a su vez la rectora.

–La ideología es un síntoma de la realidad y, como no es la realidad misma, es siempre falsa –acotó por fin el señor de los lentes de carey.

Una sensación de tranquilidad se volvió a extender por el grupo. Cada uno volvía a su papel. ¡Basta de sorpresas!

–¿Qué entienden ustedes por “lo ideológico de las ideologías? –quiso saber ya de manera golosa la rectora.

–A ver –empezó la del pelo pintado–, lo que yo entendí es que hay ideologías prácticas, serían algo así como imágenes y creencias que utilizamos para definir nuestras conductas. Entonces, lo ideológico de esas ideologías prácticas serían aquellos aspectos mistificados, aquellas creencias que no se corresponden con la realidad de la sociedad dividida en clases.

–Por ahí vamos bien –alentó la profesora.

–Por ejemplo, para Althusser el estructuralismo es una ideología –comentó el de la mano tatuada.

–El estructuralista Althusser, ¿no? ¿Vieron que no hay que apresurarse a poner etiquetas? –se regodeó en el hallazgo de su alumno–. ¿Preguntas?

–Sí, profe –dijo el joven demasiado joven–, ¿por qué Althusser llama a las ciencias sociales “disciplinas literarias”?

–Muy buena pregunta. La pregunta del compañero queda para que la contesten ustedes la próxima clase. ¿La podés repetir?

Todos tomaron nota.

–Y agreguen a esa la siguiente: ¿las ciencias sociales tienen para Althusser carácter de ciencias? ¿Por qué sí o por qué no?

Luego de una breve pausa, la necesaria para que los alumnos pudieran terminar de escribir, continuó:

–¿Más preguntas?

–Sí –dijo el señor de lentes de carey–. Cuando habla de lo científico de la ciencia estaría afirmando, por lo tanto, que hay algo no científico en la ciencia. ¿Se refiere a la ideología de la ciencia?

–Correcto –confirmó la profesora–. Avance en la lectura y verá que Althusser habla explícitamente de la ideología de la ciencia.

La clase terminó casi media hora antes. Ella invitó a que todos los que tuvieran dudas sobre sus indicaciones respecto al plan de monografía, aprovecharan ese rato para conversarlas con ella. Todos se retiraron, menos el joven muy joven y la del pelo pintado. Los tres estuvieron charlando animadamente, con placer y provecho.

Finalmente llegó la hora de ordenar el bolso en la puerta del aula. Esta vez tuvo su premio. Ella venía sola y se vieron inmediatamente. Quedó claro que debían saludarse y la rectora aprovechó para agradecerle la recomendación del candidato a profesor de Historia de las Historias Increíbles.

–Lo estamos evaluando –le dijo.

–Me alegro –fue la corta respuesta de la alumna, que sonó algo destemplada.

–Nos vemos –se despidió con más esperanza que motivo la rectora.

–Dale –dijo ella, quizás algo fuera de lugar, y se alejó con mirada triste.

La rectora fue para su oficina. No sentía pena, pero tampoco estaba alegre. ¿Cómo hizo ella, intentó acordarse mientras bajaba las escaleras, para tener una historia con su profesor de Antropología, el que luego dirigiría su polémica tesis? En ese entonces, era bastante más joven que la alumna del clarinete.

Mientras ordenaba su escritorio y sus recuerdos cayó en la cuenta de que había sido ella la que tomó la iniciativa. El profesor era un señor correcto que, posiblemente, jamás hubiera tomado el riesgo de expresarle que ella le gustaba.

¿Era ella ahora aquel profesor? ¿Sólo podía esperar que la alumna diera indicios de estar interesada en ella para soñar con algo más que esperarla en el pasillo todos los lunes? Y si eso nunca ocurría, ¿qué podía hacer? Quizás nada; quizás sólo sonreírle cada vez que se cruzaran, gritándole con sus ojos que se había enamorado de ella.

Su única esperanza era que tuviera un buen oído para escuchar ojos.

Después que su novia se fuera de su casa pasó días difíciles. Sentía haberla decepcionado, pero, sobre todo, se sintió desilusionado de sí mismo. No tanto por los hechos en sí; lo hecho, hecho está, era su filosofía, sino por no saber a ciencia cierta qué era lo que quería de la relación con una mujer.

Dejaría pasar unos días y la llamaría, pero ahora debía concentrarse en el programa de la materia para el Instituto. Le interesaba mucho trabajar allí y no quería perder la oportunidad. Café y whisky fue la dieta de los primeros días, hasta que el hígado sacó banderita blanca y dijo: “me rindo”. Algunos vómitos, un poco de cagadera, y una vez más funcionó la sabiduría del Martín Fierro: “no hay cosa como el peligro pa` refrescar un mamo”.

Vio que estaba en peligro su salud, que estaba en peligro su trabajo, que estaba en peligro la relación con su novia, y todo eso lo llevó al bar de abajo a pedir un té de boldo. Como no había, se conformó con un cachamay. Volvió a subir, durmió varias horas y se despertó bastante renovado.

Las ideas para el programa salían una detrás de otra, como si estuvieran en fila, listas para saltar al papel. Tal fue el envión que habían tomado que, una vez finalizado el programa, con algún material que no había utilizado armó una propuesta de seminario, teniendo casi la certeza de que iba a ser de interés en el Instituto.

Llamó a su novia, así la seguía considerando él, ya que, se decía, una pelea no significaba obligadamente una ruptura. Lo atendió, punto a favor.

–Tenemos que hablar –volvió a decir él, como días atrás en medio de la tormenta.

–Más adelante –le dijo ella, con una calma que no esperaba encontrar en su voz.

–Tengo que preguntarte algo –insistió.

–Preguntame.

–Debo mandar el programa de la materia al Instituto, pero quiero saber si me seguís recomendando.

–Claro. ¿Por qué me lo preguntás? –quiso saber ella.

–Bueno, si me contratan no sé si me querés ver allí. Ese es tu lugar, no lo voy a invadir si no vas a estar cómoda.

Se hizo un silencio en el teléfono. Él creyó que ella estaba pensando la respuesta. Ella pensó que él era un estúpido; no le importó acostarse con otra y ahora estaba preocupado por “no invadir su espacio”. Pero se había prometido no volver a tener un ataque de furia, al menos no por él.

–No tiene nada que ver una cosa con la otra –dijo ella con voz firme–. Mandá el programa –y cortó.

Pero el secretario académico nada sabía ni del whisky ni de los vómitos ni de las desventuras amorosas del candidato. Lo que sí sabía era que tenía entre sus manos un programa para Historia de las Historias Increíbles como nunca se había dictado en el Instituto.

Algunos de los temas propuestos abordaban textos muy conocidos mientras que otros eran realmente novedosos, pero todos sonaban provocadores. No dudaba que el programa le iba a encantar a la rectora y recibiría la aprobación del consejo sin dificultades.

Algunos de sus puntos rezaban así: “Platón. El mito de la caverna como alegoría del fracaso de la democracia”. O también: “Fray Bartolomé de las Casas y Guamán Poma. La historia de la ocupación europea de América”. “Una recopilación sobre la mentira en la historia: de Jacob a Maquiavelo”. Y así de seguido.

Pero no era menos atractiva la propuesta del seminario. Decía en el mail que, si bien no se lo habían solicitado, lo dejaba a consideración, ya que le hubiera gustado incluirlo en el programa de la materia, pero, la extensión y la complejidad del tema lo habían llevado a desistir de hacerlo. El título era: “La Historia de la Histeria desde Nezamí Ganyaví hasta Freud”.

En verdad, el secretario académico tuvo que pedirle ayuda a Google para ubicar a Nezamí Gayanví, quien resultó ser el autor de un poema titulado *Las siete bellezas*, escrito se cree que en el siglo XII. Ya lo buscaría para leerlo.

Imprimió el programa de la materia y del seminario. Llamó a la asistente de la rectora y le preguntó si podía hacer unas fotocopias.

–Por supuesto –dijo ésta recibiendo la carpeta.

–Por favor, dele el original a la rectora y la copia me la trae a mí. Gracias.

Finalmente se encontrarían el candidato y su... ¿novia?, ¿exnovia? No lo sabía y quería comprobarlo. ¿Realmente quería comprobarlo? Sabía que no estaba preparado para ese encuentro, pero a su vez lo necesitaba: quizás ella podría ayudarlo a resolver lo que solo no lograba.

Él le propuso tomar un café en el bar de calle Laprida, pero ella le ofreció un banco en la plaza San Martín, igual de anónimo, pero sin gente que te mire de cerca.

Los jacarandás ya empezaban a teñir de lila el cielo. En pocos días, como un espejo, ese mismo color tendrían las veredas. Al final de la barranca, que anuncia la cercanía del río, un abandonado memorial a los caídos en Malvinas permanecía cerrado. Ya apagada su lámpara votiva, ni siquiera se habían encontrado un par de granaderos libres para la guardia de honor.

¿Había honor en la guerra? ¿Había honor en la vida? Todo eso pensaba mientras recorría la plaza, haciendo tiempo para que llegara la hora.

–Sentate en algún lado, yo te encuentro –le dijo ella por teléfono.

Finalmente, eligió un banco cerca del monumento a San Martín. ¿Existirán los padres de las patrias? Siguió pensando en su versión de duda metódica de esa mañana. Él sabía que lo que debía preguntarse, en verdad, era si existía el amor, si tenía sentido la fidelidad, si amaba a esa mujer joven que de un momento a otro llegaría. Pero para nada de eso estaba preparada su mente frágil, tan brillante para resolver otros enigmas de la existencia, claro, de la existencia de otros.

Finalmente ella llegó. Le dio un beso en la mejilla y se sentó a su lado.

–¿Cómo estás? –le preguntó él, disimulando con ese lugar común su carácter de lisiado afectivo al que, finalmente, había llegado.

El accidente había ocurrido hacía ya muchos años, el día que tuvo que aceptar que ya no amaba a la mujer con la que había tenido tres hijos. Adiós al cuento de la familia, de envejecer juntos, de disfrutar de los nietos: ¡Un fraude! ¡Todo era un fraude! Mientras le hacían prometer “hasta que la muerte los separe”, nadie tuvo la gentileza de avisarle que el amor, como tenía principio, también tenía final.

Dicen que la mayoría de los accidentes se producen no cuando la persona se cae, sino cuando intenta levantarse. Así le pasó a él. Era penoso, por cierto, terminar una relación que contuvo tanto amor, pero esa era la situación.

Los intentos de ponerse de pie, en medio de la culpa por haber dejado de amar, no fueron felices. Si uno traiciona a su familia y no cumple sus promesas, está claro que no tiene honor. ¿Y quién querrá estar con un hombre sin honor? ¡Todas!, se fue respondiendo él en la vida, alternando conquistas que duraban desde una semana hasta dos meses.

Siempre supo que las hormonas no lo resuelven todo, pero ahora que comenzaban a declinar, ya se le hizo patente. No sabía si el amor nacía de la pasión, o al revés. Y ya era un ignorante completo a la hora de responder la pregunta de qué quería compartir con una mujer, excepción hecha, en verdad, de su amiga, la consejera. No sabría decir qué quería compartir con ella, pero sabía que, desde hacía años, era la única con la que siempre quería compartir.

–Ya mejor –le respondió ella–. ¿Y vos cómo estás?

–Bien. Ya mandé todo lo que tenía que mandar al Instituto.

Si a ella le quedaba alguna mínima duda de lo que sentía por ese hombre, acababa de desaparecer. A su edad era muy complejo pedirle

que interprete que él había quedado en tal estado de desolación luego de su pelea que creyó, sinceramente, que su vida ya no se iba a recuperar. Pero, por algún motivo, quizás por instinto de preservación, logró juntar las fuerzas suficientes para cumplir con sus obligaciones mínimas. Haber mandado las cosas al Instituto era su manera de decir: “Yo también estoy un poco mejor”. Pero no dijo eso, por el contrario, volvió a confundir el ser con el hacer y, en vez de hablar de lo que sentía, sólo pudo hablar de lo que había hecho.

Ella asimiló la situación y, a pesar de que tenía mucha menos experiencia de vida que él, comprendió que todas sus preguntas ya habían sido respondidas. Sus pensamientos en los días previos habían sido: “¿Qué me dirá cuando nos encontremos?”. Imaginó que él le podía decir: “Te amo. Dame una nueva oportunidad”. ¿Qué haría ella ante esa situación? Le diría que necesitaba un tiempo para ordenar sus sentimientos porque, en verdad, ya no sabía si lo amaba.

También sospechó que esa situación la podría estar inventando su amor propio, el que no podía resistir el hecho de dejar de ser amada. Quizás él sencillamente le diría: “Estoy enamorado de otra mujer”. Ella también sabía qué responderle en ese caso, y fue lo que le respondió, ya que amar a otra mujer o entregar los papeles en el Instituto, había comprendido, eran respuestas equivalentes.

–Te quiero pedir disculpas por las cosas que te dije el otro día.

Él quedó atónito. Y si ahora le decía de volver a vivir con él, ¿qué le contestaría? Una nube de pánico comenzó a invadirlo, pero rápidamente entendió que no corría ese riesgo.

–Nosotros nunca nos hicimos una promesa de fidelidad –continuó ella–, pero yo me confundí cuando empezamos a vivir juntos, creí que esa situación la incluía. Así que, de nuevo, te pido disculpas, no supe cómo reaccionar ante la situación.

–Bueno –sonrió él–, a mí me pareció que sí supiste cómo reaccionar.

Esa respuesta estaba repleta de seducción. Al escuchar esa frase, tan fresca y risueña, ella recordó qué era lo que la había enamorado de él y, a su vez, supo que ya no lo estaba. Pero fue una frase curadora, ya que nadie se siente bien de enamorarse de alguien que no ofrece nada. Por el contrario, ella pudo recuperar sus sentimientos hacia ese hombre al que amó, sin sentir vergüenza de haberlo hecho.

–Disculpas aceptadas –agregó él–. Yo también entendía que teníamos una promesa de fidelidad, sólo que no pude cumplirla; se me cruzó una persona del pasado.

–Es algo que deberíamos haber hablado. Yo no sentí que la tuviéramos mientras vivíamos cada uno en su casa.

Él quedó sorprendido. ¿Su exnovia le estaba diciendo que ella no le había sido fiel mientras no vivieron juntos? Eso nunca se había cruzado por su cabeza.

Ella entendió que debía una explicación, así que agregó:

–Aunque tengo menos años que vos, yo también tengo pasado.

Se quedaron en silencio. Ella le tomó la mano y lo miró a los ojos. A él le llevó varios segundos hasta que pudo mirarla. Cuando finalmente la vio, ella le dijo:

–Ahora tenemos tarea: hacer de nuestros recuerdos una cosa linda para nuestras vidas. Gracias por todo lo bueno que vivimos juntos.

El lisiado emocional, en un momento, se vio estrenando muletas, andador y silla de ruedas. Con toda esa ayuda pudo, por fin, dar el primer paso en la dirección correcta.

–Gracias –le dijo.

Eran muchos gracias, pero él los resumió en uno solo, y ella lo entendió. Era gracias por haberlo amado y gracias por haber sabido dejarlo de amar. Gracias por haberlo insultado y gracias por haberse disculpado. Gracias por lo que dejó en su vida y, si bien aún no lo entendía del todo, gracias por lo que se había llevado.

La vio irse, con sus rulos temblando con la brisa de la primavera, y sintió alivio. Ya no debería fingir que sentía lo que no sentía.

El seminario estaba llegando a su fin. Si bien faltaba aún lo más importante, la monografía de los alumnos, el clima había resultado satisfactorio. Se había logrado cierta lectura rigurosa de Althusser, en su contexto intelectual y vital, y eso no había transformado el curso en un curso de historia sino en una fuente de inspiración para pensar el pasado y el presente.

Ya haber tomado contacto con conceptos como “positivismo tecnocrático” o “disciplinas literarias” justificaba, a los ojos de la rectora-profesora, las horas invertidas.

Al inicio, este último encuentro se desarrolló dentro de un caos permitido. Preguntas sobre las monografías, dudas sobre tal o cual definición, nuevas ideas alrededor del autor y de su obra.

–Profesora, al final el concepto de disciplinas literarias terminó siendo mucho más complicado de lo que parecía –afirmó la alumna del pelo pintado.

–¿Pero no resulta un tema un tanto desactualizado? –preguntó afirmando el señor de los lentes de carey, quien durante el curso había pasado de ser la fuente para a ser el cántaro, que iba y venía por el debate sin miedo a romperse.

–Desde Althusser hasta acá se ha perfeccionado mucho la epistemología de las ciencias sociales –agregó el de la mano tatuada.

–¿Usted lo cree? –preguntó la profesora.

–¿Usted no? –contra preguntó el joven demasiado joven.

Era una respuesta justa a una pregunta injusta, porque, si alguien afirma algo, ¿qué sentido tiene preguntarle si él cree lo que afirmó? Una

pregunta más correcta sería “¿Usted está seguro?”, pero preguntar si cree en lo que dijo es hasta un poco irrespetuoso. Podría interpretarse como: “¿Usted piensa eso o nos está mintiendo?”.

Pero hay muchas preguntas inadecuadas, como esa, que terminan funcionando. En este caso, la pregunta funcionó devolviéndole la palabra a la profesora.

–Miren, la desconfianza hacia el carácter científico de las llamadas ciencias sociales viene de antiguo. No nos vamos a remontar a los diálogos de Platón, porque podríamos ser acusados de extemporáneos, pero ya allí se puede rastrear la relación entre determinadas categorías del análisis social y el lenguaje.

»Pero viniendo más acá, lean a Dewey, por ejemplo, quien ya entrado el siglo XX creía que los temas sociales aún no habían recibido un tratamiento realmente científico. O la obra clásica de Rickert, *Ciencia cultural y ciencia natural*, donde se plantea la imposibilidad de la neutralidad del observador.

–Pero no parece que un pragmatista y un neokantiano sean los mejores testigos para echar luz sobre este tema –afirmó el joven muy joven, mostrando que él, o los había leído o por lo menos sabía muy bien quiénes eran.

–Yo no sé si resultarán buenos o malos testigos, sólo le sugiero que lea sus testimonios y luego decida. Porque, saben –continuó ya dirigiéndose a todos–... en algún momento hay que tomar una decisión: o decidimos que nos vamos a quedar con las etiquetas que alguien le puso al mundo, pragmatista... neokantiano... o vamos a tomarnos el trabajo de tratar de entender cómo es el mundo.

»La primera opción es más segura. Nos arriesgamos menos a la decepción y, si somos ordenados y laboriosos, quizás podamos destacar

descubriendo alguna nueva manera de ordenar las etiquetas. Se escriben millones de *paper* en el mundo hablando de las etiquetas.

»Ahora, si nos decidimos a meternos con el mundo, ahí ya los resultados son más azarosos. Quizás nunca podamos destacar en nada, quizás no logremos decir nada nuevo sobre el mundo, o quizás sí lo logremos y nadie se entere.

»No se enojen conmigo –agregó, quizás comprendiendo que su respuesta era demasiado áspera–, o si quieren, ¡enójense! –dijo ya sonriendo–; este tema no alcanza dimensión en este seminario, ni siquiera en este presente de su existencia. Imagínense a ustedes mismos dentro de dos o tres o cuatro décadas, estarán iniciando el ocaso de sus vidas y los golpeará la pregunta: ¿qué hice en la vida? Y en términos intelectuales, porque habrán hecho muchas otras cosas tremendamente importantes en sus vidas, pero en términos intelectuales deberán responderse: ¿me atreví a meterme en el océano del mundo o me quedé chapoteando en una pileta llena de etiquetas? Piensen qué les gustará responderse y decídanlo desde ahora.

El silencio dio cuenta de que había pasado algo importante.

–Bueno –retomó la rectora ya en otro tono–, más allá de todas las tonterías que podamos decir sobre la vida y sobre los intelectuales, hoy tenemos que terminar este seminario.

Ordenó papeles en su carpeta y esa fue la señal para que la propia clase se ordenara.

–Leo –afirmó con un libro abierto en la mano–: “La filosofía no se ilustra, la filosofía no se aplica. La filosofía se ejerce. Sólo se puede aprender filosofía practicándola, porque no existe más que en su práctica”. ¿Con qué podemos relacionar esta afirmación de Althusser?

–Con el hecho –respondió adelantándose a todos la del pelo pintado– de que la filosofía no es ciencia ni es ideología, es el intento de establecer caminos correctos para interpretar el mundo.

–Exacto –agregó el de la mano tatuada–. Pero lo que no termina de quedar claro es si la práctica para Althusser se refiere a la acción en el mundo o a la práctica intelectual de entender el mundo.

–Muy bien observado –dijo la profesora–. Si le preguntáramos a Pol Pot quizás nos diría que la práctica es la acción en el mundo, si por el contrario interrogáramos a Poulantzas nos diría probablemente que es la práctica intelectual. Hay un problemita con eso de qué cosa sea la práctica.

»Continúo: “La filosofía ‘se equivoca’ de una manera particular, diferente: sólo para los demás. Para sí misma, la filosofía no se equivoca nunca. No existe el error en filosofía. Los filósofos lo que intentamos es ‘equivocarnos’, pero de una manera inédita”.

Miró a la clase y habilitó con esa mirada las opiniones.

–Resulta claro en Althusser –afirmó el señor con lentes de carey– que la filosofía, al no tener que ver con la teoría, a diferencia de la ciencia, no produce afirmaciones que puedan ser verdaderas o falsas, de ahí que nunca se equivoque.

–El error de la filosofía podría ser la ideología –dijo el joven demasiado joven.

–Pero yo no sería filosofía –se apresuró a aclarar la del pelo pintado.

–Bueno, ahí han dado un excelente ejemplo de la inmunidad al error de la filosofía. Si se equivocara, por ejemplo, en sus apreciaciones sobre el origen o el destino humano, ya no serían errores de la filosofía, porque

sobre esos temas las que hablan son las ideologías de la moral y la religión.

La clase anterior había estado dedicada a la evaluación del seminario, así que ya estaban propiamente llegando al final.

–Una última cosa –agregó la profesora–. Sobre el tema del carácter científico o no de las llamadas ciencias sociales, les quiero leer algo de un ensayista argentino: “Las llamadas ‘ciencias sociales’ han quedado a mitad de camino entre la ciencia y la religión, apelan a recursos de uno y otro campo, tratan de cientifizar el discurso religioso y espiritualizar el discurso científico. Quizás el ejemplo más claro de esta operación sea la Economía, pero en verdad abarca tanto al Derecho como al resto de las ciencias de la sociedad, la comunicación y el individuo en su dimensión espiritual”.

–¿Quién es el autor? –preguntaron varios a la vez.

–Bueno, esta vez el ejercicio es al revés. Como es un autor contemporáneo, que aún está entre nosotros, en vez de darles al autor y que ustedes busquen el concepto, yo les di el concepto y a ustedes les toca buscar al autor.

–¡No vale! ¡No vale! –arreciaron las risueñas protestas–. Una ayudita, por lo menos.

–¿Vale Google? –preguntó riendo el joven demasiado joven.

–Vale todo.

Y con ese sentimiento se puso a ordenar su bolso en la puerta del aula, pero hoy no le tocaba premio.

El fin del año se aproximaba a paso firme. Era el momento para hacer la lista de las cosas pendientes y, entre éstas, elegir cuáles serían las privilegiadas que no deberían esperar hasta el año próximo.

Cuando la rectora se puso a la tarea descubrió que tal elección no existía. La contratación del profesor de Historia de las Historias Increíbles, la última entrega del estudio de imagen y la fiesta de fin de año ocupaban toda la agenda disponible. Nada de eso se podía dejar de hacer y, tampoco, nada se podía agregar.

En orden de importancia el primer lugar lo ocupaba, sin dudas, la presentación de las conclusiones del estudio de imagen y, en segundo término, la contratación del nuevo profesor. Pero, en orden al deseo, nada podía competir con los preparativos para la fiesta.

Muchos años atrás ésta se hacía en la casa quinta de uno de los fundadores, pero ya hacía tiempo que ese evento se había trasladado a la ciudad de Buenos Aires y a una fecha fija: el primer viernes de diciembre. Al principio se alquilaba un salón, pero con el tiempo la preferencia se trasladó a las bellas cervecerías que comenzaron a abrirse en Palermo Soho.

Este era el segundo año que la fiesta se haría en el mismo Instituto. Se disponía toda la planta baja para ese fin. Las razones de ese cambio habían sido, principalmente, económicas.

Había sido un grupo de alumnos el que propuso la idea de hacer el encuentro de fin de año en el edificio propio. Como toda idea nueva, lo primero que suscitó fue una extensa lista de razones que lo hacían imposible; pero, como toda idea que sostiene gente convencida, se fue encontrando solución a cada una de las objeciones imaginadas.

El Instituto se encargaba de la bebida y los asistentes llevaban para acompañar cosas que pudieran comerse frías y con la mano. Se abrían las cuatro puertas que en la planta baja separaban la entrada del espacioso pasillo central y, a su largo, se disponían las mesas. A medida que llegaban, las personas dejaban en ellas su aporte a la fiesta. Vasos descartables y servilletas de papel completaban el servicio.

La rectora, este año, quería darle una impronta especial, aunque aún no tenía idea de cómo hacerlo. No se debía, claro, al hecho de que fuera la primera fiesta de fin de año bajo su conducción, aunque eso le daba mayores posibilidades de tomar decisiones al respecto.

Lo que en verdad fantaseaba era transformar ese evento social de fin de año, denominado “fiesta”, en una fiesta de verdad. Ella había aprendido la diferencia recién de grande cuando, un fin de año, invitó a una amiga correntina a pasar la noche del treinta y uno con ella. Bueno, con ella era una manera de decir, ya que la reunión se llevó a cabo en la casa de sus padres con la presencia también de sus hermanos, cuñados, cuñadas, sobrinos, sobrinas, y también algún hermano de cuñada y su familia con los correspondientes consuegros. Luego del brindis de medianoche la charla familiar animaba la sobremesa. En ese momento plácido, en que el calor ya no da pesadumbre y el vino invita a la charla coloquial, su invitada preguntó:

—¿Se ha muerto alguien que no se baila?

Ahí entendió varias cosas simultáneamente. Por ejemplo, por qué los jóvenes huyen despavoridos luego del brindis o por qué a la mañana siguiente los parques aparecen llenos de botellas vacías entre las que duerme alguno o alguna que no logró aún iniciar el retorno. La fiesta ha sido expulsada de las casas, las personas deben buscarla en otras partes; ya ni en carnaval salimos a divertirnos y a tirarnos agua.

¿Habría sido la seriedad impuesta por los colonizadores católicos? La fiesta es la exuberancia de la carne que, como bien se sabe, es el lugar donde anida el pecado. O quizás es mucho más reciente y el nostálgico inmigrante pospuso la fiesta para el momento, que nunca llegaría, en que volviera a reunirse con su familia verdadera a la que, buscando el pan o escapando del peligro, tuvo que abandonar.

Y también se dio cuenta de que era una realidad propia de Buenos Aires, donde hasta los compases del tango esconden misterios metafísicos que disciplinan los cuerpos y las almas. A la milonga se va a bailar, no a divertirse.

Entendió también que esos amigos santiagueños que, con cualquier motivo, organizaban tremendos bailongos en el fondo de su casa, no eran gente rara: sólo disfrutaban de una cultura que había dejado un lugar para la fiesta.

Pero entre los alumnos y profesores del Instituto los santiagueños eran minoría, si es que había alguno. O, mejor dicho, la llamada fiesta de fin de año era un evento donde aquellos que sabían lo que era una fiesta, sabían también que allí no ocurriría.

La rectora se preguntaba cómo salir de la oralidad absoluta de ese encuentro, donde sólo se comía, se hablaba y se bebía, invitando a participar también a las restantes partes del cuerpo. Entendía que la situación no daba para habilitar un aula como *sexroom*, pero, sin llegar a ese punto, algo se debería poder hacer.

Antes que nada, necesitaba cómplices. No se podía ofender gratuitamente a las tradiciones: la única posibilidad era sorprenderlas. Y a ello se puso.

Finalmente, el candidato a profesor de Historia de las Historias Increíbles fue aceptado por el consejo. La buena impresión personal que había causado se completó con el programa propuesto para la materia. Se le avisó que comenzaría el próximo año y que pasara por la administración para arreglar su contrato.

Esta designación le llegó en un buen momento, donde la madurez profesional lo alentaba a encarar nuevos desafíos. Él no había sido nunca un gran repetidor de clichés, pero cuando compartía alguna idea un tanto original lo hacía con mucha cautela y pidiendo permiso a todas las autoridades que vagaban libres por su cabeza.

Dar clases en el Instituto lo hacía sentir como a un niño suelto en un negocio de golosinas o, mejor aún, en una juguetería donde estuviera prohibido no tocar.

Con ese ánimo llamó a su amiga para darle las gracias por la recomendación. El café de calle Laprida se quedó esperándolos, él estaba en plena rehabilitación afectiva.

Cuando finalmente se encontraron, semanas después, puso en marcha sus últimas adquisiciones. Lo primero que hizo fue mirarla largamente a los ojos; ella hasta se sonrojó.

–Nunca habías hecho eso.

–¿Hacer qué? –preguntó él.

–Mirarme, o mirarme así, al menos.

–¿Cómo te miraba antes?

–No sé. Mirabas algo que estaba más allá o más acá de mí, pero no me mirabas a mí. Me tocabas, me olías, me amabas, pero no me mirabas – respondió ella.

–Me gustás mucho –no se sabe si se disculpó o si lo afirmó.

–Me gusta gustarte –dijo ella, aún sonrojada.

Él la volvió a mirar. Estaba allí. No era la mujer de su vida, ya había aprendido que no existe “la mujer de tu vida”. Pero era la mujer con la que había mantenido una relación durante los últimos años, la que, de alguna manera misteriosa, había renovado en él el deseo. Nunca se despertó a su lado pensando “¿qué hace esta mujer en mi cama?”, como le pasaba con todas sus otras mujeres.

Sus amigos y sus amigas lo consideraban, aunque no se lo dijeran, alguien poco responsable con sus vínculos amorosos, pero estaban profundamente equivocados. De tan responsable que era, terminaba una relación cuando no podía responder esa pregunta.

Con ella había sido distinto: él siempre supo perfectamente qué hacía en su cama, aunque no lo hubiera podido explicar.

La ruptura con su novia de veintiocho años le había traído un impensado alivio. Vivió la tristeza que se siente cuando nos damos cuenta de que algo ya no se puede reparar: da pena, pero, a la vez, nos exime de seguir haciendo esfuerzos inútiles. No era la relación con ella lo que no se podía reparar, eso se podría haber intentado; lo que no se podía reparar era su pasado, que su familia, la relación amorosa con la madre de sus hijos, ya no existiera.

Se trataba de eso que se lo llama “fracaso”. Él comprendía que habían sido una hermosa familia que, un día, dejaron de vivir juntos porque los adultos ya no se amaban. Eso era algo que sólo pasaba. Pero la

distancia entre lo que pasó y lo que él hubiera deseado que pasara constituía una herida que nunca había terminado de cicatrizar.

Los muy psicoanalizados creen, equivocadamente, que en esas situaciones se enfrenta el deseo con los mandatos. Eso sería muy sencillo de resolver. Lo que en verdad sucede es que se enfrenta el deseo con el deseo, porque los mandatos no se sufren, sólo se desea cumplirlos.

¿Alguna vez intentó abandonar un deseo? Un deseo no es una adicción, no es fumar o tomar o inhalar, aunque usemos la misma palabra y digamos, por ejemplo, que deseamos un cigarrillo o un porro. Una adicción es un hábito, una conducta, no es un deseo, y aunque dé muchísimo trabajo, se pueden cambiar los hábitos. Pero un deseo es uno mismo, acabar con un deseo es acabar con una parte de uno mismo.

“De eso se trata”, dirá alguno que encuentra esa explicación satisfactoria. Bueno, pero eso ya no es psicoanálisis, eso es religión y se llama pecado: hay que matar la parte mala de nosotros para que florezca nuestra parte espiritual. Y eso es muy difícil de creer para un profesor de filosofía.

La novia joven era la promesa de reparación, era una nueva familia, era volver a intentar para evitar el fracaso.

Su amiga, que estaba frente a él, no permitía que en su cabeza se alimente esa fantasía agotadora, era otra cosa. Por fin se había dado cuenta de que la libertad que sentía con ella no se debía a su manera de moverse en la cama; que, en verdad, en cierto aspecto, no se debía a ella.

Claro que su forma de dejarlo hacer y de obligarlo a hacer era excitante, la manera en que había abolido los secretos de su cuerpo le resultaba encantadora, su olor lo enloquecía. No había que quitarle

ningún mérito a esa mujer. Pero, su principal virtud, desconocida para ella, era no haber dejado que enferme de deseo de reparación a su lado.

Cuando él sentía deseos de enfermarse con ella, sintiéndose culpable por no darle en su vida “el lugar que merecía”, como en aquel momento, ella lo remediaba de cuajo:

–No quiero otra cosa de vos, no quiero ser tu novia, no quiero vivir con vos. Sólo quiero ser la mujer que soy cuando estoy con vos.

–Y yo, el hombre que soy cuando estoy con vos.

Y sellaron un pacto que, sin saberlo ellos, iba a durar el resto de sus vidas.

Las personas apenas cabían en la sala del consejo. En una punta de la mesa, apretados entre consejeros, empleados, profesores y algunos alumnos, se hallaban el jefe de proyecto de la consultora, el joven que se había encargado del análisis de la imagen externa del Instituto y el antropólogo y la psicóloga que habían realizado las entrevistas internas.

El joven consultor comenzó diciendo:

–Este trabajo sobre el Instituto me ha resultado apasionante.

La mayoría de los presentes no había asistido nunca a una presentación de este tipo, por lo que no les llamó la atención que comenzara con esta declaración de sentimientos. Un público más entrenado hubiera pensado que el consultor era aún joven y se permitía explayarse en sus emociones. Otros, más desconfiados, solo lo habrían escuchado como un recurso para generar empatía con su audiencia, aunque no necesariamente fuera verdadero.

Pero, en el mercado de ideas en que se movía este público, la pasión tenía su valor y era respetada.

–Al principio me pareció increíble que fuera tan difícil encontrar personas que conocieran a un Instituto con tantos años de existencia y ubicado en el centro de la ciudad de Buenos Aires. No sé si a ustedes eso les parece extraño.

–Nosotros nos dedicamos al estudio de las historias increíbles, nada nos parece extraño.

Todos rieron de las palabras del anterior rector.

–Les voy a confesar una cosa –continuó el joven–: en algún momento me pareció que estábamos tratando con un instituto fantasma y ¿saben

qué hice?, recorrí toda esta cuadra y la de la vereda de enfrente preguntando qué funcionaba en esta entrada.

Las sonrisas recorrían el auditorio, y la curiosidad también. ¿Qué dirían sus vecinos de todos los días?

–Casi todos lo identificaban como un lugar de estudios, ya que veían entrar y salir gente joven en determinados horarios, pero las ideas sobre qué se estudia aquí fueron, simplemente, muy alejadas de la realidad. Secundaria de adultos, escuela de cocina, escuela de peluquería, cursos para martilleros, en fin, algunas de las respuestas de las que me acuerdo.

»Con esas impresiones previas comenzamos a abordar la muestra de académicos de universidades públicas y privadas. Nos sentíamos un tanto inhibidos, ya que tampoco queríamos apenar a nuestros entrevistados preguntándoles por algo relacionado al quehacer educativo y de lo que no pudieran dar cuenta.

»Pero aquí nos llevamos una gran sorpresa, no sé si también será sorprendente para ustedes, pero casi la mitad de los entrevistados tenía alguna referencia del Instituto y de sus actividades.

Las caras mostraron que nadie esperaba encontrarse con esa información. Hasta los que estaban parados, porque las sillas se habían acabado, estiraban su cuello para poder escuchar mejor lo que se estaba diciendo.

El Instituto, quizás por la creencia de sus fundadores, quizás sólo por la necesidad de sentirse resguardado en un mundo que no iba para ese lado, sin decirlo y quizás sin pensarlo, creyó que aún no habían nacido los que podían entender lo que allí se investigaba. Habían considerado que sólo unos pocos alumnos, algunos brillantes y otros sólo raros, podían compartir esas ideas con unos pocos profesores elegidos.

Pero lo que allí se informaba contradecía, así sea parcialmente, esas creencias.

–Esa información –continuó el expositor– ha llegado a nuestros entrevistados de diversas maneras. La mayoría de las veces se las proporcionó algún colega que daba clases o había dado clases en el Instituto. En menor medida, saben de su existencia por haberse interesado en la obra de algún autor que había pertenecido o pertenece al cuerpo profesoral del Instituto. También entrevistamos personas que habían recibido noticias por parte de algún alumno que lo fue también del Instituto.

»Casi todos lo identifican como una institución terciaria o universitaria. Pero lo que realmente nos impresionó fue el conocimiento de lo que aquí se estudia. No quiero decir con esto que estuvieran en lo cierto, yo mismo no sé si podría expresar con total corrección lo que ustedes hacen, pero la mayoría de los académicos que saben de la existencia del Instituto también tienen una idea, correcta o no, de a qué se dedican.

La sorpresa no acertaba a decaer. Las sensaciones eran muy extrañas. Algo de orgullo, sin dudas, por ser más conocidos de lo que todos creían. Algo de pudor también, por sentirse más expuestos de lo que consideraban. Una cosa es cantar en la ducha y otra que te escuchen.

El consultor se expresaba como alguien que había espiado algo y venía a contarlo.

–Esas respuestas eran, a veces, un poco inaccesibles para mí. Luego las consultaba con mi jefe de proyecto o con los socios de la consultora y, cuando llegaba a casa, Wikipedia a full.

Todos rieron.

–Imagínense que alguien me dice: “El Instituto fue parte de una corriente antipositivista tardía de la década del cuarenta del siglo

pasado”, a mí, que soy ingeniero en sistemas devenido en analista organizacional.

Las risas iban en aumento. El estilo de la presentación, aunque no habitual, era, a todas luces, muy adecuado para ese público.

–Positivismo, espiritualismo, vitalismo, existencialismo, estructuralismo, me aprendí todos los ismos del mundo. Creo que ya estoy para entrar a la facultad de filosofía.

–O al Instituto –dijo una voz entre tantos. Las risas se renovaron.

–Bueno, pero volvamos. Quiero compartirles el ordenamiento que hicimos de las respuestas recibidas. En un grupo está bastante claro que se trata de una institución de orientación antipositivista, que algunos hacen extensiva a un rechazo a toda la epistemología eurocéntrica u occidental, y no me maten si no es lo mismo.

–Se entiende bien –lo alentó el secretario académico–. Adelante.

–Otros creen que se especializan en temas de historia de las religiones y que eso los pone en contacto con tradiciones universales más amplias que las que habitualmente se enseñan en nuestras universidades.

»Finalmente, un pequeño grupo dice desconocer a qué se dedica el Instituto, pero imagina que estudia algunos temas de filosofía, historia o arte antiguos.

»Fíjense que todos lo relacionan, de una u otra manera, con la historia. Creo que para un Instituto de Investigación de Historias Increíbles constituye un buen punto de partida para afianzar o profundizar su imagen.

–Y también nos identifican con las religiones –afirmó la rectora para preguntar a continuación–: ¿en la reunión anterior usted no había

expresado que un grupo de personas no académicas, luego de recibir información por parte de ustedes, había concluido que el instituto se trataba de un grupo religioso?

–Así es –confirmó el interpelado.

Un murmullo creciente recorrió el salón. Diálogos parciales nacían en distintos lugares. El jefe de proyecto miró a la rectora, como preguntando ¿cómo seguimos? En ese momento ella vio levantarse una mano al otro lado del salón.

La rectora se paró para que la vieran y así concentrar nuevamente la atención. Cuando volvió el silencio miró al que había levantado la mano y dijo:

–Les quiero presentar al que, desde el año próximo, será el profesor de Historia de las Historias Increíbles.

Éste hizo un gesto con su brazo para que todos lo identificaran.

–¿Querías decir algo? –finalizó la rectora.

–Sí. Si me permiten, yo que escucho esta presentación, y gracias por invitarme, y que de alguna manera todavía veo de afuera al Instituto, lo que dijo el joven me parece pleno de sentido.

Todos estaban muy atentos, no sólo porque para la inmensa mayoría era la primera vez que lo escuchaban, sino porque proponía que tenía coherencia algo que no parecía tenerla, desde ningún punto de vista.

–Saben, la epistemología occidental, hoy resumida principalmente en la ciencia, no recibe prácticamente ningún tipo de cuestionamiento. Si un grupo de personas cree que aquí se cuestiona esa epistemología tiene que buscar, inmediatamente, en su fichero, alguna categoría que le permita entender a qué nos dedicamos.

La utilización del nosotros lo hizo próximo, dejó de ser “el de afuera”.

—Así que, si no es ciencia, ¿qué podrá ser?: no hay dudas, religión. La ciencia creció cuestionando a la religión y, como reflejo, cualquier cuestionamiento a la ciencia se sospecha que proviene de la religión.

Fue una buena manera de presentarse en público. El joven consultor lo miraba con cara de “¡al fin entendí!”. La consejera no dejaba de sonreír, orgullosa. La rectora pensaba, al revés del refrán, que las cosas buenas no vienen solas.

Todavía se presentarían varios cuadros que darían lugar a conclusiones inteligentes, otras no tanto y algunas incomprensibles. Pero lo principal ya había ocurrido: la sensación de aislamiento que el Instituto tuvo desde siempre respecto del mundo académico estaba originada en algún tipo de patología que afectaba su principio de realidad.

Buscar el origen de esa percepción equivocada y corregirla era un desafío impresionante. La rectora, y no fue la única, se levantó de esa reunión con una sensación de vértigo en el estómago.

Para la rectora no sería fácil de olvidar su primer año al frente de una institución educativa, y de una, a decir verdad, muy especial. Aunque no todo resultó como había imaginado, tenía motivos para estar satisfecha de su gestión.

El reemplazo del profesor de Historia de las Historias Increíbles, que parecía iba a ser un dolor de cabeza descomunal, había terminado con la incorporación de un excelente elemento académico al Instituto. Al final, la confusión entre los dos postulantes se debía a que era la misma persona con dos presentadoras distintas.

En cambio, la orientación teórica del Instituto, que tanto ella como todos consideraba que manejaría con solvencia, se fue complicando hasta el punto de requerir lo que llamaba “reordenamiento” del plan de estudios, sabiendo que, en realidad, se trataba de algo mucho más complicado.

Esa noche iba a ser larga, así que se retiró del Instituto a media mañana. Peluquería y depilación de por medio, llegó a su departamento casi a la una de la tarde. Mientras revisaba su teléfono comió una porción de tarta de zapallitos que había quedado de la noche anterior.

Ella tenía una rutina para atender su estética, pero esa vez sintió que, además, se estaba arreglando para alguien, aunque ese alguien, quizás, no lo supiera nunca. Su cuerpo estaba inquieto y sus pensamientos vagaban, como una mariposa que no termina de decidir sobre qué flor posarse.

Y la única flor que deseaba se le había vuelto inabordable a la rectora. No así a la mujer madura que sentía palpitar la vida en cada centímetro de su piel, esa podría seducir a una mujer joven. Pero el caso es que esa mujer-seductora había quedado atrapada dentro de la mujer-rectora y,

aún poco acostumbrada a llevar su disfraz, se sentía inmensamente torpe.

Nunca lo hacía al mediodía, pero esa vez se sirvió una copa de vino. Se sentó en su mecedora y miró hacia fuera. A través del vidrio se veían las hojas quietas de las plantas que poblaban su balcón ya en sombras y, más allá, el reflejo brillante del sol que devolvía el edificio del otro lado de la calle. Entornó sus ojos.

La alumna del clarinete la invadía cada vez más. Pensando en ella repasó mentalmente su cuello, los rulos ensortijados, esa boca de labios generosos. Con las manos pensaba en sus senos y los recorría con una avidez bien disimulada. Imaginaba sus pezones duros, como hacía tiempo no estaban los suyos.

Terminó el vino y se fue a la cama; la siesta era un rito indispensable cuando tenía compromisos por la noche. El sueño daba vueltas a su alrededor hasta que, por fin, pudo atraparlo.

En algún momento, las escaleras blancas de la entrada del Instituto se convirtieron en dos piernas abiertas, sus curvas unas rodillas flexionadas. El Instituto la tomaba de la cabeza, con uñas que se enredaban en sus pelos, y la apretaba contra sí.

La despertó la alarma de su reloj. Sintió su cuerpo transpirado y volvió a hundir la cabeza en la almohada. De a poco se fue recuperando a sí misma y, cuando se sintió lo suficientemente fuerte, fue hasta el baño y puso a llenar la bañera.

Eligió su ropa interior, se sirvió un vaso de jugo y se fue a meter en el agua tibia que la estaba esperando. Un poco de sales; el aroma inconfundible de la magnolia que, como un conjuro, trae desde la eternidad a Homero Manzi... “No habrá ninguna igual, no habrá ninguna...” tararea mientras pasa el jabón de almendras por sus brazos; “ninguna con tu piel ni con tu voz...”, sin falta se pintaría las uñas de

los pies; “tu piel, magnolia que mojó la luna...”, iba a usar los aros de acero quirúrgico; “tu voz, murmullo que entibió el amor...”.

Le gustó lo que vio en el espejo. El vestido azul, nuevo, un poco entallado, insinuaba lo que tenía que insinuar. Las sandalias cómodas, con taco ancho y bajo, haciendo juego con la cartera. Sólo un poco de delineador en los ojos y claro, un toque de *Champs Elysees* de Guerlain, para envolverse con el aroma de la flor de Jamaica.

El taxista la miró por el espejo retrovisor. Eso también le gustó.

Desde el mismo momento en que bajó del taxi tuvo que comenzar a saludar. Algunas personas estaban llegando, otras habían salido a fumar, y todas se alegraron de que la máxima autoridad de la casa ya estuviera presente.

Cuando atravesó la puerta no supo evitar el abrazo de la consejera. El choque entre esa demostración de afecto y el resquemor ya indefinido que sentía hacia su colega le produjo un leve temblor. Como si hubiera estado al tanto de todo, la consejera le dijo al oído:

–Rectora, hoy estamos de fiesta. –Sostuvo el abrazo unos segundos más, el tiempo justo para que la rectora sintiera que esa pelea, en la que estaba sola, en verdad no valía la pena. Sin efusión le devolvió el abrazo y le dijo también al oído:

–Habría que hacer fiestas más seguido.

Nuevas manos y nuevos brazos la robaron de ese momento.

Iba hacia su oficina pasando por la sala del consejo que hacía las veces de guardarropas. Carteras, chaquetas mochilas, cubrían sin orden la mesa de reuniones. Decidió dejar, ella también, sus cosas allí

El secretario académico aún no había llegado, pero su asistente le confirmó que, lo que tenía que estar listo, ya estaba listo. Una sonrisa fue toda su respuesta.

Todos aprovechaban el encuentro para repasar anécdotas, volver a evaluar acontecimientos y, en general, ponerse al día con algún detalle que a alguien le hubiera pasado desapercibido.

Claro que no todos los temas que suscitaban interés eran de orden académico ni mucho menos. Algún nuevo romance, una buena pelea

entre amantes, alguno que se había ido al tacho o casi, todo formaba parte de la actualización que ese momento permitía. Claro que la estrella del firmamento de ese año había sido el estudio de imagen del Instituto. En algún momento de la noche, en todos los grupos espontáneos que se congregaban y se deshacían, como pétalos en busca de una nueva flor, se trató ese tema.

El nuevo profesor de Historia de las Historias Increíbles conversaba animadamente con un grupo de alumnos. Algo muy gracioso o muy irreverente estaba sucediendo allí, ya que no podían parar de reír.

Este año a todos les esperaba una sorpresa, quizás una gran sorpresa si se tenía en cuenta la historia increíble de las fiestas de fin de año del Instituto. Nadie había reparado en los bafles que ocupaban el balcón de entrada a la planta alta. Así que, cuando sonó a todo volumen el acordeón de Los Palmeras, el grueso de los asistentes estalló en carcajadas y se dirigió, espontáneamente, hacia el inmenso hall de entrada donde ya retumbaban las tumbadoras y los timbales. Fue el tiempo justo para que Rubén "Cacho" Deicas arremetiera con Bombón Asesino; los cuerpos se estremecieron y entraron, sin pensarlo, en la liturgia ancestral de la fiesta.

La rectora sintió una mano sobre la suya. La alumna del clarinete la guio hasta el centro mismo del frenesí.